

Juan Herrera

LA RADIO DE PIEDRA



Juan
Herrera

LA RADIO DE PIEDRA

AdN Alianza de Novelas

Índice

Prologuillo

El calor y la furia

El apocalipsis del Águila

La guerra, las moscas, los mendigos y el faquir

En medio de la guerra, un cura nuevo

Las Lombrices

Nos están robando el aire

El cielo y el ruido

El testamento rumano

Sexo y lombrices

Cuando sea mayor, quiero ser alemán

Una noche de lombrices

El cura y el Águila y el alcalde

Mendigos, beatas y candelas

La noche, la luna y los mendigos

El alcalde y el cura

Abelito, el sexo y las lombrices

Llega un desconocido

Alemanes

Beatos y mendigos

Lo tengo todo

El día «F»

Un aire fantasmal
Noche de secretos
La confesión
Balada triste de Abelito
El padre de las Lombrices
Tormentas de agosto
El rayo misterioso
La vista del ciego
Ratones en la cárcel
Se van los alemanes
Habeas corpus
Duelo y dolor
Como las buganvillas
Auf Wiedersehen
Justica acomodaticia
Noviembre
La fe del descreído
Y final con tutti
Créditos

A José Mari, mi hermano, que siempre va conmigo

Una guerra civil no acaba hasta que
se mueren los muertos de la memoria.

Prologo

La infancia es un extraño país en el que a todo el mundo le suceden cosas inexplicables. Mi infancia, por ejemplo, la pasé mirando una bombilla. En vez de colaborar con mis compañeros de escuela en la tarea de apedrear gatos o cazar pájaros con pegamento, me pasaba las tardes preocupado por la luz de aquella bombilla.

«¡Se ha ido la luz!», decía mi madre; «¡Ha venido la luz!», decía mi hermano; «¿Se sabe cuándo va a volver la luz?», preguntaban los vecinos.

A mediados de los cincuenta, la luz eléctrica tenía un comportamiento caprichoso. Por cualquier causa aleatoria, ya fuera la hidrofobia de una nube, la meada de un mirlo o la tos de una oveja, la luz cogía el canasto de las chufas y se marchaba sin decir ni pío. Se iba y punto.

Esta frivolidad de la luz, con ser un incordio, no era en sí misma un problema para mí. Mis miedos y angustias derivaban de que si la luz se iba de casa, mi padre —lloviera o nevara y fuera la hora que fuera— tenía que salir al campo a buscarla y traerla de vuelta a casa.

Mi padre era el único empleado de Eléctrica Castellana en cuarenta kilómetros a la redonda; por lo tanto, era el único responsable de que aquella luz huidiza se estuviera quietecita dentro de las bombillas.

Naturalmente, esta hercúlea tarea de mi padre tenía sus consecuencias. Cada vez que la luz se marchaba, mi madre se convertía en un manojo de suspiros y mi padre comenzaba a jurar en arameo, abriendo y cerrando cajones, mientras mi casa se llenaba de sombras temblorosas producidas por las lamparillas de aceite que mi madre encendía entre rosarios.

Este raro ceremonial tenía lugar de puertas adentro. De puertas afuera, nuestra familia mantenía en el pueblo una innegable aura sobrenatural. Mi padre era «el Lucero» del pueblo y, en consecuencia, mi madre, mi hermano y yo éramos «la mujer y los hijos del Lucero».

Si mi padre era el Lucero significaba que «la luz» vivía en mi casa y, por lo tanto, la gente dio en pensar que cualquiera de los miembros de mi familia

estaba en el secreto de su conducta: «¿Va a haber luz el sábado?, es que en la radio juega el Real Madrid»; «¿Va a haber luz el jueves?, es que mi mujer se va a poner de parto»; «¿Va a haber luz esta noche?, es que mi padre tiene ganas de morirse».

La luz artificial era un invento relativamente reciente en esa época y, sin embargo, se había dado mucha prisa en convertirse en un elemento imprescindible para el desenvolvimiento de la vida. De hecho, en esos años en mi pueblo había dos tipos de familias: las que tenían luz eléctrica todo el día y las que la tenían solo de noche.

Las casas que poseían luz de día eran de los ricos; las demás eran de los pobres, que a su vez se dividían en dos categorías: los pobres normales, que tenían luz solo por la noche, y los de solemnidad, que no tenían luz ni de día ni de noche, a excepción, naturalmente, de la luz del sol o de la luna.

Cada día, a la caída de la tarde, en invierno o en verano, mi padre recorría las calles armado con su pértiga. La gente lo esperaba a las puertas de sus casas como se espera un milagro. Rodeado de niños, llegaba a las esquinas, abría un armario, empujaba un interruptor grande que provocaba un chispazo y, entre el jolgorio del vecindario, se hacía la luz en toda la calle. En ese instante mágico, el mundo se iluminaba, y las calles y las personas parecían más bellas.

La luz era escasa, y la mayoría de las familias tenían únicamente una bombilla colgada de un clavo en medio de la cocina al final de un cordón cagado de moscas. Para sacarle partido a esa única bombilla, el ingenio de las gentes había agujereado la parte superior de las paredes, creando unos tragaluces que permitían el reparto de la escasa luz entre el resto de las habitaciones.

En mi casa no éramos ni mucho menos ricos, pero, al ser los Luceros, teníamos muchas bombillas, aunque para no dar envidia a los vecinos, estaban casi siempre apagadas.

Un día mi padre vino en coche desde Madrid con una caja grande. Sin decir nada, la puso sobre la mesa de la cocina y, con mucho misterio, la fue abriendo muy despacio. Dentro de la caja de cartón había más cartón doblado, mucho cartón, y al final, entre el montón de cartón, se escondía un extraño aparato del tamaño de una sandía mediana que tenía dos botones de nácar y un cristalito en el medio y con muchos nombres de ciudades. Era una radio. Yo tenía cinco años, mi hermano tres, y a partir de ese día mágico, el mundo se vino a vivir con nosotros. En mi casa se oía la radio con el mismo

silencio y la misma atención con que se escucha el corazón de un moribundo. Mientras estaba mi padre en casa, a mediodía y por la noche, se oía solo Radio Nacional de España. Él tenía verdadera devoción por «el parte». El parte para mi padre era la palabra de Dios y nadie podía hablar ni hacer ruido durante la escucha, pues le emocionaba hasta su sintonía: como intérprete de bandurria e hijo y nieto de guitarrista, aseguraba que aquella patriótica melodía estaba interpretada por un «requinto», instrumento de cuerda misterioso y completamente desconocido para mí.

Cuando mi padre marchaba a trabajar, mi madre movía el botón y del aparato brotaban las voces de Radio Madrid y de Radio Intercontinental. A mí no me gustaba «el parte», pero me fascinaban las novelas de Radio Madrid. Imaginaba aquellas escenas vividas por gentes elegantes que habitaban en mundos lejanos. Vidas intrépidas, modernas, tan diferentes a las anodinas que me rodeaban. Me pasaba horas mirando el aparato, conjeturando cómo vivirían allí dentro, tan apretados, todos aquellos personajes. Me imaginaba a esos seres minúsculos que, según mi vecina, salían de la radio solo por la noche. «¿Qué comen? —preguntaba mi hermano —, ¿y cuándo salen a mear?» Pero nadie respondía a aquellas cuestiones. Alguna vez mi hermano y yo nos levantamos de madrugada para tratar de sorprender a aquellos minúsculos habitantes de nuestra radio. Fracasamos. Eran más listos y rápidos que nosotros. Frustrados, encendíamos el aparato y allí, en el silencio y la oscuridad de la noche, escuchábamos bajito músicas desconocidas mientras mirábamos embelesados el cristalito iluminado del dial donde aparecían nombres exóticos como Varsovia, Budapest, Londres, Edimburgo o el Vaticano.

Aquella radio de madera marrón, con su frontal en baquelita blanca, nutrió nuestros oídos y, a través de ellos, nuestra cabeza y nuestro corazón. La radio nos regaló una infancia, nos regaló la voz atiplada de Franco, la radiante y redicha de Bobby Deglané, la malvada de Juana Ginzo, la cantarina de Matilde Vilariño, la clara y precisa voz de José Luis Pécker, la de pan caliente de Alberto Oliveras y las musicales de Alfonso Eduardo Pérez Orozco y Carlos Tena con las que me enamoré del blues. Años de radio. Años de radio espectáculo, radio dramática, radio solidaria, hasta llegar a la radio poética y esencial de Jesús Quintero.

En aquellos años, las semanas eran largas y monótonas como sogas de pozo, los sábados eran un nudo más, pero llegaban los domingos de bronce y misa y, por la tarde, las paredes de las casas se llenaban de alegría con los

goles del *Carrusel deportivo* de Vicente Marco.

La radio ensanchaba la vida y la llenaba de horizontes que salir a descubrir.

La radio era la onza de chocolate del áspero bocadillo de los pobres.

JUAN HERRERA



La radio de piedra

El calor y la furia

Aquel año hizo tanto calor que se derritieron las perchas en los armarios y las aceras se llenaron de banderas y uniformes polvorientos. El aire ardía, y en los templos la saliva de los clérigos se solidificaba y caía como ceniza caliente sobre las cabezas de los feligreses.

Fue un mes de julio tan insoportable que, para entretener a las moscas, alguien organizó una guerra. Y de repente, en las manos encallecidas por la hoz y la azada, brotaron pistolas y escopetas que, en un parpadeo, llenaron las cunetas de cadáveres sudados que olían a rabia.

En medio de este paisaje enloquecido, en un pueblecito enjalbegado con el miedo, un hombre inquieto, con un trozo de piedra de galena y un retal de cobre embobinado, construyó una radio. Fue una proeza tecnológica tan anacrónica como pretender construir un telescopio espacial con una zambomba y una lupa. Pero funcionaba, y las consecuencias, no siempre agradables, pronto se dejarían sentir.

El rústico aspecto del aparato no dejaba ver el poder que encerraba. Se trataba de una cajita de madera cruda de esas como de los puros, de la que salían unos cordones entrelazados. Dos de ellos, forrados de tela blanca y rayada, terminaban en unos cascos negros de baquelita, y un tercero, más fino y pelado, con pinta de alambre de tender la ropa, actuaba como antena.

La caja era pequeña, pero la antena era interminable. Salía del aparato y, serpenteando por el suelo de la cocina, seguía por el pasillo, continuaba por la gatera y, una vez en la calle, cobijada bajo los aleros de las casas, trepaba hasta el mismísimo pináculo de la torre de la iglesia.

El inventor y único escuchante de este ingenio se llamaba Brígido Ocaña, aunque todos lo llamaban «el Águila». Este, bien por aburrimiento o por afán de notoriedad, se había aficionado desde niño a las tormentas y, a partir de ahí, a todo lo eléctrico. Tenía una voz gorda y unos ojos grandes y espantados bajo los cuales colgaban dos bolsas de pellejo tan generosas que, de habérselo propuesto, podrían albergar con holgura sus anteojos. Desde el momento

mismo en el que cundió la noticia del invento, el pueblo entero se sintió atraído y alerta.

La *arradio*, o *el radio*, como lo llamaban algunos, se convirtió en el hilo negro que zurcía todas las conversaciones ya fuera en la plaza, en el pilón o en el arroyo donde lavaban las mujeres.

«Se oyen voces del más allá», decían unos. «Se escucha la tos de Franco», comentaban otros. Todos sin excepción hacían cábalas sobre la naturaleza del artefacto y las cosas asombrosas que a través de él podían escucharse.

Lejos estaban todos de imaginar que esa curiosa cajita les traería una nueva y dolorosa experiencia, la de aprender a sufrir de oído. Y es que, hasta la llegada de la radio, estos lugareños curtidos sufrían solo por las penas y desgracias propias o, como mucho, por las que les ocurrían a las personas de su cercanía. A partir de la llegada de la radio, las penas y desdichas de todo el país iban a sentarse a cenar con ellos, todas las noches.

Al llegar la radio, fuera por la novedad o por el olor adictivo de la sangre derramada, los vecinos tomaron la costumbre de ir cada día en procesión, con el alcalde a la cabeza, a escuchar el parte a la casa del Águila.

El ritual comenzaba a la caída del sol. Primero llegaban las mujeres, cargadas de botijos y sillas bajitas, para formar una fila en la acera que se prolongaba hasta el ayuntamiento; más tarde aparecían los hombres con sus toses, y, a eso de las diez menos cuarto, se dejaban oír los primeros siseos ansiosos en demanda de silencio.

Por fin, al dar las diez en el reloj de la torre, el Águila se sentaba ceremoniosamente delante de su mesa camilla, se colocaba los cascos en las orejas, apretaba el botón y, tras un minuto de espera, volvía a ponerse en pie, pero ahora con los ojos cerrados, en estado de trance. Entonces agarraba el alambre de la antena con su mano derecha y, dubitativo, como el que camina pisando charcos, comenzaba a dar pasos a izquierda y derecha.

—Las ondas de radio son de naturaleza caprichosa —solía explicar— y nunca llegan a la cocina por el mismo vericuetto del aire. Cada día hay que encontrarles la querencia y salir a su encuentro con el respeto con el que se sale en busca de las ánimas del purgatorio.

Había días difíciles en los que el rastreo de las ondas terminaba en la parte más alta de su tejado. Y ahí, de pie sobre el caballete, con el alambre en la mano, el pueblo en pleno contenía la respiración, y hasta los perros y las gallinas parecían quedarse tiesos como si fueran de mimbre. Pasaban los minutos, lentos como bueyes, y no se oía ni el aleteo de un párpado.

De repente el Águila daba un respingo, ladeaba la cabeza, subía el brazo izquierdo, doblaba una rodilla y así, en esa postura inverosímil, se quedaba rígido como un prejuicio. Sobre una sola pierna abría desmesuradamente los ojos y gritaba: «¡Manteca!».

Era oír «manteca» y todos sabían que un día más el Águila había logrado conectar con la guerra.

Llegado ese momento crítico, el pueblo se ponía de puntillas y hasta los corazones se detenían para no hacer ruido, a la espera de que el Águila contara lo que acababa de escuchar. «Franco ha dicho que la Virgen está tan triste que en Zaragoza ha llovido sangre.» Otro día avisaba de que «en Palencia las cabras llevan una semana cagando ranas»; y otro, que «en Teruel se han visto monjas llorando mercurio, como los termómetros».



El apocalipsis del Águila

Estos versículos apocalípticos zarandeaban el ánimo de los presentes, fueran estos niños o viejos, viejos o jóvenes, y así, formando cadena, jóvenes o perros, perros o pulgas, pulgas o garrapatas.

Cada vez que el Águila conectaba con la guerra, el pueblo entero quedaba consternado tratando de descifrar el intrínquilis del mensaje. Había familias que se pasaban la noche rezando el rosario para conjurar estas nuevas plagas bíblicas. Otros, más descreídos, se organizaban en grupos de discusión alrededor de una botella de vino para tratar de escrutar el sentido profundo de cada frase.

En apenas unos días, y gracias a ese insignificante aparatito, el pueblo había cambiado más que en varios siglos. La radio del Águila había traído a sus convecinos una enfermedad moderna: los quebraderos de cabeza. Antes de la radio, la gente dormía a pierna suelta; tras su llegada, en pocos días se agotaron las aspirinas. Nadie pegaba ojo. Y el no dormir y la desazón creada por los mensajes iban agotando a las gentes, que se pasaban el día deambulando sonámbulas por los rastrojos. El que más y el que menos vivía dándole tientos al botijo relleno de tila o de valeriana aromatizadas con anís para tratar de calmar los nervios.

Y es que, por si la dificultad de entender esas enigmáticas frases fuera poca debido a los nervios o al atontamiento por el adormecedor zumbido de las moscas, a esta venía a sumarse la deformación de los mensajes.

Ocurría a menudo que los mensajes, con el roce del boca a boca, se iban retorciendo y dando de sí, como los zapatos viejos, y donde alguien decía haber escuchado que «el Ebro ha sido invadido por un millón de truchas ciegas», otros juraban haber oído que «el Ebro se lo han bebido las cigüeñas».

Había noches tormentosas en las que estas confusiones terminaban con empujones y guantazos. En otras se alcanzaba tal grado de tensión que tenían que sacar de la cama en calzones al Águila para que repitiera a voces el

mensaje que poco antes había escuchado.

En evitación de males mayores, el alcalde Fulgencio *el Saltón* se reunió consigo mismo y, tras unos minutos de ensimismamiento, tomó la decisión irrevocable de hacer saber que, «a partir de hoy, el primero en recibir los mensajes del Águila será este alcalde presidente, y que, una vez oídos y entendidos, los apuntará con tiza y letra clara en una pizarra grande que se colgará en la puerta del ayuntamiento».

De esa manera, concluía el alcalde, «el que sepa leer que lea, que para eso tendrá todo el día siguiente la pizarra en la tapia; y el que no sepa leer que deje de toser y ponga mejor la oreja o que se joda y se achante».

La medida del alcalde parecía bienintencionada, pero quedaba un cabo suelto. Todo el mundo sabe que en los pueblos de España, incluso en aquellos donde, por no haber, no hay ni sombra de árbol ni rastro de mala leche, siempre hay un individuo con gafas que dice ser poeta, aunque, al decir «poeta», en realidad se quiera decir un individuo con grave adicción a la escritura en verso, un fanático del ripio, del trovo y del pareado. Es decir, lo que viene a ser un *pesao*.

Eliseo Menasalbas era probablemente el más *pesao* de todos los poetas con gafas redondas de España. Y es que, además de rimador contumaz, era cojo solemne. Menasalbas cojeaba haciendo ostentación de su cojera; tal vez fuera esa su particular manera de darle las gracias a la tara que lo había librado de ir al frente.

Fuera por eso o por simple chulería, Menasalbas cojeaba con circunloquios. No se conformaba con el monótono traqueteo de otros cojos; él lo hacía cojeando en círculo, abarcando todo su entorno: bien asentado el pie bueno, echaba el torso y los codos hacia atrás hasta formar un pronunciado arco con la espalda, y esta tensión lumbar le permitía dar un golpe de cadera y lanzar la pierna tuerta como un flagelo, describiendo un círculo que concluía en el punto exacto del suelo donde quería apoyar el pie tonto.

Menasalbas era un *pesao* cojitranco del que la gente huía espasmódicamente, como se huye de los toros en los encierros. Pero no se daba por *eludido* con estas migraciones, y allí donde había una posibilidad de colocar un soneto, una cuarteta o un simple pareado acudía presto y lozano, dando saltitos como una perdiz nueva, dispuesto a dar la brasa.

Conociendo al personaje, se veía venir de lejos que a la iniciativa del alcalde no podía dejar de sumarse la del incansable Menasalbas. Su idea

consistía en sobredimensionar su título de «cronista oficial de la villa» para añadirse el de «cronista local de guerra» con el cometido exclusivo de levantar acta diaria de las frases que salieran por la radio.

De esa manera, argumentaba el poeta, en el archivo municipal quedará constancia documental de estos hechos acaecidos con el objeto de que, andado el tiempo y terminada la contienda, sea posible la confección de un gran libro en verso, algo así como el *Os Lusíadas* de su muy admirado Luís de Camões, pero firmado por él.

Y ahí se lio el lío. Enterado el Águila del propósito de Menasalbas, convocó una reunión urgente en el ayuntamiento para decir con su voz gorda y sus ojos espantados que no estaba conforme con ese plan y que no iba a consentir que las frases que salían por su radio, esa radio que él había construido con sus manos y con su dinero, pasaran a ser propiedad del ayuntamiento y, menos aún, puestas en verso por Menasalbas.

La gente, viendo que el Águila iba en serio, que estaba más mosqueado que un capón en diciembre y que con ese cabreo se corría el peligro de que rompiera la radio, se puso en masa de su parte y, a base de murmullos, le dio su aprobación.

Pero Menasalbas, como el *pesao* juramentado que era, no se achicó ante estos reparos. A pesar de la cojera, de un salto se encapirotó en el respaldo del sillón del alcalde y desde allí, obviando algunos abucheos, dijo en alto y bien clarito que, al igual que el dueño del abanico no es dueño de la brisa que produce, del mismo modo el dueño de la radio no es dueño de las palabras que salen por ella y que, por lo tanto, en defensa del bien común y de las generaciones venideras, él iba a seguir con su memorándum.



La guerra, las moscas, los mendigos y el faquir

No demasiado lejos de estas disputas lugareñas, la guerra continuaba a lo suyo, picando carne humana sin reparar en gastos. Cada día, los tersos cielos del atardecer eran arañados por el vuelo ronco de los bombarderos y los barbechos resecos del estío, machacados por el tráfico continuo de camiones cargados de odio.

En las afueras de los pueblecitos, las tapias de los cementerios amanecían revocadas con el gotelé de los fusilamientos y, como remate, tras las puertas de sus casas, cientos de mujeres y niñas violadas y humilladas lloraban su indefensión condenadas al silencio. Es la guerra. Desde que el mundo es mundo, todas las guerras son la misma guerra.

Las guerras no necesitan razones, les basta con los pretextos, y casi todos son válidos. Las guerras solo necesitan caravanas de refugiados cargados con bultos absurdos, niños sucios de mirada acuosa, mujeres despeinadas y moscas, muchas moscas. No hay guerra sin moscas. Si las bicicletas son para el verano, las guerras son para las moscas.

Las moscas se divierten en las guerras parándose en el punto de mira de los fusiles, en la calva de los generales y en la frente trémula de los fusilados. Las moscas gozan atormentando las orejas de los huérfanos y, sobre todo, posándose sobre los ojos vidriados de los cadáveres para las fotos de los corresponsales de guerra. Es su manera de pasar a la posteridad.

Las moscas y los hijos de puta disfrutan en las guerras porque hay basura en abundancia y porque ambos son inmunes a la mala conciencia.

Ese julio fue tan abrasador que las bayonetas de los moros de Franco degollaban y cauterizaban las heridas en el mismo tajo. Estos fogonazos de miseria y vandalismo eran el decorado cotidiano de las historias que los grupos de mendigos traían y llevaban huyendo de la guerra y pidiendo pan y sombra.

«A veces la sombra alimenta más que el pan», solía decir Abelito, uno de aquellos mendigos camineros. Lo decía bien abrigado con su boina, una chaqueta de pana marrón, unos pantalones grises de rayón y una camiseta de lana que alguna vez fue rosa. Aunque sea verano, para los mendigos siempre es febrero.

En las guerras siempre hay mendigos y refugiados, y en esta tampoco escaseaban. Aunque estos dos grupos humanos se confundan a menudo, vistos de cerca tienen muy poco en común. Su desamparo trashumante en cierto modo los une y hermana, pero los refugiados huyen por motivos ideológicos, raciales, religiosos o simplemente por miedo y por hambre.

Los mendigos, en cambio, aterrizaron en la vida errante para huir del mundo o de su propia vida. Sin embargo, hay que reconocer que, a pesar de sus diferencias, los mendigos y los refugiados tienen algo curioso en común: no vestir nunca de blanco.

En esos años del odio, y para protegerse, los mendigos formaban grupos de seis a diez individuos. Eran grupos muy heterogéneos, compuestos por tullidos, enanos, homosexuales, locos y tontos.

Abelito, por ejemplo, era tonto. Por desventura para él, no lo parecía y, en consecuencia, el papel de tonto de baba del grupo lo tenía en propiedad Juanito *el Tonto*, que con sus dientes remontados, su moco intermitente y su cabeza de níspero no dejaba lugar a dudas.

Abelito, siendo tonto de nacimiento, en compensación era guapo, alto y fornido, y tenía dos ojos grandes y nobles del color de las aguamarinas. Con ese agraciado aspecto no le quedaba otra que aceptar el papel de vago, de cobarde y hasta de desertor, por lo que a menudo era el preferido de la chusma a la hora de recibir las pedradas.

Abelito apechaba con su sambenito con el mejor ánimo, aunque a veces perdía los nervios y entonces era mejor no estar a menos de diez metros de su furia. Dimas, el ciego, solía decir que, aunque Abelito era un santo, hasta a los santos, si se los tocas, se les hinchan los cojones.

Dimas era el líder de la cuadrilla de mendigos y el mejor amigo de Abelito. Era un ciego avejentado, de pelo ralo y ojos glaucos, más listo que el hambre y que viajaba siempre con un libro gordo titulado *Vidas de santos*.

Tenía mal genio y peor aliento, pero poseía dotes de actor y sabía las mañas para sacar buenas limosnas contando historias truculentas a la sombra de las moreras de las plazas. Si se encontraba a gusto, se tomaba dos cuartillos de vino y las historias se le coloreaban con el verde picante del

sexo o el rojo furioso de la sangre. Aunque las más terribles y sangrientas eran siempre las historias de los santos, que fingía leer en el libro y que eran sus favoritas.

Dimas, como muchos ciegos, tenía una memoria prodigiosa. Si oía una voz, nunca la olvidaba. Recordaba palabra por palabra conversaciones enteras ocurridas meses y hasta años atrás. De vez en cuando, y para hacer un alarde, pedía a cualquiera que eligiera un número al azar. ¡Cualquier número!, repetía en voz alta. Una vez elegido, solicitaba a la concurrencia que buscara ese número entre las páginas del libro de los santos. Encontrada la página, de una manera frenética y mientras todos la leían con asombro, la recitaba entera, letra por letra, de la primera a la última y sin equivocarse jamás.

Esa tarde Dimas, guiado por el fornido brazo de Abelito, se había sentado en un poyo de piedra que había en la puerta de una vaquería. Una vez allí, y para conseguir unos vasos de leche con calostros, comenzó a contarles historias al vaquero y a su familia.

—La guerra es terrible —dijo de pronto—, pero no consigue nunca parar la vida. La vida puede más que la guerra. La vida puede con todo —afirmó a continuación—: siempre que termina una guerra, a los pocos años, por muchos muertos que haya dejado tras ella, aumenta la población.

—¡Eso es verdad! —exclamó el vaquero, quitándose una mosca grande de la punta de la nariz.

Al sentir que el vaquero había picado el anzuelo, Dimas, dramatizando el tono y modulando la voz, continuó su soliloquio:

—Por dura que sea una guerra, y esta lo está siendo de cojones, la vida sigue llenando los burdeles, los casinos, los teatros y hasta las plazas de toros.

»Hace unos días, precisamente el día que empezó la guerra, en la plaza de toros de Tetuán de las Victorias había novillada. Toreaban tres novilleros: Cruz Morales, excelente estoqueador; Benito F. La Rosa, buen artista, y Bernardino Cabañas, debutante en esa plaza, que se enfrentaban a seis novillos de Abente.

»Total, que una hora antes de la corrida, en la puerta de la plaza, estábamos Abelito y yo dando lástima para sacarnos unas perrillas para la cena. De pronto, alguien dijo que esa tarde, y fuera de cartel, iba a actuar el gran faquir Dajartarto, recién llegado de Kapurtala.

»A nosotros los toros ni fu ni fa, la verdad, pero un faquir..., un faquir auténtico de Kapurtala no se ve todos los días, y menos yo que soy ciego sobrevenido. Aguijoneados por la curiosidad, y amparándonos en un tumulto,

conseguimos colarnos hasta la andanada.

»El calorazo era tremendo, pero había mucho ambiente y la plaza estaba casi llena. Sonaron clarines y, al abrirse la puerta de cuadrillas, salió un hombrecillo pequeño y endeble vestido de blanco, como un niño de comunión. En la cabeza llevaba un turbante, perilla de cabra y unas babuchas amarillas de esas de los moros que tienen la punta rizada como un matasuegras. Esto que cuento, verlo, no lo vi, pero lo cuento como me lo contaron.

»El caso es que a Dajartarto lo flanqueaban dos jenízaros fortachones con barba frondosa y turbante multicolor. Un paso más atrás aparecieron unas señoritas animadoras, a las que llamaban “odaliscas”, envueltas en velos que se movían al compás de sus caderas.

»Sonaba una música rara, como de flautas desafinadas, y unos tambores grandes que, al redoblar, te resonaban en la barriga; y ahí el faquir dio comienzo al paseíllo. Por lo visto, andaba despacio y tieso como un junco pero haciendo esparajismos y reverencias, y, mientras los hacía, se iba quitando la ropa hasta quedarse solo con las babuchas, el turbante y una especie de pañal blanco. De esta guisa llegó hasta el mismísimo centro del ruedo seguido de las odaliscas.

»Una vez en los medios, los dos fornidos guardianes sacaron unas palas y unos picos que llevaban colgados a la espalda, como los zapadores del ejército, y en un visto y no visto cavaron una fosa cuadrada de dos metros de profundidad.

»En ese instante se paró la música y quedaron solo los tambores. Las odaliscas envolvieron ceremoniosamente al faquir en una sábana blanca, como si estuvieran enrollando una bandera, cubriéndole cabeza y todo.

»Cuando estaba bien envuelto y rígido como un bacalao, lo tumbaron en el suelo. Con aire solemne, lo depositaron en el fondo de la fosa mientras retumbaban los tambores. Era el ceremonial de un entierro. Los guardianes rellenaban la fosa con la tierra que habían extraído del agujero. Para revisar la faena, vinieron los areneros de la plaza, que apisonaron la fosa pasándole luego rastrillos para dejar el ruedo liso como la palma de la mano.

»Al parecer, pensaban torear toda la novillada con ese hombre ahí, enterrado y sin respirar, en el centro del ruedo. En eso consistía la actuación del faquir. La plaza era un runrún de comentarios, y en esas estábamos, con la gente nerviosa y nosotros asustados ante la tragedia que podía suceder, cuando se dejaron oír en los alrededores de la plaza algunos tiros aislados.

»Al principio pensamos que eran cohetes, pero las carreras y los gritos de la gente nos pusieron sobre aviso de que la cosa era gorda. Por lo oído, se trataba de un enfrentamiento entre los guardias de asalto y unos falangistas. Pero entonces sonó una bomba de mano, seguida de ráfagas de fusil, y ahí el público entró en pánico y, sin miramientos ni remilgos, se produjo la desbandada.

»Hubo empujones, carreras, caídas y pisotones. Las mujeres chillaban llevando a sus hijos en brazos. Hubo puñetazos y patadas. Yo me cagué. Sí, sí, lo reconozco, me cagué encima. Si no llega a ser por Abelito, que es tan santo como fuerte, allí muero pisoteado como una cucaracha.

»Abelito, aquí presente, me salvó la vida: me cogió al hombro como un costal de patatas y me llevó a los urinarios, donde pude lavarme y adecentarme.

»Cuando cayó la noche y se me pasó el susto, salimos de allí y comprobamos que en los alrededores del coso no quedaba ni una sabandija. Mejor dicho, por el suelo había sombreros, abanicos, cucuruchos con pipas, periódicos y sobre todo zapatos, casi todos del pie izquierdo. No sé en qué consiste ese misterio de que la gente, cuando los fusilan o los atropellan, pierde siempre un zapato, y casi siempre el del pie izquierdo. En fin, yo aproveché y me hice con este zapato de rejilla que llevo, que estaba casi nuevo. Ya sé que no pega con el otro, pero como soy ciego no me mortifica.

»Como era tarde y yo estaba agotado por los nervios, Abelito se puso a buscar un refugio en el que pasar la noche. Y mientras buscábamos, con esa alma tan pura que tiene, va y me dice:

»—Dimas, ¿y qué pasa con el faquir?, ¿se va a quedar ahí enterrado hasta mañana?

»Y yo:

»—¡Pero coño, claro..., Dajatarto! ¡Qué panda de cabrones, los fortachones se han *largao* y han *dejao* a este hombre ahí, comiendo tierra como una lombriz!

»Total, que volvimos a entrar a la plaza por la puerta de los urinarios y, a tientas, llegamos hasta el ruedo, que estaba más oscuro que el culo de un minero. Lo sé porque Abelito pisó un rastrillo de los areneros, hizo palanca y por poco se abre la crisma con el mango.

»Ya en los medios, buscamos dónde estaba la tierra blanda y allí, como pudimos, escarbando con las manos y con una badila que encontramos tirada en un rincón, rescatamos al pobre faquir, que estaba ya medio muerto. Horas

tardó en recuperar el resuello, aunque del susto no creo que se haya recuperado todavía.

»La verdad es que al principio no le entendíamos y pensábamos que nos hablaba en indio, pero resultó que no, que lo que le pasaba es que tenía la boca llena de tierra. Poco a poco, la cosa se fue aclarando y resultó que el faquir era tan indio como el jabón Lagarto.

»Dajartarto ni era de Kapurtala ni se llamaba Dajartarto. Era español, natural de Cuenca, se llamaba Gonzalo Mena Tortajada y se había hecho faquir leyendo un libro que compró en la Cuesta de Moyano.

»Más pálido que una barra de hielo, nos explicó que era faquir profesional y que así se ganaba la vida. Nos contó que sabía comer cuchillas de afeitar y cristales de bombilla, que había aprendido a respirar tan poquito como los arenques dentro de la lata y que, gracias a eso y a un truco secreto que no quiso contarnos, podía aguantar mucho rato debajo de tierra, pero que esa tarde había pasado tanto tiempo enterrado que había estado a punto de morir, y que nos debía la vida.

»Se despidió de nosotros con abrazos, pero al día siguiente regresó y nos dio a cada uno cinco duros y un chusco y nos dijo que si íbamos por Madrid, no dudáramos en ir a verlo al Circo Price.

El impacto de la historia de Dajartarto sobre el vaquero fue fulminante. Nada más terminar la historia, y con los ojos llenos de lágrimas, corrió hasta la vaquería para dar a los mendigos un litro de leche recién ordeñada a cada uno y de postre un cuarto de queso viejo y un litro de vino.

Una vez más, Dimas había puesto en acción su talento al servicio del estómago. El ciego de los ojos en blanco sabía desde niño que las buenas historias tienen el poder de llenar la cabeza y también la barriga. Y la barriga de Abelito era para Dimas más importante que la suya propia.

Dimas fue un niño inapetente y desde entonces sabía torear el hambre, pero también sabía que si a Abelito le ladraban las tripas, se le iban las fuerzas y se quedaba como un guiñapo. Era sentir las punzadas del hambre y ese hombretón se sentaba en el suelo y lloraba como un niño. Dimas decía que Abelito tenía una alimaña en el estómago, y por eso se moría por comer.

Y para tenerlo feliz y contento, Dimas, que dependía de Abelito hasta para encontrarse el ombligo, dedicaba su talento a buscar alimentos. Un hombretón de uno noventa y con cien kilos de peso, con unas palmas de las manos en las que podían dormir cómodamente dos cocodrilos, necesita muchos mendrugos de pan y muchos vasos de leche para quedar satisfecho.

A cambio, Dimas sabía perfectamente que estando junto a semejante gigante, nadie se iba a atrever a rozarle ni una manga.



En medio de la guerra, un cura nuevo

A pesar de la llegada de los mendigos, la vida en el pueblo continuaba con su secular rutina. Aunque, la verdad sea dicha, en esos días hubo otra importante novedad: el canónigo provisional de Toledo, don Patroclo del Moral, se había acordado de ellos y les había mandado un cura nuevo, don Críspulo.

Desde el estallido de la revolución, que antecedió en meses al golpe de Estado que desencadenó la guerra, el clero de la zona permanecía en hibernación. Algunos se disfrazaron de viajeros y huyeron, otros murieron fusilados y los más escaparon con sus enseres a la zona nacional.

Don Rufino, el cura titular de este pueblo, se esfumó como una gota de saliva en la superficie de la plancha. Hubo quien dijo que se había liado con una beata forastera y que estaba escondido en Madrid tocando el organillo en un bar de alterne. Otros, mejor pensados, aseguraban que había vuelto con su familia a Oropesa y que ya solo era un cura en entredicho.

En cualquier caso, desde que sobrevino la guerra, el pueblo andaba sin párroco; los entierros, sin responsos; los pecadores, en pecado, y las beatas, sin función.

Fuera por casualidad o por la astucia del canónigo, lo cierto es que, a los pocos días de ponerse en marcha la radio del Águila, en el pueblo apareció un párroco nuevo. El ejemplar era de mediana alzada, metidito en carnes, embutido en una sotana negra con más brillos que una sartén vieja y rematado en lo alto por un bonete de cuatro picos. No venía solo, lo acompañaba su hermana Leocadia, que a simple vista parecía de otro encaste.

Mientras que el cura era castaño y rechoncho, la hermana era alta y agalgada, con nariz de apagavelas, orejas coloradas y prominente pechuga. Tenía mirada altiva y andares de grulla. Era un clásico ejemplar de loro monástico.

Esta pareja dispar, como si lo trajeran premeditado, desde el primer día se

hizo feligresa de la radio. No habían deshecho aún las maletas cuando, gracias al revestimiento eclesiástico que los amparaba, ya habían tomado asiento preferente en la cocina del Águila al lado del alcalde y muy cerquita de Menasalbas. Allí instalados, sembraron velas, repartieron escapularios y comenzaron a rezar el rosario mientras el Águila trataba de captar las ondas.

En pocos días, don Crispulo y doña Leocadia y su rezo del rosario habían convertido la maniobra cívico-técnica de captar la entrada de las ondas en un ritual religioso.

Y por si a alguien le quedaban dudas de este cambio, durante la homilía de la primera misa don Crispulo lo dejó definitivamente claro:

—Queridísimos hermanos: las ondas de radio vienen del cielo, que es el Reino de Dios. Desde allí llegan a la torre de la iglesia, que es su casa, y bajando, bajando, a través de la radio llegan a nosotros, que somos sus hijos. Por lo tanto, las voces de la radio son voces de Dios, y el Águila y su radio son solo instrumentos de su divina voluntad, sus humildes monaguillos.

El Águila, sentado en el primer banco de la iglesia, tragó saliva, se infló como un pavo y sintió cómo le subía por el esternón una retahíla de palabras amargas. Sin embargo, se contuvo. Las piernas le temblaban, pero, poco a poco, se fue desinflando hasta darse por vencido. Brígido *el Águila* fue consciente de que le faltaban arrestos para frenar en seco este descarado intento del cura de apropiarse de su patrimonio. Antes no le habían faltado redaños para enfrentarse a pecho descubierto con el alcalde y con Menasalbas. Pero ahora algo le decía que si osaba hacerle frente al cura, su radio y puede que hasta él mismo tuvieran los días contados.

La llegada del nuevo cura revolucionó a las beatas. Nada más sonar las campanas anunciando al pueblo la llegada, ya había delante del confesionario cola para confesar.

«Son muchos meses sin confesión y el pecado es una carga difícil de llevar», argumentaban las primeras. «¡No sé de qué pecados te vas a confesar tú, si no estás gorda! ¿No serán los pecados de la carne?»

Don Crispulo, al ver el panorama, decidió escabullirse por la puerta de la sacristía, pero también allí lo estaban esperando. Eran los hombres de Acción Católica, que venían a exigirle la organización urgente de una procesión. Tenía que ser una procesión solemne, presidida por el Santísimo expuesto en la custodia, para limpiar de pecados el aire y los rincones de las calles del pueblo.

—Aquí se ha pecado mucho —argumentaba Marino *el Beato*—. Desde

que nos quedamos sin cura, la gente va pecando a destajo y por todas partes. El otro día, sin ir más lejos, delante de mí se cayó un anciano, se golpeó la cabeza contra una esquina y soltó una blasfemia. ¡Una blasfemia del tamaño de una tinaja! En el acto recé un padrenuestro y tres avemarías a la pobre esquina para limpiarla del ponzoñoso roce del mal.

»Los hermanos de Acción Católica nos hemos seguido reuniendo en secreto durante todo este tiempo y hemos ido haciendo un arqueo aproximado de los pecadores y pecadoras del pueblo. El hermano Centurio, que sabe de números, ha estado llevando al día los libros del debe y del haber de las acciones buenas y las malas de casi todos los vecinos. Ya sabemos que, desde el punto de vista eucarístico, no tienen valor alguno, pero pensamos que en el orden pastoral servirán para que usted se haga una idea aproximada del estado espiritual de esta comunidad.

»A modo de resumen, puedo adelantarle que en este pueblo se peca más de palabra que de obra, más por acción que por omisión. Somos una comunidad donde la envidia no florece con desmesura, pero a cambio sí lo hacen la lujuria y la gula, aunque también es verdad que la gula, con la guerra, está últimamente de capa caída. Por el contrario, la lujuria en los últimos meses puede recogerse por gavillas.

»Estimado don Crispulo, hoy, por ser nuestra primera toma de contacto, no le hemos traído los libros físicamente. Nuestra encomienda inmediata es solicitar de usted la convocatoria urgente de la procesión de higiene espiritual.

»En fin, don Crispulo, ¡menos mal que está usted aquí, porque el diablo anda desatado y suelto por todas partes y no descansa ni de día ni de noche haciendo de las suyas!



Las Lombrices

En una casita de adobe, debajo de una higuera centenaria situada a las afueras del pueblo, vivían rodeadas de gallinas tres hermanas solteras a las que en el pueblo llamaban «las Lombrices». Su padre, el Tío Lombriz, era un viudo cejijunto que se ganaba el pan como peón caminero. Era un hombre alto y delgado como un hilo de humo, escueto de labia y tan enamorado de su trabajo que había jurado odio eterno a los badenes porque, a pesar de no tener carro ni coche y no padecer de hemorroides, por alguna causa desconocida no soportaba ni los baches ni los badenes.

Con solo imaginarlos se ponía del color de los lirios. En consecuencia, a pesar de la guerra y de la acumulación de pagas atrasadas, este hombre solitario, con su esportillo, su pisón, su azada y su rastrillo, seguía recorriendo a pie las carreteras empedradas de su comarca.

A veces, a modo de excusa, decía que, aunque no le pagaran, poder seguir con su solitaria tarea era la mejor manera de no meterse en líos. El problema era que, al ser su trabajo tan concienzudo, los baches le quedaban cada vez más lejos, lo que lo obligaba a pasar días fuera de su casa, durmiendo en casas de conocidos y comiendo de lo que le daban.

Su hija mayor, Manuela, la más flamenca y respondona, le tomaba el pelo diciéndole que su trabajo era tan fijo, tan fijo, que se olvidaban de pagarle. El padre respondía:

—Cuando termine esta maldita guerra ya cobraré. Pase lo que pase y gane quien gane, el Estado siempre existirá porque el Estado nunca quiebra. Los funcionarios cobran poco y tarde, pero siempre acaban cobrando.

Remedios y Pacita, las otras hermanas, se miraban y se reían, que eran las dos cosas que mejor hacían. Bueno, también eran muy hábiles haciendo bollos de manteca, rosas y pestiños en Semana Santa y, sobre todo, dándole cariño a las lombrices.

Don Crispulo, el nuevo párroco, y su hermana pensaban que a las tres hermanas las llamaban las Lombrices porque eran las hijas del Tío Lombriz.

No era toda la verdad; así se lo aclaró Menasalbas una tarde tomando un chinchón.

—Las llaman las Lombrices —aclaró Menasalbas con ojos picarones— porque cuidan muy bien las *lombrices* de los hombres.

El párroco se puso pálido:

—¿Quiere usted decir que esas tres hermanas ejercen... la prostitución?

—Yo no he dicho eso, estimado don Crispulo. Para ejercer la prostitución —matizó el poeta— debe haber un justiprecio, un intercambio de favores, en metálico o en especie, y en este caso no lo hay. Ocurre, simplemente, que las tres hermanas son muy generosas. Les gustan las *lombrices*.

El párroco se aplicó de un trago lo que le quedaba en la copa de chinchón y salió de la taberna hecho una furia ensotanaada. Iba tan deprisa que a punto estuvo de arrollar a doña Leocadia, su hermana, que llegaba en ese momento a buscarlo.

Juntos, y entre sofocos y jaculatorias, regresaron a la casa parroquial mientras el cura, de forma entrecortada, le cuchicheaba a su hermana la historia que Menasalbas le acababa de contar.

—¡Es un escándalo, señor alcalde!, ¡es un escándalo intolerable y un crimen lúbrico consentido! ¡Hay que parar esa ignominia inmediatamente! Debe usted recordar las palabras de Jesucristo: «Aquel que escandalizare a un alma inocente mejor que se ate al cuello una piedra de molino y se arroje al mar».

—Eso va a ser muy difícil, señor cura —resopló el alcalde—. Aquí no tenemos ni molino ni mar, y de cuerdas con lo de la guerra estamos muy escasos.

—Señor Saltón, ¡le advierto que le está hablando el párroco titular de esta localidad y no estoy para bromas! ¡Le estoy hablando de un crimen! ¡De un crimen obscuro consentido por usted como alcalde!

—¡Alto ahí, señor cura! ¡Alto ahí y no dé ni un paso más, que está usted en casa ajena! Para empezar, no me llame usted señor Saltón. Para usted yo soy Fulgencio Díaz-Cardiel, alcalde de este pueblo. Y para continuar, si no se falta a la ley, como alcalde yo no me meto en las aficiones de mis vecinos. Estas señoritas no tienen establecida una industria. No hay dinero de por medio y, en no habiéndolo, sus actividades son asunto privado. En este pueblo hay vecinos que crían canarios flauta, otros que cazan la perdiz con reclamo y otros que duermen la siesta en pelotas.

»A este alcalde eso ni le ocupa ni le preocupa. Y si a esas hermanas les

gustan las *lombrices* (incluidas, por cierto, algunas de los miembros de la Iglesia que usted representa), y con ello no hacen mal a nadie, como alcalde presidente de este municipio yo no tengo nada que decir.

El cura recibió la pulla en todo el morrillo y quedó paralizado por el impacto.

¿A qué *lombrices* de miembros de la Iglesia se refería el alcalde?

Tenía la cabeza hecha una devanadera y, por no darle más ocasión de lucimiento al alcalde, el cura plegó velas, recogió el bonete y reuló camino de su sacristía a paso de maniobra. Por el camino, siguió dándole vueltas al magín:

¿A qué *lombriz* se refería el edil si allí no había más *lombriz* de la Iglesia que la suya?



Nos están robando el aire

«En Palencia han nacido dos niños con rabo y crines de caballo.» «Al amanecer del día del Corpus, en todo el cielo de Cuenca se vio escrita la letra efe mayúscula.» «Un empleado de telégrafos de Burgos ha inventado un farol que se enciende con la fe.» La radio del Águila seguía emitiendo sus mensajes extraños, a los que poco a poco el pueblo se iba acostumbrando.

De hecho, ese día había habido un mensaje avisando de la llegada a la zona de soldados alemanes, pero, impresionados por el farol que funcionaba a base de fe, nadie le dio importancia.

Por eso, cuando a media tarde, por el camino del tejlar, llegaron dos hombres montados en una enorme moto con sidecar, nadie los esperaba. Llegaron a la plaza, pararon el motor, se quitaron las gafas y, al sacudirse el polvo de los uniformes con golpes de sus manoplas, pudo verse que eran alemanes. Así se lo contó el alcalde Saltón a Menasalbas, de quien, por saber palabras como wolframio y Telefunken, todos pensaban que hablaba alemán.

Un poco por curiosidad y otro poco por pegar la hebra, Menasalbas salió al encuentro de los forasteros luciendo su mejor cojera.

En medio de la plaza estaban esos dos hombretones cubiertos de polvo embadurnándose la cara mutuamente con una crema amarillenta, una especie de manteca que sacaban con los dedos del fondo de una latita. Fue un encuentro infructuoso.

Menasalbas, a base de aspavientos y de grandes voces, trataba de hacerse entender. Les hablaba de los reyes godos, de Atanagildo, de Leovigildo, de Wamba, que según él eran alemanes. De pronto se acordó de Carlos V de Alemania, que al ser rey de España y emperador de Alemania nos convertía a todos en compatriotas. Los dos alemanes lo observaban sin mover un músculo. Al no obtener resultados, Menasalbas tiró por la senda de la música y se puso a tararear *La cabalgata de las valquirias* y, al ver que tampoco había reacción, como último cartucho, recitó un fragmento del *Fausto* de Goethe, pero los alemanes ni se inmutaron.

Estaba claro: ni Menasalbas hablaba alemán ni los alemanes tenían ganas de calentarse la cabeza escuchando a un cojo aquejado de verborrea y poseído por Wagner. Los dos soldados se miraron, se acercaron al pilón, bebieron agua, mojaron unos pañuelos negros en la pila, se los ataron al cuello, se calaron las gafas, pusieron la moto en marcha y, sin despedirse de nadie, se marcharon subidos en el ruido.

Al amanecer, mientras el pueblo dormía, el suelo tembló y el rugido ensordecedor de varios camiones oruga despertó a los lugareños. Con el susto en el cuerpo, desde las rejas de las ventanas vieron atemorizados la llegada de una caravana de camiones con soldados que, después de dar varias vueltas atolondradas a la plaza, enfilaron la calle del Reguero, que desemboca en la explanada del cementerio, donde finalmente acamparon.

Pasadas unas horas, una pequeña delegación de las tropas, encabezada por un teniente español, se personó en la plaza con la intención de hablar con el alcalde.

No fue posible porque el alcalde estaba en ese momento ocupado en una misión íntima y secreta cerca de las tapias de su huerto. Así se lo manifestó Menasalbas a los tres militares.

—Son cosas de la intrahistoria que nunca se cuentan en los libros —les dijo—. Como cronista oficial de esta villa, puedo afirmar tajantemente que los grandes hombres también manchan el papel higiénico.

Los militares, entre sonrisas y miradas cómplices, reconocieron en Menasalbas a un representante válido del ayuntamiento y, como llevaban prisa, pasaron a informarle de sus intenciones: el pequeño destacamento que había acampado a las afueras era parte de un grupo alemán dedicado a la mecánica de mantenimiento. Permanecerían allí por un periodo indeterminado pero breve, razón por la cual la población debería estar tranquila y en paz, pues su labor, que consistía en la reparación y puesta a punto de algunas máquinas de guerra que debían volver al frente con urgencia, no era peligrosa para nadie.

La delegación encabezada por el teniente Florido, que actuaba como enlace e intérprete, solicitó del ayuntamiento el uso discrecional del agua potable de la fuente comunal y el enganche al alumbrado público para alimentar de electricidad sus equipos.

Terminada la breve conversación de la que, como no podía ser menos, Menasalbas levantó acta firmada por todos, los militares se pusieron las gorras, dieron dos taconazos y se marcharon por donde habían venido.

Momentos más tarde, llegó al ayuntamiento el alcalde con cara de cera.

—¡Qué malo me he puesto, Menasalbas! ¡Creía que se me iba la vida por la rabadilla! Desde las diez de la mañana llevo con el culo como un megáfono, y perdona por la confianza. ¡Cómo es posible que dentro de un cuerpo humano se acumule semejante cantidad de inmundicia! —Y tras un resoplido y un frotamiento de barriga, añadió—: ¿Qué quieren los militares?

—Poca cosa, señor alcalde. Quieren dar un poco la lata para que se note que estamos en su guerra —indicó Menasalbas—. Los militares son como los niños: les das una guerra y ellos encantados de jugar con sus aparatos. Vienen aquí, a retaguardia, a reparar algunos cañones que tienen estropeados, van a estar solo unos días. Les he dicho: «Usen el agua y la luz, pero aquí no queremos saber nada de los alemanes, que nosotros somos españoles y no pensamos hablar otra lengua que no sea la de Cervantes».

—¿Eso les has dicho? Pero ¿tú no hablabas alemán?

—Dejemos eso ahora. No te lo vas a creer, ¿sabes cómo se llama el teniente español que les manda? ¡Teniente Florido! ¡Florido! ¡Vaya nombre para un soldado! Claro que a lo mejor nació en mayo.

En esas cavilaciones andaban cuando por la puerta del salón de plenos entraron varias mujeres enmandiladas y con cara de disgusto.

—Señor alcalde, venimos a decirle que estamos muy asustadas. Haga algo, esos militares que acaban de llegar han traído moscas nuevas y nos están robando el aire.

—Pero ¿eso cómo puede ser? —preguntó el alcalde.

—Ha llegado un camión grande rodeado de muchísimas moscas verdes —dijeron las mujeres, pisándose al hablar.

—Han subido en el techo del camión una cosa, como una oreja grande de hierro, un aparato con tiras así, como un somier —decía una.

—Es muy grande, casi como la torre de la iglesia —la interrumpía otra.

—Y al rato se ha puesto a girar y girar como un tiovivo y haciendo un ruido y unos pitidos endemoniados que quitan la respiración —continuaba la primera.

—Las moscas verdes que venían con el camión han salido despedidas y se han metido en las casas —terminaba otra—. El Águila, que es nuestro vecino, también está muy enfadado. Nos ha dicho que le digamos a usted que, desde que se puso en marcha este diabólico aparato, su radio no funciona. Dice que está seguro de que, con ese camión, los alemanes nos están robando el aire.



El cielo y el ruido

Las guerras empiezan siendo un rumor, un zumbido molesto en la cola de las panaderías. Y es que, antes de producir cadáveres, las guerras producen preguntas. Y ahora, ¿qué hay que hacer?, ¿en la guerra se debe seguir yendo a trabajar?, ¿vamos a seguir teniendo domingos o todos los días serán lunes?

La primera vez que se oye en serio decir «Estamos en guerra», nadie, ni siquiera los soldados, sabe qué quieren decir esas palabras exactamente.

Hubo un día en el que se vieron pasar por el camino del cementerio algunas familias de pueblos vecinos con todo lo que tenían amontonado en un carro tirado por un borrico. Nadie sabía si huían de la guerra que venía o estaban saliendo a su encuentro. Lo que se veía era que caminaban avergonzados, arrastrando los pies y dejando atrás a sus gatos. Y es que en las guerras algunos perros se van con sus dueños, pero los gatos siempre se quedan. Seguramente por eso los gatos son la comida de emergencia en todas las guerras.

Al principio, nuestra guerra fue el coágulo de una úlcera sangrante causada por el fanatismo y el hambre hasta que un día, en el centro de una mañana azul como tantas, la guerra se hizo carne y ruido encima de nuestras cabezas.

Dos aviones de combate eligieron la vertical del pueblo para dirimir una lucha a muerte. Los niños y los lugareños, con la boca abierta y el dedo en alto, protegidos por su inconsciencia y por los soportales de la plaza, estaban fascinados. Entre gritos de admiración y chillidos de ánimo, niños y adultos asistían no se sabe si temerosos o excitados a las ruidosas persecuciones de aquellos dos artefactos voladores y, entre sustos y aplausos, escuchaban el tableteo lejano de las ametralladoras y el rugir furioso de los motores de los dos aparatos enzarzados.

Porque nadie podrá negar que las guerras, además de una vergüenza, son un gran espectáculo. Las guerras tienen prestigio, y cuanto más sangrientas y crueles, más prestigio. A pesar de su coste disparatado y del derroche de

dolor y de odio que provocan durante generaciones, las guerras siempre han sido las madrastras del progreso.

Hasta la llegada de la guerra a nuestras vidas, los aviones eran para los campesinos unas máquinas tan enigmáticas e invisibles como los ángeles custodios. Para los braceros del campo, los *viones* eran poco más que un destello de plata en el cielo, un ruido alto o unas rayas de tiza trazadas caprichosamente sobre la bóveda azul. Al llegar la guerra, hasta los lugareños más huraños del mapa aprendieron a distinguir entre el zumbido fúnebre de «las pavas» y el excitante rugido de los motores de «los moscas» y «los chatos». La radio del Águila se encargaba de explicar que «moscas» y «chatos» eran unos pequeños y rápidos aviones de combate fabricados en Rusia por la casa Polikarpov, que luchaban a favor de la República, mientras que «las pavas» eran bombarderos alemanes Junkers y Heinkel, lentos como cigüeñas de mármol y pertenecientes a la Legión Cóndor, con los que la muerte frecuentaba Madrid.

Pero, ese día, el espectáculo de la guerra había venido a visitarnos y Menasalbas, más experto en endecasílabos que en motores de hélice, aprovechó el suceso para explicarles a los niños el combate en clave mitológica. Para el cronista de la villa, «Polifemo», el gigante de un solo ojo, era el avión ruso que luchaba por la República, mientras que «Ulises», el pequeño valiente, era el avión alemán que luchaba por el bando nacional. Polifemo tenía un motor ronco y poderoso, pero Ulises surcaba el cielo con un ruido seco y trepidante. Atendiendo a estas explicaciones, casi todos los niños deseaban la victoria de Ulises, el guerrero alemán, pero en un determinado momento, para sorpresa de todos, desde los talleres alemanes instalados a las afueras del pueblo empezaron a escucharse ráfagas de una gran ametralladora que, en cada una de sus pasadas, apoyaba a Ulises disparando al malvado Polifemo.

Por esa acción tan razonable como inesperada, en ese preciso instante la identificación de los niños con Ulises cambió de bando. En la ingenuidad de sus corazones y empujados por su natural sentido de la justicia, y a pesar de los esfuerzos de Menasalbas, los niños empezaron a considerar que la intervención de la metralleta desde tierra había viciado la pelea dándole ventaja a Ulises. De un uno contra uno se había pasado a un dos contra uno.

Lejos de estas desafecciones, en el cielo continuaba la batalla. Las ametralladoras de a bordo y la más grande que disparaba desde tierra echaban chispas. De pronto «el mosca», al que los niños llamaban Polifemo, soltó un

chorro de humo, dio un giro de tornillo sobre sí mismo y el motor comenzó a toser y a tartamudear. Poco a poco fue disminuyendo su velocidad y, perdiendo altura, desapareció entre los tejados. «El Heinkel», o Ulises, como lo había bautizado Menasalbas, realizó una deslumbrante pasada rozando la torre de la iglesia y, tras una pirueta en señal de victoria, se diluyó en el horizonte. A los pocos minutos y con los niños corriendo en tropel en dirección al posible punto de caída de Polifemo, se escuchó un impacto prolongado y al ratito el motor dejó de sonar.

—¡Ha caído en las eras! ¡Ha caído en la era del Tío Malamano! —se gritaban unos a otros los pequeños sin dejar de correr.

Por la Cuesta del Caño se llegaba a las afueras, pero al alcanzar la esquina, aún no se veía humo ni se escuchaba ningún ruido.

—¡No ha caído en las eras, está en el barbecho de Los Llanos! —gritó uno de los más altos, encaramado a una tapia.

A medida que se acercaba el tropel de niños, se veían más claramente las alas y la cola del pequeño aparato, adornado en sus alerones con los colores de la República. Era un avioncito de lona y de chapa, del tamaño de un carro mediano, que se encontraba semihundido en un barbecho erizado de pajas secas, al final de un surco profundo.

—¡Míralo, está ahí y dentro está el conductor!

—¡No se dice así, se dice «pilato»!

—¡Que no, que se dice «piloto»!

—¡Pues eso, «pilato»!

Al acercarse, sentado a los mandos, se podía ver a un hombre vestido de uniforme verde. Tenía la frente apoyada en el cristal roto del parabrisas situado frente a él. La cabeza estaba cubierta por un casco de cuero flexible, mientras en sus hombros unas correas finas, también de cuero, lo sujetaban al fuselaje.

En un verbo, sin pregón ni convocatoria previa, dispuestos en abanico a cien metros del aparato, estaba todo el pueblo. Miraban y cuchicheaban, pero nadie se atrevía a acercarse. Y como ni Fulgencio el alcalde ni don Crispulo el cura aparecían por allí, y Menasalbas, que debía de estar dándoles aviso, tardaba en llegar, tuvo que ser Dimas —que por ser ciego tenía menos que perder— el que pidió a Abelito que lo acercara al aparato. Juntos, pero con cierto recelo, cruzaron el barbecho seguidos a prudente distancia por el resto de la gente.

El aparato olía a pólvora y a gasolina quemada. Abelito zarandéó con

suavidad los hombros del piloto y, al ver que no se movía, le giró ligeramente la cabeza y vio que aún respiraba. Siguiendo su instinto, comenzó a desabrocharle las correas una a una hasta que el piloto fue reaccionando. Estaba gravemente herido en las piernas, y sus gestos de dolor y el charquito de sangre que se fue formando debajo del aparato así lo indicaban. El piloto, con gran esfuerzo, consiguió desabrocharse el mono y, tras quitarse las gafas metálicas, extrajo de su pecho un sobre marrón de tamaño mediano, teñido en sus bordes por manchas de sangre, que entregó a Abelito. Acto seguido, con las últimas fuerzas, se quitó las gafas metálicas y, mirando fijamente a los ojos de Abelito, se murió.

Dimas se dio cuenta, por las palabras entrecortadas del aviador, de sus intenciones y, colocando astutamente a Abelito como parapeto, se hizo con el sobre y lo guardó rápidamente en su zurrón. Fue una decisión certera realizada justo a tiempo que consiguió que el sobre no fuera visto por el comandante alemán que en ese mismo instante, subido en su *jeep* y acompañado de un pelotón de soldados, disolvió a los mirones, haciéndose cargo de la situación.



El testamento rumano

El Águila estaba a punto de dormirse. En su cabeza daba vueltas al mensaje de radio que esa noche había compartido con el pueblo: «Los mandos del Ejército del Aire buscan el plan de guerra que transportaba un avión enemigo caído en esta zona». Pensaba que esto podía traer problemas al pueblo. Los alemanes habían hecho correr el rumor de que estaban dispuestos a pagar una buena cantidad de dinero a quien encontrara un paquete que, con toda probabilidad, había sido arrojado a tierra desde su avión durante las maniobras del forzado aterrizaje.

Estaba claro que el alto mando pensaba que el piloto derribado llevaba consigo importante documentación militar.

El Águila oyó ulular a la lechuza y ladrar a los perros, y solo por eso se dirigió a la puerta para quitar la tranca y facilitar el paso a sus amigos. Transcurridos unos minutos, la puerta se abrió y, sin hacer ruido, a través de ella se hicieron presentes Abelito y Dimas, que, nada más entrar y sin apenas saludar, cerraron la puerta a sus espaldas.

Bajo la luz amarillenta de una bombilla, colgada sobre la mesa camilla, Dimas depositó un paquete envuelto en un pañolón de cuadros. Sin decir nada, desanudó los picos y de su interior salió el sobre marrón ensangrentado que ocultaba el piloto en su pecho.

El Águila no pudo reprimir su sorpresa.

—¡Coño, Dimas, esto es una bomba!

—Espera y mira —pidió el ciego.

Ceremoniosamente, fue extrayendo del interior del gran sobre todo su contenido. Lo más voluminoso era un disco de pizarra con una portada de colores en la que se veía la sonrisa enigmática de la Niña de los Peines. Junto al microsurco aparecieron dos fotos, una de un niño y otra de una mujer, y además un mapa de Sevilla cuidadosamente doblado y una libretita manuscrita atada con una cinta de color verde.

El Águila comenzó a leer en voz alta la primera página de la libreta:

Por si muero en combate, escribo estas poquitas letras para que sean mi único y definitivo testamento. Mi nombre es Andreas Cartarescu y nací en Rumanía, aunque crecí en Moscú. Allí me hice piloto y por cosas del destino leí, primero en francés y luego en español, la obra de Antonio Machado. Gracias a don Antonio, a sus *Campos de Castilla* y a sus *Soledades*, me fui entendiendo a mí mismo, y por eso, en cuanto se presentó la ocasión, vine a luchar por España.

Aquí me enamoré y aquí tengo un hijo que se llama Antonio y que es el niño que sale en la foto junto a Elena, mi mujer.

A quien esto encuentre, y apelando a su humanidad, le pido que lleve este disco de la Niña de los Peines y estos dos sobres cerrados a mi mujer y a mi hijo, junto con la noticia de mi muerte.

El Águila hizo una pausa, miró con emoción a sus acompañantes y siguió leyendo.

Y a quien pueda interesar, afirmo que muero con la pena de no ver crecer a mi hijo, de no haber visto con mis ojos el Duero ni el patio de Sevilla donde madura el limonero. A cambio, muero con la satisfacción de hacerlo luchando por el sueño de un mundo mejor, para que lo pueda vivir mi hijo.



Sexo y lombrices

Manuela *la Lombriz* era una mujerona pelirroja de mirada desafiante y sugerentes formas de cacharro de alfarería. Gustaba a los hombres y los hombres le gustaban a ella. En consecuencia, los años propicios al noviazgo y al matrimonio se los había pasado en probaturas. Sus hermanas Remedios y Pacita, más menudas y escurridas de carnes, a pesar de su aspecto recatado y de sus vestimentas discretas, habían seguido el ejemplo y las aficiones de su hermana.

Con un padre persiguiendo baches y una madre en el cementerio, las tres hermanas, desde muy jóvenes y siguiendo su instinto, entretuvieron sus ratos libres en el conocimiento profundo de su propio cuerpo y en el de los machos de la especie que pasaban por las cercanías.

Su conducta era tan natural, tan espontánea y discreta que ni la Iglesia ni el resto de las fuerzas vivas del pueblo habían presentado hasta el momento el menor reparo a las aficiones de las hermanas. Antes, al contrario: los más importantes representantes de las instituciones colaboraron activamente, en la medida de sus fuerzas, en su educación sensorial.

Tanto es así que don Alfio, el sacristán, un solterón beato peinado a la saliva con la raya en medio, fue desde la adolescencia de las hermanas uno de sus más aplicados profesores. Don Alfio, entre procesión y responso, siempre encontraba un ratito para enseñar a alguna de las hermanas, o a varias a la vez, su amplio repertorio de toques de campana.

Y siguiendo la senda abierta por el sacristán, por la casa de la higuera y sus alrededores desfiló por turno toda la nómina de varones en uso. Y todos, en algún momento, fueron allí bienvenidos.

En la casa de las Lombrices no se hacía distinción entre casados, viudos, solteros y separados. La generosidad afectiva de las hermanas era tal que en días propicios, y si la botella de Machaquito había hecho bien su trabajo, Remedios, *la Lombriz Mediana*, acogía en sus oraciones incluso a alguna beata recoleta.

Todo en buena paz y armonía. Todo sin transacción monetaria. Todo por la afición. Eso no era óbice para que alguna paletilla de jamón, algún queso de cabra, algún lomo embuchado o algún cordero asado pudieran visitar esa casa acompañando a algunos de sus visitantes.

Nada hacía pensar que, en ese caluroso atardecer en el que sonó la puerta, ladró el perro y aparecieron en el portal el moño y los ojos de grulla de doña Leocadia, las cosas empezarían a cambiar.

Para saludar a la beata salió Manuela, vestida con una bata de seda verde adornada con un loro pintado en la espalda y unas chinelas con plumas a juego. Tras el forzado saludo, Manuela ofreció a doña Leocadia una taza de manzanilla y unos bollos de manteca. Sentadas a la sombra de la higuera, doña Leocadia miró de soslayo el vuelo amenazante de una avispa, se estiró la falda y preguntó a Manuela de sopetón, aunque muy bajito:

—¿Usted cree que está bien lo que ustedes hacen con las lombrices?

—Señora, ¿de qué lombrices habla usted?

—De las *lombrices* de los hombres, ya me entiende —señaló la beata.

Manuela soltó un par de chispitas por los ojos y, sacando a pasear su mejor sonrisa, dijo con tono amable:

—Doña Leocadia, ¿usted ha tenido alguna vez una *lombriz* palpitando en su mano?

—¡Por supuesto que no!, ¿por quién me toma?

—Pues, con todos mis respetos, por una mujer que sabe muy poco de la vida. Usted no sabe lo necesarias que son las *lombrices*. Sin las *lombrices*, la vida se acabaría...

—¡Perdone que la interrumpa! —intervino la beata muy exaltada—. ¿Usted no sabe que esas *lombrices* son pecado?, ¿usted no sabe que son criaturas del diablo que pudren el alma de las mujeres y las conducen irremediabilmente hacia el infierno?

—Doña Leocadia, permítame una pregunta: ¿se ha parado a pensar alguna vez que usted también es hija de una *lombriz*?

Como si le hubiese tirado del moño su ángel de la guarda, la beata se irguió de repente, miró desde su altura a Manuela con desprecio infinito y salió de la casa dando bufidos como si la llevara en volandas un huracán.

Manuela no pudo reprimir una carcajada, miró las ramas frondosas de su higuera y sintió la beneficiosa caricia de su sombra. Se sentía feliz. En las habitaciones del otro lado de su casa, sus hermanas dormitaban muy bien acompañadas.

En su propia cama, tendido y desnudo, Manuela hacía esperar a un soldado alemán al que ella había decidido llamar «Otto». La verdad es que Manuela a todos los alemanes los llamaba Otto, así no se equivocaba de nombre y además, al ser todos iguales, lo supieran o no, todos eran, de alguna manera, *Otto alemán*.



Cuando sea mayor, quiero ser alemán

Aun en tiempos de guerra, en todos los pueblos hay niños. Casi siempre son una consecuencia de las apresuradas visitas de permiso de los soldados. «Los permisos aumentan la natalidad», decía muchas veces Menasalbas. Por eso, por si muere en combate, al soldado hay que concederle algún permiso para que le dé tiempo a preñar a su mujer y de esa manera cubrir su propia baja si se produce; con esa precaución, siempre habrá soldados para la próxima guerra.

Los niños, aunque sean solo una inversión militar de futuro, son el alma de las calles. Si no fuera por ellos, no habría cuentos, la luna sería solo un pedrusco calizo en medio del cielo, los gatos y los perros dormirían tranquilos, los gorriones serían pájaros gordos y nadie tiraría de los bolsillos a los forasteros.

En la guerra, los niños o lo pasan muy mal o lo pasan muy bien, no tienen término medio. Cuando no los matan ni los bombardean ni les dejan huérfanos, lo pasan bien. En las guerras no hay clase y los mayores los dejan en paz porque están demasiado ocupados pasando miedo.

En la guerra, menos los niños, todo el mundo pasa miedo. Los maestros, por ejemplo. Aunque no vayan al frente, en las guerras se mata mucho a los maestros. Según las últimas estadísticas, mueren cien veces más maestros que generales. Decía Dimas, el ciego, que los maestros son peligrosos porque enseñan a pensar, y el que piensa no obedece. Seguramente por eso, por pura supervivencia, cada vez hay menos maestros y más profesores.

Desde que llegaron los alemanes, los niños del pueblo no se separaban de ellos ni para apedrear a los gatos. Los alemanes traían salchichas, lapiceros, caramelos de fresa y chokolatinas envueltas en un deslumbrante papel de plata. Las chokolatinas eran de chocolate crujiente, ni suave ni fuerte, dulce, pero no empalagoso, muy diferente del que por onzas les daban a los niños

sus madres a la hora de la merienda.

Nuestro chocolate se llamaba Dulcinea y naturalmente estaba hecho en La Mancha. Era un ladrillo de color marrón rojizo y de una textura arenosa. Había quien decía que lo hacían en los tejares. Lo cierto es que, a pesar de llamarse Dulcinea, era tan duro que con una onza, chupándola y chupándola, le podía dar a un niño para merendar una semana, aunque con tanto rechupeteo a los niños se les quedaba la lengua como si hubieran chupado los cascos de un caballo.

A los niños les gustan los soldados porque van de uniforme, dan taconazos, llevan pistolas de verdad y, sobre todo, porque tienen mucho tiempo libre. El niño consume tiempo, por eso se encariña con aquel que se lo regala.

A la velocidad del rayo, los niños del pueblo, hasta los más torpes, aprendieron vocablos en alemán. Frases sencillas como *Danke* para decir gracias, o *auf Wiedersehen* para decir adiós. Algunos más avisados aprendieron a pedir chocolate diciendo *geben Sie mir Schokolade*. A cambio, los soldados aprendieron de los niños a decir claramente «lombrices».

Los niños y los soldados crearon una pequeña comunidad de intercambio. Un día Braulio *el Pichón*, que tenía nueve años y era el nieto de Censurio *el Contable*, de Acción Católica, cogió una cría de cernícalo que se había caído de un nido de la torre de la iglesia. En la caída, el pobre pájaro se había roto un ala, y estaba asustado y dolorido.

El Pichón metió al cernícalo en la gorra de su abuelo y se fue corriendo al campamento de los alemanes en busca de ayuda. De uno de los camiones bajó un hombre gordo vestido de blanco, con bigote de morsa y gafas redonditas. Sacó del bolsillo una lupa, miró atentamente al pájaro y, con mucha paciencia y unos palitos, le entablilló el ala y lo dejó tranquilo.

El niño asistió sin parpadear a la asombrosa demostración de habilidad: esa manera firme y delicada de sujetar al pájaro para no hacerle daño y, a la vez, colocarlo de tal manera que le permitiera tenerlo quietecito para poder ir anudando y entablillando los huesecitos de las alas. Terminada la operación, el Pichón se cuadró militarmente ante el viejo soldado, como había visto hacer a los otros compañeros, y, manteniendo la mano en la frente, le dijo una frase que le salió del alma: «Cuando sea mayor, quiero ser alemán».

El problema es que no todos los soldados alemanes tenían tanta

sensibilidad ni eran tan perfectamente alemanes. En el campamento había un sargento que tocaba el acordeón. Era gordito, bonachón y reidor, y entre polca y polca, aprovechando el bailoteo, sometía a los niños que pillaba a juegos menos inocentes.

La casualidad quiso que, en una de esas peripecias, los gritos de un niño llegaran a los oídos de los mendigos que merodeaban por el campamento tratando de obtener algunas sobras de las cocinas militares.

Al oír un grito ahogado, Dimas, que como todos los ciegos tenía un oído capaz de sentir crecer la sombra, dio la voz de alarma y Abelito llegó en dos zancadas a la trasera de un camión y, de un tirón, abrió la puerta de par en par. Allí, de pie, encontró al niño llorando y a su lado al acordeonista con los pantalones en los tobillos.

De la primera torta, Abelito sacó en volandas del camión al sargento, que fue a dar con su cuerpo en la gran marmita en la que se estaban terminando de cocer los garbanzos. Fue una escena dantesca. El alemán, con sus partes escalofriantes escaldadas por el caldo, gritaba como un gorila agarrado a las traviesas del camión. Mientras, Abelito, muy enfadado, le daba cogotazos a dos manos como si tuviera un resorte en cada brazo.

El niño, asustado y avergonzado, fue acogido con ternura por el resto de los mendigos, y Dimas, con su habilidad para el cuento, con paciencia y cuidado y muy poco a poco, le fue sacando del pecho la congoja.

Informado el alcalde Fulgencio del incidente, exigió al mando la detención inmediata del pederasta y su deportación del término municipal en el menor tiempo posible. El teniente Florido dio todo tipo de garantías y así se puso fin al incidente.

Como la guerra depende de quien la cuenta, existen muchas posibilidades de que este niño, después de su desagradable experiencia, jurara frente a sí mismo que de mayor «nunca sería alemán».



Una noche de lombrices

Por una vez, y de forma inesperada, un día cualquiera de agosto la radio del Águila dio buenas noticias. Al parecer, según una vidente, «La Virgen de Fátima había anunciado que, dentro de un mes, haría el milagro de parar la guerra». La alegría de los vecinos fue inmediata. «¡¡¡La Virgen de Fátima va a parar la guerra!!!», gritaban corriendo los niños por las calles.

Pero no todos estaban de acuerdo: una parte de los vecinos sostenía con vehemencia que la encargada de hacer ese milagro era la Virgen de Lourdes, que para eso, como Virgen, tenía más antigüedad. Otros más belicosos consideraban que el milagro lo haría Franco, que para eso era el Generalísimo.

A la espera de acontecimientos, cada vecino se aplicó a celebrar a su manera la buena noticia, y la manera elegida por Menasalbas fue ir a visitar a Manuela *la Lombriz* a echar una canita al aire.

Una vez calentados los motores con vino de Jerez, Manuela y Menasalbas se metieron en faena. Menasalbas en pleno trajín, y por efecto de los cuatro catavinos de oloroso que había trasegado, se inspiró: «Todo lo regurgitas, lo devoras..., hiedra que por los árboles caminas cálida y deliciosa primavera».

Manuela se hizo la sorda, dio un alarido de placer y continuó moviendo las caderas con cadencia de bayadera.

«Muéstrame el cielo en tu verde regazo. Corre y recorre el sendero sin nadie...», continuó Menasalbas. Y mientras le daba la vuelta a la dama para colocarla en la posición del sol naciente, soltó de corrido: «Solo en tus brazos sucumbió la muerte. Tristes recuerdos del placer perdido».

—¡Coño, Menasalbas! —estalló Manuela—, ¡así no hay manera de joder como Dios manda! ¿Tú estás a lo que hay que estar o estás subiendo al monte Carmelo?

—Perdona, Manuela, pero es verte el regato de las ancas, esa delgada línea rosa festoneada de pelusilla que, partiendo del mismísimo orificio del gozo, te sube hasta el coxis, y me empiezan a brotar endecasílabos.

—Menasalbas, ¡tú eres gilipollas!

—Que no, Manuela, que es la pasión poética. Tú eres mi musa, mi Beatriz. Tú tienes un vello púbico único, excelso, y cuando me hundo entre sus frondas soy como el ciervo que a las fuentes de agua fresca va veloz.

—De verdad, Menasalbas, me caes bien y hasta creo que te aprecio, pero, perdóname, eres muy *pesao*. Te admiro por tu talento, por tu facilidad de palabra y hasta por tu cojera, pero, a la hora de joder, eres muy pelmazo.

—Manuela, ¡qué voy a hacer yo si al verte ese pezón gitano, rodeado de esa amplia aureola, me brotan endecasílabos!

La guerra tiene estas cosas. Solo en una guerra alguien puede dar amor a cambio de endecasílabos. Solo cuando la vida no vale nada, y cada momento puede ser el último, se acometen empresas tan poco rentables.

Seguramente por eso, en el patio, bajo la higuera, charlaban amigablemente mirando al cielo soldados alemanes y lugareños endomingados mientras a lo lejos se dejaba oír a alguien entonando *Deutschland über alles*.

No era fiesta, pero como si lo fuese. Cualquier motivo es bueno para celebrar cuando la vida no tiene seguro de vida.

—Aquello de allí es un higo —decía Fulgencio, el alcalde—. Los higos brotan a finales de agosto o primeros de septiembre, y las brevas, en junio. La breva es negra de fondo rojo anaranjado...

—¡Como el sexo de una mujer! —soltó entre carcajadas Hilario, el peluquero—. ¿En Alemania no hay higos? —preguntó.

El teniente Florido tradujo la pregunta y el capitán alemán contestó de corrido que sí los había, pero que no eran ni tan grandes ni tan suculentos como los españoles.

—¡Si es que donde se ponga un higo español que se quite cualquier higo del mundo! —remató Hilario.

—A mí me gustan mucho los higos —terció el teniente Florido.

—Yo, como peluquero que soy, quiero plantear una cuestión sobre los higos: ¿usted prefiere los higos con frondas o los higos *pelaos*?

Ante el cariz que tomaba la charla, Fulgencio, el alcalde, se vio en la obligación de poner orden. Al fin y al cabo, el capitán alemán era el representante de una potencia aliada y aquello, por mucho que fuera una fiesta, no dejaba de tener un cierto aire diplomático. O sea, que cogió a

Hilario por los hombros y lo invitó a dejar el grupo para que no se le siguiera viendo el plumero.

El teniente Florido continuó su disertación sobre los higos, aseverando que en el mundo había más de mil variedades. Que había higos en toda Europa, pero también en América, y que el higo seco daba lugar a un dulce muy apreciado llamado pan de higo.

Ahí intervino don Alfio, el sacristán, que, llevando el higo a su terreno, explicó en voz alta:

—La higuera es el árbol maldito de la Biblia. Jesús la maldijo en una tarde calurosa por no darle higos y, por si fuera poco, según la tradición, Judas Iscariote se ahorcó en una de ellas.

De nuevo, el alcalde vino a templar gaitas:

—Bueno, Alfio, ya vemos que a ti, al ser sacristán, lo del milagro de la Virgen te ha dejado tocado; si no te importa, dado que esta higuera es de nuestras amigas y vecinas y que estamos en una noche de fiesta, vamos a cambiar de tercio. ¿Qué les parece si enseñamos a nuestros amigos alemanes a jugar a los chinos?



El cura y el Águila y el alcalde

A pesar de estar abierta como siempre, llamaron a la puerta. Por ese simple hecho, Brígido *el Águila* sabía que el que había llamado no venía a traer bizcochos. Salió al pasillo y, a contraluz, vio la figura recortada del nuevo cura, tocado como siempre con su bonete.

—¿Qué le trae por aquí, don Leocadio..., quiero decir, don Crispulo? Perdona la confusión.

El cura sintió el dardo, pero respondió:

—Pues me trae una misión espiritual, como no podía ser de otra manera siendo yo un ministro de Dios.

—Pues usted dirá.

—Pues mire usted, aunque apenas nos conocemos, como sacerdote estoy seguro de que usted ha sido elegido por Dios para desarrollar en este pequeño pueblo una misión trascendental. Él lo inspiró, él lo guio paso a paso hasta que usted consiguió fabricar esa radio. Estoy convencido de que el Señor hizo de usted un guía espiritual para esta comunidad cuando esta se encontraba sin pastor...

—Vamos al grano, señor cura, que hace mucho calor y tengo que echar de comer a las gallinas.

—Pues si usted así lo solicita, vamos a ello: le pido encarecidamente, le ruego y hasta me pongo ante usted de rodillas con tal de que, en la próxima conexión radiofónica, lance usted el siguiente mensaje: «La Virgen está llorando sangre porque le duele profundamente lo que sucede en la casa de las Lombrices». Si quiere se lo doy por escrito.

—Pero... esto me desconcierta. Usted, que es un hombre de Dios, me pide que mienta. No lo entiendo: mentir es pecar.

—A veces, para obrar el bien mayor, hay que cometer un pequeño pecado. No tiene importancia. Y, además, si por salvar el alma de esta comunidad pecas, yo, que tengo el poder de hacerlo, te perdono. ¡¡¡Hay que frenar al diablo que se ha apoderado de esa casa cueste lo que cueste!!! ¿Usted ha

visto esa higuera? La higuera es el árbol del diablo, por eso la maldijo Jesús.

—Don Crispulo, lo siento mucho, pero salga de mi casa. No puedo hacer lo que me pide. La radio es mía y yo no voy a mezclarla con mentiras, por muy piadosas intenciones que tengan. Lo siento.

El cura frunció el ceño.

—Le aconsejo, por su bien, que lo piense. —El cura se dio la vuelta y, mientras salía por el pasillo, se detuvo para soltar el veneno—: ¿No será que usted también es visitante de esa casa de pecado?

—Hasta luego, señor cura.

El Águila se fue al corral sumido en un mar de cavilaciones. Según esparcía el maíz para que comieran las gallinas, notaba cómo una gota de sudor frío, que le había nacido incomprensiblemente en la coronilla, le bajaba lentamente por la espalda.

Pensando en ella, el Águila ironizó: a cuarenta grados a la sombra, esta gota de sudor frío podría considerarse casi un milagro. En esas andaba cuando volvió a sonar el llamador de la puerta. Mal asunto. La mañana se estaba metiendo en harina por momentos. Salió al pasillo y, por debajo de la cortina, reconoció las zapatillas de esparto del alcalde.

—Hombre, Fulgencio. ¿Cómo vienes tan temprano?

—Pues mira, Brígido, la verdad es que no vengo como Fulgencio. Vengo a pedirte, como alcalde y en beneficio de todos, que esta noche, como si lo hubieras oído en la radio, lances el mensaje de que «Franco ha dicho que los alemanes deben continuar en este pueblo en beneficio de todos y hasta nueva orden»; si quieres te lo doy por escrito.

—Fulgencio, tú eres amigo mío, y ni como alcalde ni como amigo me puedes pedir que mienta.

—He recibido órdenes —contestó el alcalde—. El pueblo, después de lo de los abusos con el niño, anda soliviantado con los alemanes y, por si fuera poco, están los rumores de que nos están robando el aire y de que tú andas diciendo que los alemanes están boicoteando tu radio. Hay que frenar en seco este mal ambiente.

—Yo no tengo poder sobre la gente —argumentó el Águila—. Yo solo tengo una radio, y si a alguna gente no le caen bien los alemanes y quieren que se vayan, pues tienen derecho a quejarse.

—Brígido, no seas cabezón, te digo que he recibido órdenes, órdenes de

guerra. El alto mando ha dicho que es vital para el frente que los alemanes se queden aquí. Y como me llamo Fulgencio, aquí se van a quedar.

—Te estoy diciendo, Fulgencio, que con mi radio no se juega y que, como es mía, yo no la voy a utilizar para manipular a nadie.

—Brígido, no me lo pongas difícil. ¿Tú crees que yo me creo que todos los mensajes que anuncias los oyes por la radio? ¿Tú de verdad te crees que no sabemos que te has inventado lo de Manolete? ¿Tú crees que alguien se ha creído que ese Manolete cortó dos orejas el otro día en Barcelona? Pero ¿cómo va a cortar orejas un tío tan feo?

—¡Piensa lo que quieras y déjame seguir echando de comer a las gallinas, que se me van a negar a seguir poniendo huevos!

—Brígido, te estoy hablando en serio. O lanzas el mensaje que te he dicho o atente a las consecuencias.

El Águila salió al patio, se sentó debajo de la parra, cogió su acordeón y se puso a tocar *El sitio de Zaragoza*.



Mendigos, beatas y candelas

Algo estaba cambiando y enrareciendo las rutinas del pueblo. Hasta los gorriones y los zorzales se dieron cuenta y en vez de dormir apiñados en las moreras, como siempre, esa noche eligieron como dormitorio las frondosas copas de los olmos del patio de las escuelas.

Parecía que hubieran intuido que las nubes del fanatismo y la intransigencia habían comenzado a nublar la luz de las cabezas. Los primeros síntomas no tardaron en manifestarse: a las diez de la noche de ese día, en la fila de sillas de la acera de la casa del Águila había la mitad de gente de lo habitual.

El calor era el mismo, las picaduras de los mosquitos eran las mismas, pero faltaban las mujeres, los niños y algunos hombres. Para empezar, don Crispulo y doña Leocadia también faltaron, y, para hacerlo ostensible, ahí estaban sus sillas vacías en el centro de la cocina. No era preciso ser un quiromante para adivinar que habían sido ellos los causantes de esta súbita deserción.

A cambio, sí estaban el alcalde Fulgencio, Menasalbas, Hilario el peluquero y otras fuerzas vivas de la villa. También faltaba Alfio, el sacristán, que curiosamente mandó recado para decir que no vendría porque se había puesto malo con diarrea. Son cosas del azar: al sacristán le da diarrea precisamente la noche en la que el cura, su jefe, organiza una procesión.

Y es que a la misma hora, a las diez en punto de la noche, frente a la casa de las Lombrices una procesión silenciosa, iluminada con velas, rezaba un rosario a coro. Las Lombrices observaban desde el interior de su casa, con las luces apagadas y tensión en el gesto, al grupo de beatas orantes dirigidas por don Crispulo y doña Leocadia.

En el silencio de la noche, el murmullo monocorde de los rezos y las sombras bamboleantes de las beatas, proyectadas sobre la casa por las luces de las candelas, daban a la escena un aire de auto de la Inquisición.

De pronto, ocurrió algo que estaba fuera del programa. Por la calle del

arroyo bajaban varios soldados alemanes alumbrados con linternas. Venían abrazados por los hombros, cantando y riendo, sin darse cuenta de lo que estaba pasando. Con el desparpajo y la despreocupación que proporciona el alcohol, se abrieron paso entre los beatos, entraron en el patio de la higuera y se pusieron a dar golpes en la puerta de la casa.

En el grupo de beatas se oyeron voces de protesta y siseos hasta que el tono de las oraciones subió y se hizo casi histérico. Pero los soldados no se daban por aludidos y continuaban con sus cánticos y carcajadas. La tensión fue en aumento hasta que un soldado arrebató a una de las beatas un cirio grande y, con él en la mano, se puso a correr imitando el ruido de una moto.

Don Crispulo, fuera de sí, ordenó disolver la procesión y, acompañado de su hermana y algunos de los principales miembros de Acción Católica, se encaminó hecho una furia a casa del Águila con ánimo de ver al alcalde.

Al llegar la comitiva, el Águila estaba terminando la conexión y, en ese preciso momento, se disponía a comunicar lo escuchado. Los recién llegados, a pesar de la furia jupiterina que les acompañaba, no se atrevieron a interrumpir el discurso de Brígido, por lo que tuvieron el privilegio de escuchar de primera mano el nuevo mensaje.

Se hizo el silencio y el Águila, con su voz campanuda de siempre, dijo fuerte y claro: «La radio acaba de decir que el generalísimo Franco está recorriendo el frente palmo a palmo y en cualquier momento puede pasar muy cerquita de este pueblo».

Todos sintieron un escalofrío. ¡El generalísimo Franco en persona va a pasar por aquí! Esto es una señal, un milagro. «¡Franco en carne y hueso!, ¡milagro!», gritaban las mujeres. «¡Milagro, milagro!», gritaban los beatos. Ante este giro de los acontecimientos, el cura cambió de expresión. Vio venir una nueva ola y su instinto lo llevó a subirse a ella. Dejó para mejor ocasión su cruzada antilujuria, distendió el ceño fruncido y desplegó su mejor sonrisa beatífica. En un abrir y cerrar de ojos, controló sus gestos nerviosos y sus prisas, y sacó a relucir sus elegantes gestos ceremoniales. En un chasquido de dedos, cambió el olor acre de la pólvora por el untuoso olor del incienso.

El alcalde Fulgencio se acercó al Águila con discreción y, hablándole al oído, le pidió la confirmación de la noticia. Pero el Águila se hizo el sordo y continuó con la antena en la mano, persiguiendo de nuevo la señal. El alcalde, frustrado, no tuvo más remedio que disimular y posponer su interrogatorio.

Fulgencio era un franquista puro y cándido, un auténtico fanático del mito.

Sabía la vida y milagros de su líder de memoria: su infancia en Ferrol, su paso por la academia de Zaragoza, conocía al detalle sus fulgurantes ascensos por méritos de guerra, sus heridas de bala... Sin embargo, había un dato que Fulgencio no conocía y que le quitaba el sueño: el aspecto físico del General.

Todo lo que conocía de Francisco Franco, su ídolo, lo conocía de oídas. A pesar de las numerosas cartas escritas solicitando algún retrato oficial, hasta la fecha la petición había resultado infructuosa. En cierta ocasión, creyó haberlo conseguido: un vendedor ambulante que pasó por el pueblo le facilitó un recorte de periódico donde aparecía una foto. Su alegría fue enorme, pero, tras leer con detalle la noticia, enseguida le vino la decepción, pues el Franco de la fotografía era Ramón, su hermano, el héroe de la aviación.

Para Fulgencio fue un fiasco tan grande como la inexistencia de los Reyes Magos. Franco, su referencia vital, seguía siendo, paradójicamente para él, un desconocido.



La noche, la luna y los mendigos

La noticia de la posible llegada del generalísimo Franco corrió por el pueblo como una bola de billar por una escalera de mármol. Fue escuchar la noticia y las esquinas se poblaron de vecinos haciendo cábalas y conjeturas.

Sin embargo, a medida que hablaban, todos se iban dando cuenta de que, al igual que su alcalde, nadie conocía el aspecto físico del General. En esos primeros meses de la guerra, en ese pequeño y aislado pueblecito de la llanura nadie había visto aún ni una sola foto del mítico Franco.

«Y si llega, ¿cómo lo conoceremos?, ¿cómo será?, ¿será alto y rubio como san Felipe Neri?», preguntaban unos. «¿Se presentará a caballo como el Cid Campeador o vendrá con su hermano Ramón en un aeroplano?», conjeturaban otros. «Dicen que Franco es inmortal, y por eso ni lo hieren las balas ni se refleja en los espejos», terciaban los más supersticiosos.

El alcalde Fulgencio estaba impresionado. Solo pensar que su ídolo, Francisco Franco, pudiera pasar por su pueblo y darle la mano lo puso al borde de la taquicardia. La expectación era enorme y sin embargo, aun en los días más excitantes, el sueño no perdona, y poco a poco la gente se fue marchando a sus casas.

Llegó un momento en el que en la acera del Águila solo quedaban Brígido y Fulgencio, y ahí los nervios del alcalde saltaron hechos añicos. Fulgencio agarró por la pechera al Águila y, preso de la ansiedad, lo apretó contra la pared al tiempo que le preguntaba:

—Brígido, por tu madre, júrame que la radio ha dicho que Franco va a pasar por esta zona.

Este se quitó de encima las manos del alcalde de un manotazo.

—¡Tranquilízate, coño!, yo no voy a jurarte nada. Ya te he dicho que yo no miento. Yo solo digo lo que oigo, y no tengo manera de saber si lo que he oído es verdad, si lo dicen para despistar al enemigo o para animar a nuestros soldados. Fulgencio, si quieres saberlo, solo tienes una manera: esperar, y lo que sea sonará.

Avergonzado y cabizbajo, Fulgencio tomó el camino de su casa sin despedirse. Al quedarse solo, Brígido atrancó su puerta; la luna se hizo más testaruda sobre la higuera y los perros se encanallaron un buen rato hasta que el reloj de la torre se hartó y, dando las doce, estableció el toque de silencio.

Y es que, en las noches de verano, los pueblos se convierten en espacios imaginarios, geometrías fantasmagóricas bajo la bóveda celeste surcadas solo por el vuelo febril de los mosquitos.

Agotado y vencido el día, las gentes, envueltas en el velo del sudor, airean sus ingles en la corriente de las ventanas mientras tratan de agarrar el hilo del sueño. Afuera, a la luz de la luna, el mundo parece un lugar en orden. Desafortunadamente, es solo una apariencia: en la oscuridad de sus alcobas los envidiosos y los malvados amarillean sus colmillos con el insomnio.

A la hora y media, Brígido roncaba como una hormigonera. Alguien lanzó una piedra a la ventana y el impacto lo despertó. Sobresaltado, bajó de la cama y, en calzones, se dirigió al portal y empuñó la tranca, pero, antes de abrir, realizó su pregunta infalible frente a un potencial enemigo:

—¿Quién va?

Del otro lado de la puerta llegó la inconfundible voz de Dimas, el ciego:

—Soy yo, abre.

Sin encender la luz, Brígido abrió sigilosamente la puerta y por ella se colaron Dimas y Abelito, su gigantesco lazarillo. Una vez cerrada la puerta y a la luz de una vela, tomó la iniciativa el ciego:

—Pues bueno, aquí nos tienes; esta tarde me han hecho llegar tu mensaje y, sin que nadie nos haya visto, aquí estamos.

—Mira, Dimas, estoy en una situación muy delicada. Sin entrar en detalles, te diré que estoy amenazado y la cosa va en serio. Me piden que haga cosas que yo ni quiero ni puedo hacer...

—Es el cura, ¿no? Le ha declarado la guerra santa a las Lombrices y te pide que eches leña a la pira, ¿no es así?

—Si fuera solo eso..., pero Fulgencio el alcalde está muy nervioso y, cumpliendo órdenes de los militares, exige que yo difunda mensajes a favor de que los alemanes permanezcan en el pueblo.

—¿Y qué pintamos nosotros en este lío? —preguntó Dimas.

—Vosotros sois los únicos que podéis ayudarme a mí y, de paso, evitar que en el pueblo se produzca alguna desgracia.

—Ahora lo entiendo: lo de Franco es cosa tuya, ¿no?

—Dimas, sigues siendo un lince.

—No era tan difícil de imaginar. ¿Y qué piensas hacer?, ¿prolongar la posible venida del Generalísimo hasta que termine la guerra?

—Mira, Dimas, tú lo sabes: una guerra saca lo peor y lo mejor de las personas, y a veces ambas al mismo tiempo. Cuando se abre el grifo de la sangre, ya no se sabe cuándo va a parar de correr. En este pueblo habíamos conseguido entre todos que no hubiera ningún muerto. Aquí, hasta ahora, la guerra ha sido solo una tormenta lejana, de la que nos llega el olor a tierra mojada, algunos truenos y algunos relámpagos, pero de momento aún no ha empezado a soltar granizo.

—Ya, y de pronto —añadió Dimas— descubres que el cielo se está encapotando y que por el horizonte vienen nubes negras cargadas de metralla. Hasta los ciegos las vemos venir. ¿Tienes algún plan?

—Para serte sincero, no. Vi venir al cura rodeado de beatas, con las velas encendidas. Vi en sus ojos y en los de su hermana el fuego del fanatismo y la idea de la venida de Franco se me escapó de los labios, sin pensar. Al ver que la noticia hacía recular al cura, me dije: «Brígido, has dado en el clavo», pero ahora estoy metido en un lío del que no sé cómo ni por dónde voy a salir. Me puede costar el cuello. Por eso, y porque al fin y al cabo somos hermanos, te he mandado el recado.

Abelito abrió los ojos como platos y dijo:

—Dimas, ¿este hombre es tu hermano?, y ¿por qué no me habías dicho nunca que tenías familia?

—Es una larga historia —explicó Dimas—. La verdad es que solo somos hermanos de padre. Mi padre se casó tres veces y dos de ellas por ser viudo. Yo soy del tercer matrimonio y Brígido del primero. Cuando nací yo, mi hermano se fue al ejército y nunca convivimos realmente, pero Brígido, mi hermano, siempre me ha ayudado, y si yo ando como ando, como un guijarro de los caminos, es porque elegí esa vida.

—Bueno, Dimas, ya sabes que en esta casa siempre hay un plato en la mesa y una cama para ti.

—Lo sé, Brígido, y yo, aunque no haga uso de ello, te lo agradezco.

—Pues yo no tengo a nadie —interrumpió Abelito.

—Con lo alto y fuerte que eres, ni falta que te hace —terció Dimas— y, para que te den la lata, ya me tienes a mí.

—Pues en ese lío estoy metido, Dimas. ¿A ti se te ocurre qué podríamos hacer?

—Así, de sopetón, no, pero si nos dejas dormir en el pajar lo consulto con

el camastro y mañana hablamos.

El alcalde y el cura

Fulgencio el alcalde y don Crispulo el cura eran tan distintos como un melón y una paletilla de jamón. Fulgencio *el Saltón* era un ateo que solo creía en el orden natural de las cosas, que era su modelo del mundo. El león se come a la gacela y la gacela se come la hierba. El león manda porque es el más fuerte y porque no hay leones vegetarianos. Este era su escueto ideario político.

El de don Crispulo era muchísimo más complejo y ambicioso. El sacerdote no se conformaba con controlar el cuerpo de sus feligreses y el de los que no lo eran: su pretensión era controlar, además, la conciencia y el alma de las personas. Su programa político se extendía desde el presente hasta el más allá.

Sin embargo, el alcalde y el sacerdote, como el melón y la paletilla, estaban condenados a entenderse. Por eso, al día siguiente de conocer la posible llegada del Generalísimo, se reunieron delante de unos vasos de clarete y de un platito de aceitunas aliñadas a coordinar sus estrategias.

—He hablado con el teniente Florido —dijo el alcalde— y aún no hay confirmación oficial de la visita. No obstante, me ha dicho que, al ser este un destacamento alemán, no era de extrañar que la visita, de producirse, no les fuera comunicada con tanta antelación. Todo esto lo llevaba a no confirmar ni negar la posibilidad.

—En mi opinión —afirmaba el sacerdote—, al tratarse de una visita de incógnito, vendrá sin guardia de honor ni fuerzas a caballo. Lo más seguro es que venga en coche acompañado de una pequeña escolta.

—En cualquier caso, nunca está de más organizar una recepción —matizó el alcalde—. Podríamos construir un gran arco del triunfo de laurel con una leyenda en latín, yo no sé, pero usted sí habla latín, y una frase del César o del Cid.

—El Cid no hablaba latín y el César murió asesinado. No lo veo —opinó el cura—. Sin embargo, una misa castrense, una misa de campaña bajo palio, podría ser muy adecuada para una visita al frente.

—¿Y una ofrenda floral? ¿Se imagina usted a todo el pueblo desfilando con ramos de flores a los sones marciales del himno de la Legión por la calle de España...? Sería precioso. Al final del recorrido, la gente depositará las flores a los pies del Generalísimo y, para que sea vistoso y solemne, Franco estará sentado en el sillón dorado del canónigo, que colocaremos en lo más alto de un pódium de madera que construiríamos, adornado con una alfombra roja, como el día de los Reyes Magos.

—Si me permite usted, y con todo mi respeto hacia el General, creo que una ofrenda floral es más adecuada para una mujer. Yo creo que para un héroe, para un soldado invicto, es más pertinente una misa de campaña rematada con unas salvas militares o un izado de bandera.

—Me parece muy bien. Pero entonces yo, como alcalde, además de recibirlo cuando llegue, leeré la epístola y, terminada la misa, lanzaré con mi escopeta las salvas de ordenanza. Puestos de acuerdo en lo de la misa de campaña, quedan otros cabos sueltos por analizar —comentó el alcalde—. ¿Y si el General viene apurado y no da tiempo a misa ni a nada? Yo creo que deberíamos tener un plan más cortito por si las circunstancias no son favorables. Se me ocurre que tal vez estaría bien contratar un fotógrafo para que, cuando llegue el General, yo le entregue un jamón engalanado con banderas de España. A continuación, y en unión del resto de las autoridades, usted incluido, nos hacemos una foto solemne del momento en la puerta del ayuntamiento, para la eternidad.

—Es una idea interesante, pero yo le sugeriría algunos cambios. Por ejemplo: yo acompañaría el jamón, que es un producto de esta tierra, con una reproducción de la Virgen del Copete, de esas que tenemos en plata. Al fin y al cabo, un jamón mondo y lirondo para un héroe, para un hombre providencial, tal vez resulte un poco prosaico. Sin embargo, acompañándolo con la figura de nuestra Madre creo que equilibramos y enriquecemos el significado. Y, además, así la foto podríamos realizarla en la portada de la iglesia. Al ser un acto litúrgico, yo podría salir vestido con ropa ceremonial, lo que le daría un mayor empaque a la escena.

El alcalde veía que su papel en ese caso quedaba muy mermado, por lo que propuso que al jamón y a la Virgen se les podría añadir el bastón de mando del alcalde, que le entregaría él como un solemne acto simbólico.

El sacerdote aceptó la aportación, pero realizó un estratégico contraataque que cogió desprevenido a Fulgencio el alcalde:

—Llegados a este punto, voy a solicitar de usted un favor personal.

—Cuénteme, señor cura, cuénteme, ¿en qué puedo serle útil?

—Pues mire usted, don Fulgencio, para mí sería muy doloroso dejar fuera de esta foto histórica a mi hermana Leocadia. Sé que no me corresponde, pero me atrevo a solicitar de usted la inclusión de mi hermana en esa foto, aunque solo sea en representación de la mujer española. En una foto histórica como esta, con el General, usted y yo vestidos de gala, quedaría muy bien una mujer con peineta y mantilla española.

—No se hable más —asintió el alcalde—, acepto la sugerencia y doy por terminada la reunión.

Pero el cura traía otra carta en la manga.

—Antes de despedirme, creo que nos queda un desagradable asunto por tratar: me refiero a la insidiosa presencia en el pueblo de una casa de pecado. Creo que no estaría bien que recibamos al General adornando nuestras calles mientras dejamos nuestra casa sin barrer. No podemos engalanar nuestros balcones para recibir como se merece a ese gran hombre y permitir que el pecado campe libremente entre nosotros. Antes de esta histórica visita, hay que expulsar del pueblo a Satanás, hay que echar de aquí a las Lombrices.

—Señor cura, en este momento tengo la cabeza muy ocupada con los preparativos como para tomar una decisión tan grave. Necesito pensar bien sus consecuencias y que todo el pueblo esté unido. Esas mujeres son hijas del pueblo, las conozco desde niño. Conocí a su difunta madre, conozco a su padre, que es un hombre humilde y bueno que aquí goza de muchas simpatías y, francamente, no me gustaría, en un momento así, mezclar las cosas. Cada día tiene su afán, y el de hoy ya ha dado mucho de sí. Gracias, señor cura.



Abelito, el sexo y las lombrices

Abelito tenía la *lombriz* más grande de toda la comarca. Había mujeres que afirmaban que tal vez fuera la *lombriz* más grande de España. Menasalbas, cronista de la villa, en una noche de farra vio de cerca semejante desmesura y, tan impresionado como estaba, le compuso a la *lombriz* de Abelito un romance de valentía. No en vano, de esa *lombriz* prometeica habían disfrutado, y disfrutarían en algún momento, casi todas las mujeres de la comarca.

Al ser Abelito un mendigo, un trashumante, sus actividades sexuales, realizadas casi siempre a salto de mata, no constituían amenaza seria para los machos de la comunidad. El «hoy por ti, mañana por mí» sellaba las confianzas de las mujeres. De hecho, a nadie le extrañaba la curiosa circunstancia de que la mitad de los niños nacidos en los últimos años fueran rubios, siendo sus padres morenos.

Abelito era guapo, dulce y bueno, y nunca exigía nada. Le gustaban las mujeres y retozar con ellas, no tenía prejuicios y no hacía discriminación ni por edad ni por aspecto. Su prodigiosa *lombriz* lo mismo atendía a dos jóvenes de veinte que a tres de cincuenta. Su energía era inagotable.

Manuela *la Lombriz* solía contar que la primera vez que compartieron sueños y retozos copularon quince veces. Manuela, experta en esas lides, solía decir que para sustituir a Abelito en la cama hacían falta, al menos, cinco hombres.

Al tamaño hercúleo de su *lombriz* unía Abelito la experiencia y habilidades adquiridas con la práctica de compartir sudores con tantas mujeres distintas. En consecuencia, Abelito era un amador experto, capaz de llevar al éxtasis a la más fría y displicente dama.

Una tarde interminable de aquel bochornoso verano, Abelito buscó la frescura de la iglesia para dormir la siesta. El silencio, el olor a cera e incienso y el frescor de sus muros de piedra lo invitaban a un sueño reparador. En la penumbra del templo buscó un rincón, se recostó en un

banco y se durmió.

Dormía tan profundamente que daba la impresión de que permanecería allí despatarrado hasta el día siguiente. Y, sin embargo, a los pocos minutos algo vino a despertarlo: se trataba de la extraña sensación de estar siendo observado por alguien. En esas acaloradas horas de la siesta, el templo permanecía vacío, pero Abelito tenía el firme presentimiento de que, desde el interior del confesionario, alguien lo observaba. Abelito se levantó y, dirigiéndose lentamente hacia el gran mueble de madera, dijo en voz baja pero audible: «¿Quién anda ahí?».

Del interior del confesionario salió una voz femenina pidiéndole tranquilidad.

—Soy yo, Leocadia, la hermana del párroco. Al llegar usted yo estaba colocando unas flores en el altar y, para no molestarlo con mi presencia, me he ocultado aquí.

Abelito le tendió la mano. La beata salió del confesionario acalorada y recomponiéndose las ropas. A los pocos minutos, en el interior de la sacristía, sin necesidad de protocolos, la beata aireaba sus puntos cardinales mientras Abelito le enseñaba su animal de compañía.

Esa fue la primera vez de muchas que le siguieron. Día tras día, la beata y el mendigo se veían y se estudiaban en la penumbra de la siesta, sobre la mesa de la sacristía. Allí, sin hacer ruido, Leocadia estrenaba su pasión tardía y Abelito le enseñaba a subir al cielo no rezando, sino jadeando. Todo a media luz y en silencio, como maduran los champiñones y las pasiones.

A solas en esa sacristía, no eran un mendigo y una beata; en ese limbo de la siesta, eran solo un hombre y una mujer en llamas. Fuera de allí no tenían nada que decirse. Él era tonto, joven y vagabundo; ella, solterona, beata y hermana de cura. Fuera de la sacristía tenían menos futuro juntos que un helado y una estufa. Y, sin embargo, era verse, tocarse y respirarse y, en ese instante, en el mundo ya no había nadie más.

Mientras tanto, en la casa de las Lombrices, los amores de Abelito se seguían minuto a minuto y con sigiloso apasionamiento. Las tres hermanas sabían que esta arrebatada historia podía terminar en tragedia y pese a todo, como sucede muchas veces, el aroma de la muerte estimulaba el deseo y, a través de este impulso irrefrenable, la necesidad de vivir sin límite. Las tres hermanas, imantadas por el morbo de la situación, experimentaban los avatares de su amigo Abelito como si fuera una aventura propia. A menudo, en la guerra, el miedo a la muerte y al dolor es el camino más corto hacia la

fogosidad desbocada; solo los miedosos tienen la necesidad de desafiar sus límites, y el que no tiene miedo, no necesita demostrarlo.

Seguramente por eso, Manuela, mientras compartía su rotundo desnudo con Abelito, tendidos los dos en la cama, le pedía detalles de sus encuentros. Le estimulaba la imaginación con sugerencias mientras que sus hermanas, Pacita y Remedios, le transmitían desenfreno y locura.

Afortunadamente, Abelito prefería dejarse guiar por Dimas y, de esa forma, además del disfrute carnal, conseguía de vez en cuando convertir sus encuentros amorosos con la beata en comida abundante o dinero. Y es que, al contrario de lo que se piensa, pecar no es gratis, y una *lombriz* del tamaño de la de Abelito bien vale su peso en oro.



Llega un desconocido

Atareados por los preparativos, pocos advirtieron la llegada de un forastero. Tenía el aspecto ajado de un viajante de comercio: zapatos polvorientos, chaqueta arrugada, corbata ladeada, sombrero y cartera. Se bajó de su camioncito en la plaza, preguntó por una fonda y, al saber que no había ninguna, volvió a subir al camioncito, dio la vuelta a la plaza y se alejó del pueblo.

Esta breve visita, sin embargo, no pasó desapercibida para Dimas, que estaba dormitando en uno de los bancos de piedra de la plaza. Sin pensarlo dos veces, emitió un agudo silbido y al instante apareció en la plaza Bastián, el tullido, el mendigo que caminaba entre dos pesadas muletas de madera, que le condujo a casa de Brígido *el Águila*.

—Brígido, tengo una idea: acabo de sentir llegar a un forastero. Venía en un camioncito pequeño. Ha preguntado por una fonda en la plaza y, al saber que no había, se ha marchado a dormir a Peñapesada. No tenemos mucho tiempo. Debemos conseguir ese camioncito. Con él y con el Once Ligero, que está escondido en el pajar de don Onofre, podemos construir una pequeña mascarada para que la gente crea que el que llega es Franco. Contamos con la ventaja de que nadie por aquí lo ha visto nunca y de que tampoco nadie ha visto llegar al forastero.

—¿Estás proponiendo que hagamos pasar a ese forastero por Franco?

—No exactamente —matizó Dimas—, pero andas cerca. Necesitamos su camión. Tenemos un poco de dinero, y si no funciona el dinero, siempre podemos mandarle a Abelito para que le haga una visita y le meta el miedo en el cuerpo.

El Águila hizo un gesto de incomodidad.

—Dimas, ya sabes que no me gustan esas formas, se empieza pegando una paliza y se termina fusilando gente en las cunetas. Eso no quiere decir que el resto del plan no me guste, pero, para poder juzgarlo, necesito entenderlo.

Después de un par de horas, el plan quedó listo para su ejecución. Pero

antes, y para que todo pudiera ponerse en marcha, debían resolverse algunos problemas preliminares.

Dimas y el Águila estaban rematando la charla cuando alguien llamó tímidamente a la puerta. El Águila, tras mandar callar a Dimas para que nadie supiera que estaba allí y pudiera relacionarlos, cerró la cortina de la cocina y salió al pasillo.

En el quicio de la puerta, y presa de los nervios, estaba doña Leocadia, vestida de gris.

—Perdone, señor Águila, ¿está aquí Abelito?

El Águila miró a la beata de arriba abajo y respondió:

—No, aquí no está.

—Alguien me ha dicho que han visto entrar a Dimas, el ciego, el que va siempre con Abelito.

—Pues tampoco está aquí, lo siento.

La beata, cada vez más nerviosa, estiraba el cuello tratando de mirar a través de la rendija de la cortina de la cocina, por encima de los hombros de Brígido.

—¡Dígame la verdad, es cuestión de vida o muerte! ¿De veras no están aquí?

En ese momento Dimas descorrió la cortina y le preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Estoy buscando a Abelito. —Dimas adivinó en la voz de la beata que algo grave se traía entre manos.

—Dígame a mí lo que sea, hágase a la idea de que yo soy Abelito.

La beata se retorció las manos, miró al techo, tomó aire y, echándose para adelante, finalmente soltó:

—Mi hermano sospecha lo nuestro.

El ciego intervino de forma cortante:

—¿Podría usted ser más explícita?

—A lo mejor son elucubraciones mías, estoy muy nerviosa...

En ese momento Brígido, que estaba incomodísimo por la situación, utilizó la pausa para quitarse de en medio. Ya tenía bastante con sus problemas como para admitir un secreto más.

—Me vais a perdonar, pero tengo las gallinas hambrientas; cuando os vayáis, salís por separado y corréis la cortina, que luego vienen las moscas.

Al quedarse solos, la beata y el ciego se aproximaron para poder seguir hablando bajito.

—Ayer mi hermano se empeñó en confesarme. Él me conoce muy bien, y por eso lo he estado evitando. Hasta que ayer no pude negarme. En medio de la confesión, yo dudé; él lo notó y comenzó a preguntarme y a acorralarme. Yo no sabía qué decir, y por eso me callé. Me puse muy nerviosa y, además, tenía remordimientos por mentir en la confesión. No le conté nada. Pero él, al sospechar de mí, no me quiso dar la absolución.

—Señora, perdone mi brusquedad —dijo Dimas—, pero ustedes, los beatos, antes de abrir las piernas deberían aprender a cerrar bien la conciencia. —Dimas dejó pasar un instante, se rascó la cabeza y continuó—: Doña Leocadia, no se preocupe más de lo necesario. De momento no vuelva a confesarse. Vaya sisando a su hermano algo de dinero y, cuando pasen unos días, pídale confesión y confiéseselo. Dígale, por ejemplo, que desde hace unas semanas le ha estado sisando el dinero del cepillo, que eso la avergüenza, pero que usted tiene el capricho de un vestido para la visita de Franco y que es muy caro. Si a esta confesión le pone usted unas lágrimas de adorno, seguro que su hermano se lo cree. Le sale a cuenta. ¡Piense usted que para su hermano es más rentable creer una mentira aceptable que indagar y encontrar una verdad inasumible para sus principios! Para un cura siempre es mejor un robo que un fornicio. Salga de aquí con discreción y, como la mujer de Lot, no se le ocurra volver la cara. Olvide a Abelito y siga su vida sin mirar atrás.



Alemanes

La estancia en el pueblo de los alemanes daba lugar a situaciones curiosas. Los niños aprendieron a untarse en la cara la crema protectora solar que usaban los soldados. Se acercaban a ellos y, tirándoles de los faldones de la guerrera, les pedían «una latita».

Tanto y tan insistentemente se lo pedían que los soldados terminaron por aprenderse la frase y, como era casi la única frase en español que conocían, la utilizaban para todo. Por lo tanto, si querían un pan o un chorizo o un poco de agua siempre decían: «una latita».

Los alemanes eran muy jóvenes, apenas unos niños que no habían salido nunca de sus casas. Muchos de ellos no habían comido nunca otra cosa que no fueran salchichas, patatas y chucrut. No soportaban el sol ni el calor, y las comidas españolas les resultaban repugnantes. Estos jóvenes soldados raramente se aventuraban a comer algo que no fuera el rancho militar, y lo mismo sucedía con las bebidas. En plena guerra y en este pueblecito aislado, «cerveza» era solo una palabra que rimaba con pereza.

Los pueblos carecían de todo tipo de abastecimiento exterior y la cerveza era un lujo. Sin embargo, los soldados alemanes la tenían en abundancia. Su sistema de distribución llegaba a los acuartelamientos más aislados a través de un puente aéreo diario desde el Cuartel General de la Legión Cóndor, en Alemania.

De allí venían el tabaco, la crema dental, las chokolatinas y los condones. Los soldados alemanes utilizaban los preservativos del ejército como armas estratégicas para no ser infectados por enfermedades de transmisión sexual.

Los lugareños, en muy poco tiempo, encontraron la manera de hacerse con estos productos exóticos. Rara era la casa del pueblo que no tuviera algunas botellas de cerveza, alguna lata de crema solar, algún paquete de tabaco y hasta algún preservativo. A cambio, la mayoría de los soldados alemanes

tenían en sus taquillas tacos de jamón, queso en aceite y la foto de alguna campesina vestida de domingo.

Los alemanes eran un buen partido y los jóvenes españoles escaseaban, ya que o estaban en el frente o estaban muertos. Las mozas jóvenes se agarraban a los soldados como si fueran su tabla de salvación. Las parejas mixtas no eran una rareza, otra cosa sería su viabilidad futura. Pero ¿quién piensa en el futuro cuando se tienen veinte años?

Los soldados alemanes hacían buenos regalos, pero eran bailarines muy torpes. Ninguno de ellos pudo aprender a bailar con soltura la jota ni la seguidilla manchega, imprescindibles en cualquier baile. Esos hombres tan altos y tan fuertes, con esas botas gordas y el estómago lleno de alcohol, eran como espantapájaros de plomo, incapaces de dar saltos y vueltas con elegancia. Sin embargo, les gustaba cantar abrazados interminables y melancólicas canciones que los hacían llorar.

Los viejos lugareños, socarrones y desconfiados por tradición, los observaban con el rabillo del ojo. Los alemanes les causaban asombro con sus máquinas de guerra, y en las carpas donde tenían los talleres cada mañana se reunían grupitos de curiosos que admiraban sus herramientas.

El artefacto que más asombro despertaba era, sin duda, la soldadura autógena, ese relámpago blanquísimo que hería los ojos si se miraba de frente, pero que conseguía soldar metales firmemente en un minuto. Esta revolucionaria técnica de soldadura fue durante años el gran secreto de la tecnología alemana; gracias a ella, su ejército había conseguido burlar las exigentes condiciones que su derrota en la Primera Guerra Mundial —la llamada Guerra del 14— les había impuesto con el Tratado de Paz de Versalles. La soldadura autógena les permitió fabricar barcos más grandes y más ligeros al ahorrarse miles de pesados tornillos.

A los soldados, sin embargo, lo que más les gustaba del pueblo era la vida sencilla del campo: beber a chorro en botijo o en bota, bañarse en las charcas del arroyo, coger huevos recién puestos o atrapar pececillos con las manos. También les atraía tejer canastas de mimbre y hablar con la luna. Pero lo que les hacía brotar en los ojos el brillo de la infancia era observar a *Petra*, la urraca de la tía Dorotea.

—*Petra* parece un pájaro, pero tiene más inteligencia que muchos generales. —Así lo aseveraba la tía Dorotea a quien pasaba por su puerta—. Esta criatura se quedó sin madre y yo la saqué adelante con paciencia y estas tijeras. Desde que el Ronco, mi difunto marido, que en paz descansa, la trajo

del campo, *Petra* se acurrucó en este cesto de costura y ahí la he criado como a una hija, cortándole en trocitos pequeños huevo duro, gusanitos y pan de cañamones.

En agradecimiento, *Petra* se convirtió poco a poco en su ayudante. Aprendió las labores del bordado de Lagartera y cada tarde, cuando la tía Dorotea se sentaba a la puerta, con el bastidor de bordar sobre las rodillas, la urraca, con vuelos cortos y precisos, iba acercándole a su dueña el dedal, las tijeritas y hasta el ovillo de hilo del color preciso que necesitaba en cada momento.

Embobados por las proezas de la urraca, los soldados alemanes venían en grupos pequeños y se sentaban en la acera de enfrente para no asustarla, no sin antes dejarle a la tía Dorotea a modo de presente un buen trozo de queso, unos botes de leche condensada o unos arenques ahumados.

Petra era tan humana que hasta tenía vicios caros. Como muchas mujeres, adoraba los objetos brillantes. Seguramente por eso, cuando el sol volvía deslumbrantes los adornos de los uniformes, *Petra* se acercaba a los soldados y, con descaro y osadía, sobrevolaba con insistencia sus cabezas tratando de arrancarles los galones, los botones y las insignias. Los soldados, seducidos como estaban por la urraca, celebraban estos juegos como quien le ríe las rabetas a un niño consentido.

Un día, desapareció la cruz de hierro del coronel. Se trataba de la medalla al heroísmo en combate y su máximo orgullo como soldado del III Reich. El coronel le había estado sacando brillo con una gamuza y un limpiametales y la había dejado puesta a secar al sol junto al resto de condecoraciones, sobre una silla. Constatada la desaparición, el coronel, enfurecido, mandó remover hasta las lápidas del cementerio en busca de su medalla. No quedó en todo el pueblo ni autoridad a la que amenazar ni faltriquera que registrar ni sospechoso al que abofetear. Pero la búsqueda resultó infructuosa. Parecía que a la cruz de hierro se la había tragado la tierra.

Semanas más tarde, un soldado que estaba visitando a *Petra* la urraca vio cómo el pájaro, en uno de sus vuelos, llevaba prendida en el pico la heroica condecoración. No hubo clemencia. *Petra* fue detenida, metida en una jaula y sometida a un consejo de guerra tras el cual fue ejecutada por un pelotón de fusilamiento como mandan las ordenanzas. A los pocos meses, la tía Dorotea dejó de bordar y, días más tarde, de respirar.



Beatos y mendigos

—¿Dónde has estado?

—Vengo de visitar a algunos enfermos.

—Leocadia, ¡mírame a los ojos! ¿Tú tienes la conciencia tranquila?

Leocadia se veía de nuevo entre la espada y la pared:

—Pues no. Te ruego confesión.

El sacerdote sacó de una cartera su estola, la besó y, colocándosela en el cuello, la cruzó en su pecho e inició la fórmula de la confesión. Leocadia siguió mentalmente las instrucciones que para ese momento le había proporcionado Dimas. Mencionó de pasada dos o tres pecaditos veniales y, tomando aire, hizo una pausa y comenzó a llorar desconsoladamente. Tras unos momentos de cortesía, don Crispulo abordó la cuestión directamente.

—¡Leocadia, limpia tu alma de una vez!

—Me acuso de llevar semanas sisando dinero del cepillo.

—Pero ¿cómo se te ocurre robar? ¿Cómo se te ocurre robar a la iglesia?, ¿te has vuelto loca?

—¡No tengo excusa! El demonio me metió en la cabeza comprarme una tela muy bonita pero muy cara. Soñaba con un vestido para el día de la visita del Generalísimo y, como yo sabía que era muy cara y que tú no lo verías bien, empecé a sisar y a sisar del cepillo. Y cuando me quise dar cuenta, ya era una cantidad respetable. Pasaban los días y no sabía qué hacer, porque si me compraba la tela, tú te ibas a dar cuenta, pero si devolvía el dinero, también lo ibas a notar, y no tenía una explicación que darte.

—¡Está bien! Si te arrepientes y devuelves el dinero y durante un año dejas de tomar chocolate y café y rezas un rosario diario de madrugada, te doy la absolución.

—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! —remató Leocadia aliviada.

—¡Ah!, y no vuelvas a ir a la iglesia por la siesta, que hace mucho calor.

En ese momento, Leocadia sintió un escalofrío. Esa frase llevaba segundas

intenciones. Su hermano sabía más de lo que parecía, pero estaba decidido a mirar para otro lado. Dimas, a pesar de ser ciego, veía muy bien el alma humana y había sabido ver que para Crispulo era mil veces preferible una mentira creíble que una verdad dolorosa.

En medio de esas elucubraciones sonaron las doce del mediodía y, coincidiendo con las campanadas, llamó a la puerta de la casa del cura Fulgencio el alcalde.

Este, muy nervioso, traía noticias frescas: acababa de encontrarse con Dimas, que venía con su gente andando desde Aldeamochoa.

—Se ve que allí se ha topado con el farmacéutico, don Casimiro, que le ha contado que de un momento a otro se espera el paso de Franco. Claro que allí, como es cabeza de partido judicial, están preparando una cabalgata de bienvenida con banda de música, cohetes y todo.

El cura, al escuchar estas noticias, se puso en marcha y comenzó a adoptar una serie de medidas de urgencia: convocar a los hombres de Acción Católica y a la Asociación de Damas Camareras de la Virgen para esa misma tarde. Y el alcalde, para no quedarse atrás, añadió:

—Y yo dispararé las salvas de ordenanza.

—Hay que empezar a organizar inmediatamente la misa de campaña —dijo el cura.

—Y yo dispararé las salvas de ordenanza —repitió el alcalde.

—Hay que construir un altar al aire libre, pero a la sombra —agregó el cura.

—Y yo dispararé las salvas de ordenanza —terció de nuevo el alcalde.

—Hay que sacar los bancos de la iglesia, adornarlos con sábanas y plantas aromáticas. Hay que montar un túmulo para colocar en él el sillón dorado del canónigo, protegido con un parasol de cañas, ¡para que en él se siente el General! Y, por último, hay que localizar al coro de Matagorda para que vengan a cantar la misa.

El alcalde Fulgencio, cada vez más nervioso, ya solo atinaba a repetir como un disco rayado «ordenanza», «ordenanza», «ordenanza». El cura, harto de la letanía, lo interrumpió para recordarle que se dejara de tantas salvas y se pusiera a conseguir el jamón, adornarlo con banderitas de los nacionales, hacerse con una buena escopeta con las salvas reglamentarias y, por encima de todo, hacer venir al fotógrafo desde Aldeamochoa:

—Mire usted, señor alcalde, tranquilícese y céntrese en el fotógrafo. Si usted no consigue traer al fotógrafo, todo esto que estamos organizando no va

a servir para nada. La foto es lo más importante. Cuando termine la guerra y gane Franco, esa foto nos va a abrir puertas a usted y a mí. Sin esa foto, nadie se va a acordar de que un día Franco pasó por aquí. ¡Váyase a Aldeamocha y tráigase al fotógrafo como sea! Una vez que esté aquí, méntalo en el calabozo con cualquier pretexto. Será la mejor manera de tenerlo controlado y evitar que se emborrache o se marche. Hasta que no haga la foto, ese hombre no debe salir del pueblo.

—¡Eso!, ¡y yo dispararé las salvas de ordenanza! —exclamó el alcalde a modo de despedida.



Lo tengo todo

Bajo la higuera de las Lombrices, Abelito hablaba bajito con Manuela. Llevaba dos días sin verse con doña Leocadia y se lamentaba por ello. Manuela trataba de consolarlo y de paso, un poquito magullada por los celos, le tomaba el pelo.

—Abelito, no me digas que te has enamorado de esa beata.

—No lo sé, Manuela, solo sé que echo de menos su olor. Esa mujer huele muy fuerte, es muy brava, a veces es como un animal salvaje. Ahí donde la ves, con esas hechuras, cuando se desmelenas es una furia.

Manuela, un poco en broma, fingía su asombro:

—A ver si ahora va a resultar que esas beatas, esas mosquitas muertas, son las más fogosas. A lo mejor tiene razón Menasalbas y va a ser que el pecado da más gustito. El cojo suele decir que los ateos disfrutamos la mitad porque el pecado es el azúcar del placer.

—¡Yo solo sé que a mí me vuelve loco el olor de esa mujer! —repetía Abelito con cara de bobo.

—Abelito, venga, vamos a beber una copita de vino de Portugal que me trajeron el otro día. Dicen que el vino de Oporto duerme las penas de amor. —Manuela cogió a Abelito de la mano y se lo llevó a la alcoba.

Remedios y Pacita, sentadas en sus mecedoras, vieron llegar a Dimas y al Águila, que venían acalorados. Los dos hermanos se sentaron a la sombra. Las hermanas sacaron una jarra de limonada fresca y, comprendiendo la situación, les dejaron a solas para que hablaran de sus cosas.

—¡Lo tengo todo! —comenzó hablando Dimas—. Tengo el camioncito, tengo el Once Ligero, tengo los uniformes y tengo los figurantes.

—¿Y Franco? —dijo el Águila—. ¿Tienes a Franco?

—¡Por falta de uno tengo dos! —respondió Dimas.

—¿Dos Francos?

La conversación se alargó con los pormenores, pero tuvo que interrumpirse con la presencia de Abelito, que, al oír la voz de Dimas,

abandonó la confortable compañía de Manuela para buscar el bálsamo del consuelo en la voz de su amigo.

—Dimas, no me la puedo quitar de la cabeza, a mí me vuelve loco el olor de esa mujer. Desde la maestra de Pedregales no me sentía así.

—Pues vas a tener que olvidarla, Abelito. Nos va la vida en ello, y fíjate lo que te digo, Abelito: la vida. Como se entere don Crispulo del enredo, nos quemán vivos.

El Águila ató cabos y comprendió al vuelo la situación. Enseguida vio claro que si no controlaban a Abelito, el plan podía irseles de las manos.

—Abelito, vuelve con Manuela que luego hablaremos tú y yo.

Al quedarse de nuevo a solas, el Águila tomó la palabra:

—Estarás de acuerdo conmigo en que Abelito en estos momentos es una bomba. Como la beata haga un movimiento por verlo, estamos arreglados.

—Estoy de acuerdo —secundó Dimas—. ¿Y qué se te ocurre?

—Sacarlo de aquí, mandarlo lejos por unos días —argumentó el Águila.

¿No habría una forma de enviarlo a Madrid?

—Madrid es zona roja —aseguró Dimas—. No hay manera de llegar hasta allí.

En el interior de la alcoba, Abelito compartía cama con las tres hermanas. La luz de la tarde, filtrada por las ranuras de las persianas, iluminaba en claroscuro los cuerpos sudorosos. El cuerpo pálido y atlético de Abelito contrastaba con los cuerpos morenos y dispares de las tres mujeres.

Contrastes de la guerra: a pocos kilómetros de un campo de muerte y destrucción, un hombre apasionado y tres mujeres en la plenitud de sus instintos componían sobre esa cama desvencijada un himno a la pasión humana.

Fuera, en el patio, bajo la sombra amable de la higuera, Dimas tuvo una idea que tal vez permitiera resolver de una tacada las enmarañadas facetas que presentaba la situación.

—¿Y si adelantamos la llegada para mañana a primera hora? —propuso—. Si lo hacemos, mañana tempranito pillaremos a todo el mundo a contrapié y, de esa manera, podemos tener un mayor margen de maniobra para salir de escena lo antes posible.

Al escuchar a Dimas, el Águila sintió que se le encogía el estómago más aún que el día que puso su radio por primera vez en marcha.

—¿De verdad podemos hacerlo mañana? ¿Has pensado en el teniente Florido y en los alemanes?

—Precisamente por eso lo digo. Ya sabes que ayer lunes el teniente Florido y los jefes alemanes se marcharon al frente a entregar unos cañones que habían terminado de reparar. Aquí se han quedado solo los mecánicos, sin traductor ni nada.

Brígido *el Águila* estaba tan nervioso que le sudaban las manos y no paraba de frotárselas contra las perneras de los pantalones.

—Dimas, no nos precipitemos, ¿de verdad podéis hacerlo mañana?

—Podemos. De ti depende —propuso Dimas.

Tras unos minutos eternos, y casi susurrando, el *Águila* planteó finalmente:

—¡Pues manos a la obra!



El día «F»

Era martes, pero a nadie le importaba. A decir verdad, en esos días, salvo los domingos y porque había que ir a misa, el resto de la semana carecía de importancia. Pero ese día amaneció nublado, con ese velo de novia que a veces le regala al cielo de agosto el polvo africano.

Era uno de esos días en los que el mundo es una sauna y el calor parece brotar de algún punto situado debajo del pelo, dentro del horno de la cabeza. En medio de esa calima, el pueblo se desperezaba despacito, tratando de no sudar mientras la rutina se encargaba de ordeñar las vacas, poner al fuego el café de puchero, desmigajar el pan viejo y preparar las gachas del desayuno.

El día iba encentando mientras los soldados alemanes, entre bostezos, se preparaban para el cambio de guardia. Fulgencio el alcalde recogía por el corral los huevos desperdigados que sus gallinas habían puesto de madrugada, y don Crispulo y su hermana Leocadia, entre rezos, se preparaban para ir a celebrar la misa de ocho.

De pronto, un cohete rompió el silencio. Y después de ese, otro, y luego otro. Coincidiendo con estos estallidos, el Águila comenzó a aporrear la puerta del alcalde. Tras unos minutos de espera, Fulgencio abrió su puerta con varios huevos en las manos y pudo atender a Brígido, que venía sin respiración.

—Tranquilo, Brígido, tranquilo. Respira, respira. A ver, ¿qué te pasa?

Atragantándose y a media voz por la falta de aire en los pulmones, Brígido atinó a decir:

—¡Ya está aquí, ya está aquí! ¡Franco!, ¡Franco está aquí!

—¡Cojones! —gritó el alcalde—. ¿Y cómo no han avisado? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Lo has escuchado en *el radio*? —preguntó el alcalde.

—¡Lo he visto...! ¡Lo he visto yo! —exclamó el Águila.

El alcalde estaba tan pálido como los huevos que llevaba en las manos. De pronto, comenzaron a doblar las campanas como si hubiera un incendio y, a partir de ese instante, la noticia corrió de boca en boca. En pocos minutos,

hasta las gallinas cluecas sabían que Franco estaba en el pueblo, y todas sus gentes al unísono se hallaron en cueros, todos lavándose atropelladamente, todos afeitándose, todos rebuscando algo decente que ponerse.

Mientras, en la plaza, un pequeño camión cargado de soldados y un coche negro con varios militares de alta graduación aguardaban acontecimientos.

El primero en llegar a la plaza, como siempre y a pesar de su cojera, fue Menasalbas. Para entonces, el pequeño grupo de soldados ya se había situado en formación de a uno junto al coche negro. De él bajó un hombre alto con uniforme de coronel que, saludando a Menasalbas, le preguntó por el alcalde.

Este, para ganar tiempo, comenzó a relatar al coronel los más sobresalientes hitos históricos acaecidos en el pueblo. El poeta hablaba poniendo en sus palabras todo el énfasis del que era capaz.

—Aquí, precisamente aquí, en esta plaza, se encontraban los alfares donde se fabricó el orinal de la Beltraneja. Y de este pueblo también salieron en una tinaja las aguas con las que se bautizó al príncipe Baltasar Carlos, pintado por Velázquez, y que según los historiadores procedían del río Jordán...

Mientras Menasalbas continuaba poniéndole entusiasmo a su perorata histórica, a la plaza iban llegando, en atropellado tropel, la mayoría de sus convecinos. Venían correteando, metiéndose los faldones de la camisa, liándose la faja, poniéndose el pañuelo o el mantón de Manila. Era una situación risible, que contrastaba con la cara de susto de todos los protagonistas, pues, a pesar de lo ridículo de la escena, nadie se reía. A la carrera aparecieron el cura con sus arreos de máxima relevancia y el alcalde con su traje negro y su vara. Corriendo, y casi volando, se presentó el Águila embutido en su traje de bodas, con los botones a punto de explotar. Corriendo llegaron también las hermanas Lombrices vestidas de lagarteranas. No faltaba nadie. Mejor dicho, faltaban los mendigos, pero era por causa justificada.

Una vez situados todos en la plaza y recuperado el resuello, un soldado del pelotón hizo sonar en su cornetín de órdenes el toque de atención. Coincidiendo con el final del toque se abrió la puerta de atrás del coche negro y del interior descendió un hombrecillo de un metro treinta, vestido con el uniforme de general y gorro cuartelero. A pesar de su pequeña estatura, el hombrecillo se movía con aires marciales: espalda recta, barbilla alta y mirada de mala leche.

La aparición del pequeño General causó conmoción en los lugareños y aún más entre las autoridades. Todos se miraban con ojos de asombro, aunque nadie se atrevía a hacer ni decir nada.

Al rato tomó la iniciativa don Crispulo, el cura, quien, acercándose dubitativamente al General, le tendió la mano. Con una leve inclinación de cabeza, el General le besó el anillo. A continuación, roto el hielo, Fulgencio el alcalde dio un paso adelante y, con una leve reverencia y un taconazo, entregó al General su bastón de mando.

Terminado este preámbulo protocolario, volvió a hacerse presente el toque del cornetín que ordenó «firmes», e inmediatamente en la plaza retumbaron los taconazos de la tropa.

El pequeño General se situó frente al primer soldado del pelotón que se había desplegado en fila de a uno. El cornetín mandó «presenten armas» y el escueto grupito de soldados siguió la orden con sincrónica marcialidad. El séquito formado por el General, el cura y el alcalde comenzó a pasar revista a las tropas lentamente.

Terminado el breve acto, el pequeño General se dirigió al alcalde y le habló al oído. El alcalde se cuadró y condujo al General solemnemente hasta la posición donde se encontraba Brígido *el Águila*. El generalito sacó una insignia de su bolsillo y, tras saludarlo marcialmente, se la impuso en la solapa al radiofonista. A continuación hizo lo mismo con doña Leocadia, la hermana del cura, que, con su peineta ladeada, realizó una reverencia tan violenta que estuvo a punto de desmayarse. Y para rematar la ceremonia, el generalito se acercó a las hermanas Lombrices y les impuso tres bandas con la bandera de España.

El cornetín de órdenes mandó «rompan filas», los soldados subieron al camioncito, el coronel saludó a los aplausos de la plaza y se acercó a la puerta trasera del Once Ligerito negro. Una vez allí, y en posición de firmes, saludó al alcalde, le devolvió el bastón, besó el anillo del sacerdote y, metiéndose en el asiento de atrás del coche, saludó de nuevo por la ventanilla al pueblo que lo aplaudía y lo vitoreaba enfervorecido. El séquito se puso en marcha y, a buen paso, abandonó el pueblo por donde había venido.



Un aire fantasmal

Al marcharse la comitiva, la gente reaccionó de una manera extraña: nadie movió ni un músculo. El calor brumoso empapaba las ropas de los vecinos y los chorretones de sudor resbalaban por sus cuerpos creando círculos de humedad en el suelo, pero nadie se iba. Todos esperaban una explicación. ¿De verdad ese hombre tan raro era Francisco Franco?

Fulgencio el alcalde, con el bastón de mando en la mano, no reaccionaba. Se había quedado petrificado. Doña Leocadia, con los ojos en blanco, sudaba por todos los poros de su cuerpo sin atreverse ni a mirar su insignia. Don Crispulo, por el contrario, incapaz de disimular su disgusto, manifestaba su frustración limpiándose la frente con un pañuelo y arreglándose a tirones las ropas de concelebrar.

Los minutos pasaban y nadie sabía cómo ponerle fin a ese asombroso momento. Finalmente, tuvo que ser el inefable Menasalbas el que diera el paso adelante.

Situándose sobre el plinto de la fuente y dando grandes voces para que todos lo oyeran, dijo:

—Aunque vuestros ojos impávidos descrean de lo que acaban de ver, ese hombre de gestos homéricos es el general Franco, señor del gran poder. Ese hombre de firme semblante, ese César de porte marcial, esa impronta del héroe galante era Franco, capitán general. Pasado el momento sublime, pasado el instante crucial, nos queda el recuerdo indeleble del contacto con un ser inmortal.

—¡Vámonos! —exclamó don Crispulo a su hermana. Y como ella continuaba en una nube y sin moverse, el cura tiró de su brazo enérgicamente y la sacó en volandas de la plaza.

El resto de los reunidos, como una nube que se deshilacha por la acción del viento, fueron abandonando la plaza lentamente en medio de comentarios que oscilaban entre la admiración y la sorpresa.

—¡Ha sido como el paso de un fantasma! ¡No he sabido reaccionar! ¡No

me lo perdonaré nunca! —repetía en voz baja el alcalde como en una letanía.

—No te fustigues, Fulgencio —le decía el Águila—. La vida siempre nos pilla desprevenidos. Recuerdo el día en que la mula me dio la coza. Yo también me quedé sin palabras.

—¡Pero es que yo quería decirle tantas cosas, hacerle tantas preguntas...! Pero ha sido verlo de cerca y ¡me he quedado pasmado!

Hilario el peluquero, Marino *el Beato* y hasta Alfio el sacristán comentaban el hecho curioso de que el General fuera pelirrojo.

—¡Hay muy pocos pelirrojos! —decía el peluquero—. Antes de hoy yo solo había visto otro, y fue de lejos, en Gijón.

—Pero ¿cómo es que siendo una cosa tan rara y tan llamativa nadie lo había dicho? —razonaba Marino *el Beato*.

—Yo creo que es que casi nadie lo ha visto de cerca, y las fotos son en blanco y negro —matizó Alfio.



Noche de secretos

El día se echó a dormir y, por las frondas de la alameda, comenzó a soplar una ligera brisilla vivificadora. Hay días en agosto en que el viento del norte refresca los botijos. En esa hora en la que el sueño llega hasta lo más profundo de los huesos, el impacto de una piedrecilla contra el cristal de la ventana despertó al Águila. Era la señal convenida con Dimas y, por lo tanto, el Águila no se asustó. Bajó del doblado, abrió la cancela y a la luz de un carburo hizo pasar al ciego.

—¿Quién te ha traído? —preguntó el Águila.

—He venido con Bastián, el de las muletas.

—¿Y Abelito? —siguió el Águila.

—Aún no ha vuelto de Nonvuela y estoy preocupado.

Brígido, sabiendo los gustos del ciego, calentó leche y le puso delante un tazón grande de loza y un *zolaco* de pan para que lo fuera migando.

—Todo salió a pedir de boca. Pero... ¿de dónde sacasteis a esa gente?

—No preguntes —respondió Dimas—. Cuanto menos sepas, menos te comprometes.

—Al menos quiero saber quién es ese bajito pelirrojo que hacía de Franco.

—Es un cómico que conocí en Brihuega en un circo y que ahora se busca la vida como puede. La guerra tampoco es buena para los cómicos. Mi preocupación es ahora Abelito. Me han dicho que don Crispulo sospecha algo. Por lo visto, cuando le impusieron la insignia a su hermana, se le comía la envidia y, entre eso y lo de las Lombrices, ese hombre puede ser peligroso.

—Tienes razón —admitió el Águila—. Yo también lo vi muy enfadado y, además, muchos de los del grupo de Acción Católica forman parte del Somatén.

—Pero ¡qué me dices! ¿Todavía existe aquí el Somatén? —se alarmó Dimas.

—Bueno, la verdad es que existir, existir... —dijo el Águila moviendo la cabeza—. ¡Con la guerra todo se ha trastornado, pero queda el rescoldo! Ya

sabes que eso viene de Primo de Rivera y que ahora no está claro si es legal o no. Pero lo cierto es que tienen escopetas y, aunque son viejos, están organizados de forma militar... ¿Tú sabes que nuestro padre también perteneció al Somatén? —preguntó el Águila después de un silencio.

—¡No es posible! —clamó Dimas.

—Pues lo fue. Por ahí escondida tengo su escopeta —continuó el Águila—. Fue por poco tiempo, en la época en la que, siendo él maestro, surgieron bandas de salteadores que, con el pretexto de la revolución, secuestraban niños que venían andando desde las pedanías a la escuela para luego pedir rescate. Una de esas bandas, la del Morato, para dar un escarmiento a los que no pagaban, mató a un niño. Aquello fue un crimen horroroso del que se hicieron cantares y todo. Fuere como fuere, lo cierto es que nuestro padre, para proteger a los niños, se apuntó al Somatén, aunque solo fue por unos meses. Recuerdo que la guardia civil detuvo a la banda del Morato, al que fusilaron. Pasado el dolor primero, la gente se fue olvidando y padre abandonó la escopeta.

—Ya me extrañaba a mí —dijo Dimas—. Padre tendría sus defectos, pero era como las perdices, no le gustaban nada las escopetas.

—¿Y necesitas algo, dinero?... ¿Te alcanzó el dinero?

—Mira, hermano, estas cosas no se hacen por dinero porque no hay dinero para pagarlas —explicó el ciego—. Estas cosas se hacen por amistad y se pagan con la misma moneda.

—¿Y tienes alguna manera de localizar a Abelito?

—Ya lo estoy haciendo, pero no me está resultando fácil. ¿Ha vuelto por aquí la beata?

—No —negó el Águila—. Desde la otra tarde no ha vuelto, pero esa mujer está muy rara. Ha cambiado la forma de vestirse y ahora no lleva ese moño raro que llevaba. El otro día en la plaza, delante de Franco, no paraba de reír.

—A veces las mujeres maduras, si rompen el muro de contención que las oprimía, se sueltan el pelo y se convierten en un volcán. Yo creo que hay que tenerla vigilada porque ella puede ser el detonante de su hermano, y esto podría terminar como el rosario de la aurora.



La confesión

Alfio era un sacristán raro. No le gustaba nada ponerse el roquete; decía que se le enganchaban las puntillas de las mangas con los adornos de los instrumentos litúrgicos y que, si no era un acto muy solemne y principal, prefería vestir la sotana lisa. Esa era la razón por la que, siendo tan larguirucho y al ir siempre enfundado en negro, los monaguillos lo llamaban el Paraguas.

—¡Don Crispulo! ¡Ya he dado el segundo toque! ¿Comenzamos ya a revestirlo?

El cura, que paseaba leyendo el breviario, dejó el libro sobre la mesa y comenzó a vestirse colocándose el amito. El sacristán, a su lado, a solicitud del cura, le iba presentando los distintos ornamentos.

—Pásame el alba. —Y mientras se la colocaba metiéndosela por la cabeza, el sacerdote preguntó—: Alfio, ¿hace cuánto que no te confiesas?

—Desde la Pascua Florida, como tengo por costumbre —respondió el sacristán.

—¿Y en la anterior Pascua aún andaba por aquí don Rufino, el anterior párroco?

—Sí, bueno, no —respondió el sacristán—, pero me dejó confesado.

—Mira, Alfio —continuó el párroco, atándose el cíngulo para sujetar bien las puntas de la estola—, la conciencia no es una orza en la que podemos dejar los pecados empapados en grasa por tiempo ilimitado. Nunca se sabe el momento en el que Dios nos pedirá cuentas, y siempre es prudente tener dispuesta el alma para el largo viaje.

—Yo soy un hombre insignificante, don Crispulo. ¡Mis pecados son debilidades de un hombrecillo sin importancia!

—Para Dios todos somos importantes. Cuando termine la misa, si estás dispuesto, hacemos el acto de confesión.

Durante toda la misa, Alfio estuvo dándole vueltas a la posible salida del embrollo. Sabía perfectamente que don Crispulo quería saber determinadas

cosas que él no quería desvelar, pero se encontraba atrapado entre su fe y sus principios.

Alfio no era sacristán por vocación, lo era por herencia paterna. De niño fue «el hijo del sacristán» y, a la prematura muerte de su padre, heredó su oficio como otros heredan el de panadero o el de guarda jurado. Su padre lo fue y su abuelo Nazario también, aunque solo a ratos.

Sin embargo, a Alfio el trabajo de sacristán le gustaba. Le encantaba tocar las campanas, limpiar los ornamentos dorados, mantener limpios y bien vestidos a los santos y a las vírgenes, desfilarse en Semana Santa haciendo bailar el incensario de plata y, sobre todo, asistir con el agua bendita en los bautizos. A tal efecto, mantenía como una joya una garrafa con agua que rellenaba con un manantial minúsculo que rezumaba gota a gota en la cripta del templo del pueblo y que, según los antiguos, era hermana del agua del río Jordán.

En cambio, no le gustaban nada los entierros ni las novenas ni los oficios de Jueves Santo. Pero lo que más le gustaba, mucho más que los bautizos, eran las mujeres, y un poco más si eran beatas. Le encantaban las beatas lujuriosas. Entre amigos y en la intimidad solía decir que la beata madura, si es lujuriosa, lo es más que la descreída.

La conciencia de estar cometiendo un acto pecaminoso les proporcionaba una sensación de morbo añadido que acrecentaba su entrega y su placer, pues la fornicación rutinaria es una tarea tan onerosa como el afeitado. Sin embargo, desnudar por primera vez a una beata era uno de los placeres más intensos de la vida.

Alfio sabía que esa tarde, finalizada la misa, le esperaba una faena de aliño, por utilizar el lenguaje taurino, que era otra de sus aficiones. Al terminar la ceremonia, se empeñó en limpiar bien los corporales y, aprovechando que venía un vientecillo agradable, procedió a colgar las casullas y las capas pluviales en la ventana para airearlas. Los ornamentos eclesiásticos están bordados con primor y rematados en hilo de oro, y no pueden lavarse en el río como las sábanas o los pañales. Por eso las casullas que en verano se empapan con el sudor, si no se airean bien, con el paso de los días hieden como el cadáver de un buitre.

En esas labores andaba el bueno de Alfio cuando don Crispulo lo llamó a la sacristía.

—¿Estás dispuesto a confesarte? —Y el pobre sacristán no tuvo más remedio que decir que sí.

Tras unos prolegómenos llenos de pecados de ira y obediencia, llegaron al capítulo en el que don Crispulo tenía puesto todo su interés:

—Alfio, ¿tú has yacido con mi hermana? —Este dio un respingo. «¡Ya me lo temía yo!», pensó.

—¡Naturalmente que no! —aseguró con firmeza.

—Alfio, dime la verdad —continuó el cura—, piensa bien que Dios te está escuchando. ¿De verdad no has pecado con mi hermana en esta sacristía?

—¡Le estoy diciendo que no! —gritó el sacristán con firmeza.

—Mira, Alfio, yo sé que tú sabes algo. Conozco a mi hermana perfectamente, y siempre ha sido una mujer muy poco..., muy poco ardiente. La llevo confesando desde los diecisiete años, y de unos meses aquí no la reconozco. No duerme y se pasa el día desasosegada. Estoy seguro de que mi hermana ha conocido varón, y si tú no has sido...

—¡Busque usted por otro lado! ¡Yo esos asuntos los tramito en la casa de las Lombrices!

—¿O sea, que eras tú? Ya me habían llegado rumores de que una *lombriz* repugnante de esta iglesia visitaba ese antro de lujuria y perdición. Si quieres seguir como sacristán de esta iglesia, te queda totalmente prohibido visitar y hasta tener la menor relación con esas diabólicas criaturas. ¿No tienes nada más que confesar? —Alfio negó con la cabeza—. Pues entonces reza dos rosarios de rodillas y vete en paz... *Ego te absolvo, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*, amén.



Balada triste de Abelito

Abelito estaba enfadado, lo que para un hombre que no se enfadaba nunca era un disgusto de proporciones ciclópeas. No entendía por qué Dimas le había mandado tan lejos a por esas hierbas medicinales cuando las había a puñados por todos los caminos.

Dimas le había dicho que las hojas de geranio de Nonvuela eran mano de santo para el estreñimiento. «Se frotran las nalgas con un par de hojas de geranio frescas —le explicó—, y si el estreñimiento dura mucho, se puede meter el tallo por el agujero del culo para abrir camino.»

Abelito sabía de los problemas de su amigo para hacer de vientre y en muchas ocasiones habían ido juntos a las farmacias y a los herbolarios, donde le daban algún remedio. Pero esta vez se le había metido en la cabeza que las hojas de geranio de este pueblo apartado del mundo eran el remedio que él necesitaba.

Y hasta aquí había llegado, pero, mira por dónde, en Nonvuela ya no había geranios. Mejor dicho, los pocos que quedaban del tipo que buscaba Dimas los tenía en su jardín la marquesa de Mazuela, que se había ido de viaje. Y ahí estaba el pobre Abelito, durmiendo en el quicio de la puerta de su casa-palacio y esperando su regreso.

Pero lo que más había enfadado a Abelito no era ni la caminata ni el calor ni la espera, ni siquiera el dormir en la acera, cosas a las que estaba acostumbrado. Lo que más le había molestado era que lo alejara de doña Leocadia.

En este momento, alejarlo de ella era como si lo separaran de su estómago. Desde que salió del pueblo no podía quitársela de la cabeza. Recordaba a cada instante el olor adictivo de sus axilas, el tacto terso de sus muslos, la suave caricia del vello de su sexo. Todo en ella tenía poderes afrodisíacos. Nunca había vivido unas sensaciones tan intensas. Por eso cada minuto de alejamiento lo vivía Abelito como un zarpazo en el forro de sus tripas.

En esas condiciones estaba Abelito, medio dormido, cuando una mañana muy temprano lo despertó el zarandeo de unos brazos fuertes. Al abrir los ojos, medio deslumbrado, no pudo reconocer al sujeto que lo zarandeaba y, con una reacción instintiva, le soltó un manotazo en plena cara, tan certero que el hombre salió volando metro y medio hasta dar con su cuerpo en mitad de la calle.

Desafortunadamente el sujeto que zarandeaba a Abelito era un canónigo de la colegiata de Nonvuela que, ni corto ni perezoso, se fue en busca de unos alguaciles que, en un instante, le condujeron sin más explicaciones al interior de un calabozo.

Pasado medio día, con el hambre ladrándole en las tripas, Abelito comenzó a golpear la puerta de la celda. La respuesta del vigilante vino bien cargada de palos. Finalmente, a la caída de la tarde, con la ceja y los labios partidos por los golpes, Abelito fue llevado en presencia del jefe de policía, que curiosamente estaba acompañado del canónigo que había recibido «el saludo» de Abelito por la mañana.

—Tu nombre es Abel Expósito, ¿no?

—Sí.

El jefe de policía le rectificó:

—¡Sí, señor comisario! ¡Repítelo!

Y Abelito, disciplinado, lo repitió:

—Sí, señor *comisabio*.

—Señor comisario.

A lo que Abelito respondió:

—Eso, *comisabio*.

—¿Qué haces aquí? ¿Eres un desertor?

—No —respondió Abelito—, quiero decir: no, señor. Yo es que soy tonto y no tengo familia, y vivo de pedir por los caminos.

El comisario le dio un cachete en la nuca al tiempo que le gritaba:

—¡Tú lo que eres es un vago y un maleante que ha pegado a un canónigo que pretendía ayudarte!

Abelito, con los ojos vidriosos, respondió:

—¡No, señor *comisabio*, yo no soy eso, yo solo soy tonto!

En ese punto de la charla el canónigo sintió pena y se vio en la necesidad de intervenir.

—¡Veamos, hijo!, ¿tú de dónde vienes? ¿Conoces algún sacerdote que le dé fe a tus palabras?

Abelito se rascó la cabeza y reconoció:

—Sí, conozco a don Crispulo.

—¡Don Crispulo! Lo conozco, es amigo mío. Señor comisario, si no le importa, antes de retirar mi denuncia, vamos a dejar a este hombre tranquilo en la celda mientras yo hago algunas gestiones.

—¡Lo que usted diga, señor canónigo!

Y así Abelito volvió a su celda, el comisario a sus pesquisas y el canónigo a sus averiguaciones.

Pero al volver a la celda, esta ya tenía nuevos inquilinos. Eran dos soldados republicanos que, tratando de escapar del frente, habían sido reconocidos y atrapados en la estación del tren.

—Hola, buenos días —dijo Abelito a modo de presentación.

Los soldados le devolvieron el saludo, al tiempo que se identificaban. Se llamaban Fernández y Ariza y, según dijeron, eran dos desertores anarquistas. Nada más saludarse, y sin perder un minuto de tiempo, Ariza tomó la palabra y empezó a hacer planes para fugarse de allí. No había tiempo que perder; esa misma noche uno de ellos, por ejemplo Fernández, que tenía mala cara, se fingiría enfermo.

Abelito se colocaría detrás de la puerta y, mientras, Ariza entretendría al vigilante. Abelito, que era más grande y fuerte, lo sujetaría por la espalda para que Ariza le quitara las llaves. Así lo acordaron y así esperaron la llegada de la noche.

A las cuatro de la mañana, Ariza empezó a dar golpes en la puerta. Al llegar el vigilante, como habían acordado, le dijo que Fernández tenía mucho frío y que estaba tiritando por la fiebre. El vigilante abrió, Abelito lo sujetó, Fernández le quitó las llaves y, cuando iban a salir, Ariza sacó una navaja y, mientras Abelito lo sujetaba, se la clavó en el corazón.

Abelito solo atinó a decir: «¿Qué haces?». En el minuto siguiente, Fernández y Ariza salieron por la puerta a toda velocidad. Mientras, Abelito, empapado en la sangre del vigilante, no sabía qué hacer con su cuerpo entre los brazos.



El padre de las Lombrices

Aquel pobre hombre no daba abasto limpiándose el sudor de la frente con las mangas de la camisa. No podía creer lo que sus hijas le estaban contando:

—¿O sea, que Franco en persona ha venido a este pueblo y os ha dado a vosotras estas bandas de honor? Es un milagro, es un milagro... ¿Y qué le pareció la carretera?, ¿mencionó algo de los baches?

Con los ojos llorosos, el Tío Lombriz comenzó a recorrer mecánicamente la habitación. De vez en cuando se paraba a observar la cara de sus hijas, pero de pronto se quedaba absorto mirando la noche a través de las ventanas que daban al patio.

De repente, como hablando para sí mismo, empezó a musitar una perorata monocorde:

—Franco tampoco se ha dado cuenta. Nadie lo hace. Todos pasan por las carreteras sin darse cuenta de que casi no hay baches. Esa es mi vida: no dejarlos salir y, si ya han salido, taparlos. Los baches no se arreglan solos, y mi trabajo consiste en mantenerlos a raya.

»Pero los baches son muy listos y ahora se han hecho amigos de los alemanes. Los alemanes pasan con sus máquinas de guerra bacheando los caminos que yo había alisado. Hubo un momento en el que estuve a punto de vencer a los baches, había conseguido que en mi zona no hubiera casi ninguno, pero la llegada de estos alemanes ha arruinado mi trabajo.

Se puso su gorra de plato, cogió su hato, recogió el esportillo con el rastrillo, la azada y el pisón y, haciendo un saludo con la cabeza a los presentes, salió de su casa y se fundió en la noche sin decir nada.

Al cerrarse la puerta, Manuela abrazó a sus hermanas. Su padre era un hombre tan bueno que parecía recién caído del cielo. Pacita, con los ojos húmedos, se puso a recordar aquel día en el que se le murió el canario. El pobre pájaro se llamaba *Tomasito* y estaba siempre cantando en una jaulita de madera, a dos pasos de donde estuviera su padre. Que su padre salía a dar un paseo, pues se llevaba la jaula con *Tomasito*; que iba a misa, allá que se

llevaba a *Tomasito*. El pájaro era tan caprichoso que, en vez de tener un columpio, tenía un tobogán, y en vez de cantar como todos los canarios, algunos días dicen que tarareaba.

Una tarde *Tomasito* y el Tío Lombriz se quedaron dormidos mientras esperaban turno en la barbería. Habían ido a afeitarse y, con el calorcito y la charla, se quedaron fritos. Por no despertarlos, Hilario, el peluquero, sacó la guitarra y se puso a acunar su sueño, tocándoles *Recuerdos de la Alhambra*. Cuando iba por la mitad, en medio de los trémolos, como un relámpago salió del sótano un gato negro y, de un salto, se zampó a *Tomasito*. Cuando el Tío Lombriz despertó, Hilario seguía ensimismado tocando *Noche andaluza*, de Granados, pero en el centro de la jaulita solo quedaban tres plumas amarillas.

El Tío Lombriz no volvió a ser el mismo: «Esto está siendo muy duro —repetía—, primero mi mujer y ahora *Tomasito*».

Tras un silencio con suspiros, tomó el relevo Remedios, *la Lombriz Mediana*:

—Ahí fue cuando yo le regalé la piedra. Pensé: «Este hombre está muy solo y está cansado de que se le mueran las compañías», porque padre es un hombre solitario al que no le gusta estar solo, y por eso le regalé la piedra. Le puso de nombre Dolores, y desde entonces siempre la lleva consigo.

Manuela, para completar el relato, reconoció:

—Yo creo que padre siente vergüenza de nosotras. Nos quiere muchísimo, pero le da apuro la vida que llevamos. No le gusta que los hombres le pregunten o le hablen, pero es tan bueno que, para no incomodarnos ni sentirse incómodo, vive lejos de nosotras en ese continuo ir y venir que le permite vernos y no vernos, según sus apetencias.

—Pero... ¿vuestro padre sabe que hay guerra? —preguntó el teniente Florido con la familiaridad que da el ser visitante asiduo de la casa.

—Saberlo, lo sabe —contestó Manuela—, pero no hace caso ni se da por enterado.

El joven teniente no se daba por satisfecho:

—Es que a la guerra eso no le importa. La guerra es cruel, y ese hombre solo por los caminos, se dé o no se dé por enterado, corre peligro.

Remedios sacó un sobre arrugado de debajo de la cama. Allí, escritas con una letra llena de rabos y adornos caligráficos, aparecían las últimas voluntades de su padre. Decía la carta:

Queridas hijas, si veis que pasan diez días sin saber de mí, pensad que

he muerto. Llegada esa hora, no lloréis por mí. La alegría es siempre demasiado escasa como para no disfrutarla tapándose los ojos con las lágrimas. Lo poco que tengo es vuestro a partes iguales. Sabed que, desde que llegasteis al mundo, os he querido cada segundo de mi vida. Y para terminar solo os pido una cosa: si está en vuestra mano, no me enterréis: no quiero que mi cuerpo termine dentro de un bache. Donad mi cuerpo a la ciencia o a los animales.

Vuestro padre, el Tío Lombriz

En ese preciso instante llamaron a la puerta. Era un motorista alemán, venía con la cara sucia y muy alterado. Con gran esfuerzo trataba de hablar en castellano, pero, al no conseguirlo, el teniente Florido, allí presente, tradujo sus angustiosas palabras:

—En una curva de la carretera, el hombre que traigo en el sidecar se me echó encima. Salió de la oscuridad y se me vino directamente al faro de la moto, no pude hacer nada por evitarlo. Antes de morir, me pidió que lo trajera hasta aquí. Y aquí lo traigo.

El motorista salió de nuevo a la calle y, en brazos, con la ayuda del teniente Florido, metió en la casa el cadáver desvencijado del Tío Lombriz y lo colocó encima de la mesa del comedor. Nadie dijo nada. Todos lloraban en silencio.



Tormentas de agosto

Las últimas tormentas de agosto son de poca agua, pero abundantes en mala leche. En un parpadeo tumban las mieses, apedrean las uvas, trepanan las sandías y dejan a los campesinos mirando al cielo con los puños cerrados y a la última pregunta.

Son tormentas que empiezan con ese calor pringoso que vuelve locas a las moscas; poco a poco, el sol se va poniendo enfermo y, aunque sea por la mañana, empieza como a pudrirse, emitiendo una luz naranja que contrasta con las negruras del cielo. Hay un momento solemne en el que no se escuchan los pájaros y el cielo apizarrado parece el techo de un ataúd. Pero, de repente, de lo alto baja un viento fresco que levanta el polvo y lo enrosca en los rincones, haciendo sonar las cañas y bailar la jota a las veletas. Los pájaros, que ya saben lo que viene, nada más sentir el viento se lanzan de barriga a las fuentes y a los charcos de los arroyos para bañarse bien el plumón de la pechuga y las vainas de las alas.

Aquella mañana, mientras esa revoltosa oscuridad se adueñaba del cielo, medio pueblo se tomaba una aspirina y por el camino del espartal bajaba un túburi rojo y negro, tirado por un caballo tordo, iluminado por una luz del fin del mundo. Bajo la capota del cochecito, apretujados, venían tres hombres, dos con boina y uno con sombrero de jipijapa.

Nada más llegar a la plaza, mientras frenaban el caballo, se toparon con Menasalbas, que estaba secándose el sudor del cuello con un pañolón blanco. Del cochecito bajaron, por orden, el alcalde de Cortinas de la Sagra, don Aniceto el del sombrero, y dos de sus concejales, los de las boinas. Saludaron con aire hosco y con prisas, anunciando sus intenciones de hablar a toda costa con el alcalde.

Menasalbas, mirando al cielo amenazante, los hizo recogerse bajo el porche del ayuntamiento ofreciéndoles con un gesto un banco y los tragos de un botijo para la espera. A continuación, y ceremoniosamente, según su costumbre, les pidió un poquito de paciencia, la justa para encontrar al

alcalde.

Camino de la casa de Fulgencio *el Saltón*, al bajar por la Cuesta del Caño, Menasalbas se cruzó con Cacarique, que venía, como casi siempre, hablando animadamente con un perro. Cacarique era un hombre peculiar: andaba con los mendigos, vestía como un mendigo, pero ni le gustaban los mendigos ni le entraba en la mollera que mendigar fuera una manera digna de ganarse la vida. Nadie conocía sus orígenes. Unos pensaban que, a pesar de ser rubio, era gitano. Otros, que era húngaro o zíngaro, porque a veces hablaba raro y se entendía muy bien con los perros y las lechuzas, pero todos coincidían en que era un buen hombre, aunque tan imprevisible como un dolor de muelas.

A Menasalbas le caía bien Cacarique y hasta una vez escribió sobre él en los anales de la villa. El articulito decía «que, a pesar de las apariencias, Cacarique tenía sus principios, y en ellos mendigar era oficio de cobardes. Que Cacarique era un “quinqui”, un “merchero”; que ni gitano ni mendigo. Que era un nómada, un trashumante, un viajero sin billete de vuelta ni destino. Que su patria eran los caminos y sus posesiones, el cobijo amable de los puentes». Menasalbas remataba su retrato advirtiéndole que «si Cacarique se tomaba dos jarras, era capaz de gritarle al lucero del alba que al hambre no hay muros que lo detengan y que, en habiendo necesidad, todo lo que está debajo del cielo es de todos a partes iguales».

Pero aquella bochornosa mañana, Cacarique no estaba para fiestas y, al cruzarse con Menasalbas, apenas se detuvo el tiempo de un padrenuestro. Dijo que iba apretando el culo a la finca de El Alamín a recoger unos melones, y que no quería jugar al escondite con la tormenta. Sabía desde muy niño que las tormentas en campo abierto le meten miedo al diablo, y que si no se daba prisa, aquella le podía estallar encima de la cabeza.

Y así fue. Ya en la finca, primero sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos, después vio cómo le rodeaban unas chispitas de luz y, al final, un golpe seco, un latigazo de fuego, un impacto brutal que lo dejó ciego y que lo hizo mearse encima. La chispa del rayo le entró por el codo y le salió por la hebilla de hierro de las abarcas. De pronto no sabía si estaba vivo o muerto. Se estaba ahogando con su propia lengua y la boca le sabía a azufre frito y a sangre. Tras unos segundos eternos, bramó el trueno y, sin darle tiempo a nada, comenzaron a caerle encima gotas heladas. Gotas gordas como brevas que estallaban contra el suelo reseco. No veía, pero oía mejor que nunca. Sentía el repiqueteo de la lluvia y los truenos rompiendo el cielo sobre su cabeza.

Las gotas caían con tanta vehemencia que Cacarique notaba los impactos en el cráneo como si le llovieran grifos. De pronto notó una gota de algo caliente que le salía de la cabeza y comenzaba a resbalar por la cara, abriéndose paso entre la lluvia helada. «Son los sesos», pensó. Y ahí se dio cuenta de que los brazos no le respondían, de que los dedos de las manos se le habían hecho sarmientos y de que lo que del cielo le caía ya no era agua, sino piedras de hielo del tamaño de huevos de paloma. Estaba sin sentido, pero sintiendo. Estaba muerto de pie, pero lo oía todo. Como pudo, se tiró al suelo haciéndose una rosca, protegiéndose bajo los sarmientos de una cepa. Allí en el suelo, para calmar el dolor, mordió la tierra como si fuera pan y, con la boca llena de barro, se dio cuenta de que le había atravesado un rayo.

Entre tanto, Menasalbas había ido a avisar al alcalde y ya volvían los dos caminando hacia el ayuntamiento. Fulgencio el alcalde alternaba grandes saltos con saltitos, tratando de sortear los charcos como un equilibrista con el paraguas en la mano. A su lado, Menasalbas cojeaba con garbo bajo el aguacero, metiéndose hasta los tobillos en todos los charcos, como si el suelo estuviera seco y en el cielo brillara un sol radiante.

—¿Qué querrán estos ahora y con estas urgencias?

—No sé. Traen la boca tan sellada que beben del botijo por la nariz — espetó Menasalbas, limpiándose el agua de la cara.

Al llegar a la plaza, jarreaba con ganas y la tormenta hacía alardes de voltaje.

Al resguardo de los soportales, imperturbables, esperaba el alcalde don Aniceto, flanqueado por su pareja de boinas.

—¿Qué se les ofrece? —adelantó el alcalde Fulgencio.

—¡Unas molestias! —respondió don Aniceto sin disimulos.

—¿Unas molestias?, ¿y cuáles son, si puede saberse?

—Naturalmente que se puede, para eso estamos aquí.

Mientras Fulgencio y Menasalbas se sacudían a sopapos el agua de la cara y de los pantalones, don Aniceto se sacó del bolsillo del chaleco un papelito y, adoptando un aire solemne, comenzó su lectura.

—Como alcalde de Cortinas de la Sagra, vengo comisionado con dos testigos para exponerles a ustedes unos cuantos motivos de agravio ocasionados por la corporación que usted preside.

»Primero: que siendo Cortinas de la Sagra un pueblo sin río, ni arroyo, ni

fuente; que siendo Cortinas un pueblo sin cura, sin jóvenes ni futuro, y en medio de una guerra, estamos hartos de aguantar el ninguneo al que el pueblo que usted preside nos está sometiendo.

»Segundo: que pagando los mismos diezmos que ustedes y siendo todos hijos de Dios y de España, no es de justicia que ustedes lo tengan todo, hasta la ermita de la Virgen del Yermo, y nosotros no tengamos nada.

»Tercero: que teniendo ustedes arroyo y escuela, fuente con pilón, llegan los alemanes y les dan vida y futuro, y para colmo y remate, según nuestras informaciones, tienen un artefacto llamado «radio» o «arradio» que, según parece, les cuenta a ustedes todas las noches cómo va la guerra.

»En conclusión, como estos hechos que expongo no tienen réplica posible, porque son verdad y porque así lo digo yo y así lo dicen los testigos presentes—los dos testigos con sus boinas asintieron—, nos vemos obligados a plantearle a usted, como alcalde de esta villa, esta Declaración de Guerra Municipal, exigiendo una urgente reparación de estos agravios.

Fulgencio estaba a punto de estallar, pero Menasalbas, con más temple de ánimo, se adelantó a preguntar:

—Pero ¿entonces ustedes no saben que ya estamos en guerra? ¿Ustedes plantean una guerra dentro de la guerra por estas tonterías? ¿Y qué solución proponen?

Uno de los concejales se quitó la boina y señaló:

—La guerra grande, la que dicen que hay por Toledo y por Madrid, no es nuestra guerra. La guerra que nos importa y la que les anunciamos, si no atienden a nuestras quejas, sí.

A lo que continuó matizando don Aniceto:

—A partir del día de la fecha, o sea, hoy, la radio que ustedes disfrutaban deberá compartirse, día sí, día no, con los habitantes de Cortinas. De no atender a esta justa reclamación, en un plazo de veinticuatro horas les aseguro como alcalde de Cortinas que soy que se desprenderán severas consecuencias.

—¿Esto es todo? —preguntó Fulgencio el alcalde.

—Esto es todo... ¡por ahora! —contestó don Aniceto.

—Perdone que tercie de nuevo —intervino Menasalbas—, ¿y cuáles serían esas terribles consecuencias con las que nos amenaza?

—¡En aras de su máxima eficacia, nos reservamos el contenido de la respuesta!

—¡Pues a tomar por culo de aquí! —soltó Fulgencio—. Recojan las

boñigas de su caballo y llévenselas, ¡que en este pueblo no queremos nada que no sea nuestro!

Enfurrñados y a empujones, recogieron las boñigas del caballo con las manos, llenaron con ellas sus boinas y salieron a escape del pueblo en el carricoche mientras la tormenta daba sus últimos resoplidos.



El rayo misterioso

Cacarique no aparecía. Bastián, el mendigo de las muletas, por orden de Dimas lo buscó afanosamente entre los perrillos de la plaza y por los sobrados de los pajares de las afueras. No dejó de preguntar a los soldados alemanes ni a los viejos de los bancos de la solana. Nadie lo había visto, parecía que se lo había tragado la tormenta. Al salir al camino del Coto, el que iba a la finca de El Alamín, le esperaba una sorpresa: todo el campo, desde los rastros a las eras y hasta donde le alcanzaba la vista, estaba lleno de sapitos saltarines. Miles y miles de sapitos del color de la tierra lo cubrían todo, hasta el punto de que era imposible caminar sin pisarlos. Era una visión de otro mundo. Las gentes del campo creen que estas tormentas de verano a veces beben de las charcas y luego hacen llover sapos. Bastián recordó que un día Dimas contó que, en realidad, los sapos no caían del cielo, sino que brotaban de la tierra. Los huevos de los sapos, ocultos bajo el terreno durante las semanas de sequía, al sentir la repentina humedad de la tormenta, afloraban sedientos a la superficie como una auténtica plaga bíblica.

Ese andar a saltos de Bastián, suspendido entre las dos pesadas muletas, rodeado de sapillos saltarines, hacía que su concentración en la búsqueda no fuera suficiente. Varias veces pasó cerca de su amigo sin verlo y varias veces recorrió el camino arriba y abajo, a punto de tropezar con su cuerpo, oculto entre las vides, pero los inesperados saltos de los batracios y los grandes charcos dejados por la tormenta no le permitieron hallarlo. Desesperado, Bastián estaba a punto de desistir cuando un quejido y algo parecido a una tos lo hicieron volver sobre sus pasos.

¡Era Cacarique! Tras un somero reconocimiento y un par de sopapos para tratar de espabilarlo, Bastián tomó conciencia de que su amigo estaba casi muerto. Colgado de sus muletas, con el cuerpo de su amigo a sus pies, Bastián sufrió un ataque de angustia e impotencia. Su llanto desgarrador resonaba baldío en el silencio del campo. Por fortuna, la providencia a veces se apiada de los infelices y, al levantar los ojos del suelo, Bastián vio venir al

trote ligero el tálburi de los forasteros. No se lo pensó dos veces: tiró las muletas al suelo y se dejó caer cruzado como un Cristo, ocupando la totalidad de la senda. Ante este cuadro esperpéntico, el cochecito no tuvo más remedio que detener su marcha. Al ver el cuerpo desmadejado de Cacarique y escuchar el llanto desesperado de Bastián, no hicieron falta más explicaciones. Siguiendo las indicaciones de don Aniceto, los hombres de la boina subieron el cuerpo de Cacarique al cochecito y, acomodándolo sobre sus propias rodillas, giraron el carruaje y volvieron grupas de regreso al pueblo.

El carruaje entró en la plaza resbalando de lado, como un toro en una lavandería, giró con brusquedad ante la puerta del ayuntamiento y, con un relincho, frenó en seco. Fulgencio y Menasalbas, que seguían delante del edificio rememorando la desagradable reunión anterior, tuvieron que dar un salto para no ser atropellados. Entre los relinchos del caballo, los hombres de la boina echaron pie a tierra y, cogiendo el cuerpo de Cacarique con sumo cuidado, lo depositaron sobre el banco castellano de la entrada.

Menasalbas reaccionó con una agilidad impropia de su cojera y, sin perder un minuto, se abalanzó sobre el pecho de Cacarique y comenzó a realizarle un boca a boca combinado con un contundente masaje cardiaco.

La situación era tan dramática como sorprendente. Mientras Menasalbas, de rodillas sobre las piernas del herido, resoplaba y resoplaba, realizando con energía las desesperadas maniobras de reanimación, de los bolsillos de Cacarique manaban pequeños sapos que saltaban alrededor. Cada empujón en el pecho de Menasalbas producía una cómica estampida de batracios.

Don Aniceto, con gesto grave, no apartaba los ojos del rostro del paciente y se fue quitando ceremoniosamente el sombrero, el chaleco y el reloj de leontina para terminar quitándose la corbata y remangándose las mangas de la camisa. En uno de los descansos de Menasalbas, sin decir palabra, don Aniceto tomó su lugar y con gran pericia, con dos empujones y otros dos soplidos en la boca de Cacarique, logró que el mendigo volviera a la vida.

Fue un momento emocionante. Bastián, que había conseguido de forma inexplicable llegar a la plaza casi al mismo tiempo que el carruaje, a pesar de hacerlo colgado de sus muletas, lloraba como un niño, sonándose los mocos con el faldón de la camisa. Fulgencio *el Saltón* le daba las gracias a don Aniceto al tiempo que este, sin mirarlo pero con una ternura impropia de su aspecto hosco, le limpiaba a Cacarique con su propio pañuelo las babas de la cara y el sudor de la frente.

Al tiempo que Menasalbas recuperaba el resuello y esbozaba una sonrisa de satisfacción, don Aniceto tomó la palabra para explicar que lo sucedido no había sido un milagro. Que él era radiestesista y zahorí, y que durante toda su vida había demostrado reconocidos poderes de curandero. A continuación, pidió un lugar a resguardo para seguir realizando con urgencia nuevas pruebas al paciente y, con diligencia y cuidado, y siguiendo las indicaciones de Fulgencio *el Saltón*, los hombres de la boina tomaron de nuevo en brazos a Cacarique y lo metieron en una habitación de la casa consistorial habilitada hacía años como sala de curas.

Una vez dentro, don Aniceto se dio cuenta rápidamente de que Cacarique no veía, pero que, sin embargo, oía perfectamente. Aprovechándose de esta circunstancia, comenzó una exploración meticulosa haciéndole preguntas y estimulando su atención mientras localizaba los orificios chamuscados en la piel por los que había entrado y salido la chispa eléctrica. Con la misma severidad y ternura, fue escuchando el corazón, tomando el pulso en la muñeca y en el tobillo, explorando la inflamación de la lengua y de los labios, viendo el borde tumefacto de las quemaduras y tratando de descubrir si el paciente mantenía la consciencia y conservaba algún rasgo de memoria.

Cacarique, inmóvil e inexpresivo, se dejaba manipular como si, en vez de ser un hombre, fuera un saco de harapos. En ese momento, por la puerta del ayuntamiento asomaron las cabezas de Bastián, que traía del brazo a Dimas, al que servía de lazarillo.

Don Aniceto, tratando de analizar la consciencia de su paciente, le preguntó:

—¿Me oye?, ¡conteste!, ¡sé que puede oírme! ¿Podría decirme su nombre?, ¿cómo se llama?

A lo que Cacarique, con media lengua pero con genio y figura, respondió:

—¿Todavía no me conoce? ¡Me llamo Estrellita Castro, no te jode!

A la puerta del ayuntamiento, sin que nadie se diera cuenta hasta ese momento, se habían reunido todos los perros del pueblo, que al oír la voz de Cacarique, al unísono, se pusieron a ladrar.



La vista del ciego

Dimas llevaba varios días sin dormir. Tumbado en su manta, le llegaba la madrugada mirando al cielo sin verlo. Cacarique, aunque cojeaba y no veía del todo claro, gracias a los buenos oficios de don Aniceto se había recuperado milagrosamente, pero a Dimas la alegría de esta recuperación no conseguía sacarle de su cabeza ese algo que lo mantenía desasosegado, y sabía que en ese bullebulle era mejor no dormirse.

Los ciegos sobrevenidos tienen terror a las pesadillas. Saben que si se despiertan en medio de una de ellas, como los ojos no les suministran imágenes que sustituyan a las del mal sueño, aunque lleven horas despiertos, siguen aterrorizados por las que tienen atascadas en la cabeza.

Dimas estaba tan unido a Abelito que, a pesar de la distancia, sabía que algo malo le estaba ocurriendo. Cada hora que pasaba se sentía más culpable de haberlo hecho ir solo y tan lejos. También se dolía de haberle tenido que mentir para quitarlo de en medio y que no estropeará sus planes.

Se levantó para mear al amparo de unos matorrales, pero, cuando estaba en medio del proceso, sintió la presión de una mano sobre el hombro.

—Tranquilo, soy yo. —Era el Águila, su hermano, y venía con noticias—. Ha estado en mi casa don Crispulo, que anda con la mosca detrás de la oreja. Venía a sonsacarme, no puede entender que Franco les impusiera esas bandas a las Lombrices. Lo de la insignia a su hermana y mi insignia lo puede entender, pero lo de las Lombrices no puede soportarlo. Dice que un cristiano ejemplar como Franco no puede rendir honores al diablo. Llegó a decirme que estaba pensando en escribir al obispo para proponerle la excomunión de Franco. Yo creo que este hombre se está volviendo loco, pero lo que más me ha mosqueado de su visita es que me ha preguntado si yo sabía algo de qué hacía Abelito solo en Nonvuela. Yo me he hecho el tonto por no demostrarle interés, pero ese hombre sabe algo.

Dimas se quedó pensativo y se despidió del Águila. Sacó un mendrugo de pan de la talega y se puso a migarlo para que se lo comieran los pájaros.

El día llegaba suavemente. La luz malva del amanecer silueteaba la figura del ciego, migando el pan, sentado encima de una gran piedra. Cientos de pajarillos, llegados al reclamo del mendrugo, lo rodeaban revoloteando en bandada. Algunos más confiados se le subían a los hombros y a la cabeza. Su contacto le proporcionaba a Dimas la calma que en esos momentos necesitaba tanto como el aire.

Después de un buen rato, bajó de la peña hasta el paraje donde lo esperaban sus compañeros.

—Necesito que alguno de vosotros me acompañe a Nonvuela.

El primero en ofrecerse fue Bastián, el lisiado de las muletas. Dimas se lo agradeció, pero prefirió a Cacarique, porque al ser un viaje largo y complicado, necesitaba una mente astuta por si había que liar a alguien.

Hicieron rápidamente el hato y se pusieron en camino, pero antes de salir del pueblo Dimas tenía que hacer una visita. Pasaron por el patio de la iglesia y Dimas mandó a Cacarique que entrara discretamente en el templo y viera quién andaba por allí. Acababa de amanecer y no debía de haber casi nadie.

Al momento volvió Cacarique y la respuesta que traía alegró el semblante del ciego.

—Está la beata, la hermana del cura, fregando el altar, y en la sacristía Alfio, el sacristán, desvistiendo a un santo.

Dimas le pidió:

—Vuelve dentro y dile a doña Leocadia que estoy aquí y quiero hablar con ella.

A Dimas no le había dado tiempo a respirar dos veces cuando reapareció Cacarique acompañado de la hermana del cura.

—No es momento de entrar en detalles, tengo mucha prisa. Solo quiero que sepa que me voy a Nonvuela a buscar a Abelito —dijo Dimas.

—Me voy con usted.

—Eso es imposible, señora. Estamos en guerra y el viaje puede ser peligroso. Sé que su hermano sabe algo de lo que está reteniendo allí a Abelito. Su misión, si quiere ayudarnos, es averiguar mientras estamos fuera lo que sabe su hermano, por si eso pudiera sernos útil.

Doña Leocadia estaba pálida y temblorosa, y volvió a decir:

—Tengo que ir con ustedes.

Pero Dimas la cortó en seco:

—Déjese de tonterías, usted puede ayudarnos más aquí. Nos vamos, pero mantenga los ojos abiertos y ya tendrá noticias nuestras.

Dimas y Cacarique reanudaron su marcha a buen paso y doña Leocadia volvió al templo, mirando de hito en hito cómo se alejaban los dos mendigos.



Ratones en la cárcel

Un cartabón de luz se colaba cada mañana por el ventanuco del techo. Ese cuchillo luminoso barría lentamente toda la celda hasta las horas de mediodía y Abelito, en ese rato, se entretenía haciendo rabiar a las cucarachas y jugando con los ratones.

La primera tarde no los vio. Venía tan agotado y dolorido por la paliza que le habían dado los guardianes que se quedó rápidamente dormido. Al despertar se los encontró olisqueando sus zapatos. Eran dos: uno negro, con rabo gris, y otro gris sucio, con el rabo rosa. Al verlo no se asustaron. Se quedaron mirándolo como si lo conocieran de toda la vida, y Abelito rebuscó en sus pantalones y encontró un coscurro de pan.

—Más que un coscurro de pan, parece una piedra —reconoció Abelito—, pero es todo lo que tengo.

Los ratones comenzaron un divertido juego con el coscurro que consistía en empujarlo con la nariz por el suelo como si fuera una ficha de parchís. La idea era evitar que el otro ratón lo tocara. Durante la competición, los ratones desplegaban unas estrategias tan curiosas que hacían reír a Abelito a carcajadas. Se veía a las claras que esos ratoncitos habían convivido tiempo con seres humanos. Pasados unos minutos, este carnaval tocó a su fin. Fue en el momento en el que un vigilante abrió el cerrojo de la celda violentamente y, dirigiéndose a Abelito, le descargó un brutal estacazo en la cabeza.

—De qué te ríes, gilipollas. Te hace gracia haber matado a un vigilante, ¿no?

Después de escupir estas frases, volvió a salir y a cerrar el cerrojo con estruendo.

Abelito no reaccionó. Al cerrarse la puerta, se echó la mano a la cabeza y vio que tenía sangre. Comenzó a apretarse la herida con la mano tratando de cortar la hemorragia que le chorreaba por la cara. Sabía que las heridas en la cabeza son muy aparatosas. Cortó con las manos un trozo del faldón de la camisa y, doblándolo sobre sí mismo cuatro o cinco veces, creó un apósito,

escupió sobre él y se lo colocó directamente sobre la herida. Acto seguido, colocó la cabeza con el apósito contra la pared y comenzó a empujar con todas sus fuerzas. Abelito, acostumbrado a las pedradas desde niño, sabía que apretando fuerte y aguantando el dolor conseguiría cortar la hemorragia y disminuir el chichón.

Aperreado en esas operaciones andaba Abelito cuando la puerta volvió a abrirse. Abelito estaba de espaldas, con la cabeza contra la pared, y ni se volvió. Al fin y al cabo, no esperaba visitas. Sin embargo, el olor a perfume que invadió repentinamente la celda le hizo notar la presencia de alguien diferente. Al darse la vuelta, se encontró con la mirada inquisitiva del canónigo.

—¿Te duele mucho? —preguntó el canónigo.

—Un poco —contestó Abelito.

—Yo sé que no fuiste tú el que mató al vigilante. Por eso he venido a ayudarte. Pero para poder defenderte, necesito que tú me ayudes a mí. ¿Qué te parece?

Abelito, apretándose la herida con la mano, aseveró:

—Yo no puedo ayudarle a usted porque soy tonto.

—Ya, ya me ha dicho don Crispulo que eres un poco retrasado. Pero lo que necesito de ti puedes hacerlo perfectamente. ¿Tú sabes quién ha inducido al pecado a doña Leocadia, la hermana de don Crispulo?

Abelito se cambió de mano para seguir presionando la herida y dijo:

—Yo no sé nada.

—Piénsalo bien, Abelito. Si me dices quién ha sido, yo te saco de aquí en menos de una hora. Si no me lo dices, me marcho y el próximo que abra esta puerta será el juez militar para llevarte ante el pelotón de fusilamiento.

La cabeza de Abelito echaba humo. Solo pensaba en la falta que le hacía la compañía de Dimas. En estas situaciones él siempre tenía una salida airosa, pero ahora no estaba allí y él no sabía qué hacer.

Sin embargo, la suerte a veces tiende su manto caprichoso sobre los inocentes y, cuando Abelito estaba a punto de rendirse y contarlo todo, del agujero de la pared salieron los dos ratones persiguiéndose y tratando de disputarse el coscurro de pan. Fue solo un segundo, pero lo suficiente como para que el canónigo, que por lo visto tenía pavor a los roedores, comenzara a dar brincos y a gritar como un poseso al tiempo que aporreaba la puerta de la celda tratando de reclamar la presencia del vigilante. Ver a ese canónigo, con su sotana, su faja y su capelo, dando brincos y aporreando la puerta como si

lo estuviera atacando un león era una escena ridícula, pero Abelito había aprendido la lección y se esforzó en no soltar ni una carcajada.

Tras unos minutos en los que Abelito ya no podía retener más la risa, volvió el vigilante, y fue como si al canónigo le abrieran las puertas del cielo. Salió de la celda de un último brinco cerrando la puerta tras él con estrépito.

A los pocos minutos, volvió a abrirse. Abelito se tensó pensando que vendría de nuevo el vigilante con su estaca, pero no era eso, e hizo su entrada un hombrecillo vestido con un guardapolvo blanco que resultó ser un médico.

Increíblemente, alguien lo había avisado de lo de la herida de la cabeza y venía a echarle una ojeada.

Retiró el apósito, vio la brecha, puso mala cara y comenzó a mover la cabeza. Tras un suspiro hondo, sacó hilo y aguja y una botella con alcohol de un viejo maletín que traía consigo. Desinfectó la herida echándole un buen chorro de alcohol puro sobre la cabeza, por el mismo procedimiento desinfectó la aguja y el hilo y, como el que zurce un calcetín roto, sin pedir permiso, se puso a dar puntos en los bordes de la herida.

A Abelito le dolían los pinchazos y le ardía la herida como si lo estuviera mordiendo una lamprea y, para postre, una gota del alcohol que había resbalado por la frente hasta sortear la ceja le entró en la comisura del párpado derecho produciéndole una irritación insoportable. Pero no le importaba. Estaba tan pendiente de lo que por lo bajini le estaba diciendo el hombrecillo vestido de médico que, si hubiera entrado en la celda un mariachi con su guitarrón, ni lo habría mirado.

Mientras el médico pasaba y repasaba la aguja por los bordes de la herida, le iba diciendo a Abelito que Dimas estaba afuera, en la calle, que Dimas y él eran amigos desde jóvenes y que por eso le traía de su parte un mensaje. El mensaje decía: «Abelito, estate tranquilo que muy prontito te sacaré de ahí. Y por la noche no te duermas y quédate pendiente del tragaluz».



Se van los alemanes

Primero fue un cuchicheo, luego fue un rumor y finalmente un ir y venir de soldados recogiendo a toda prisa el campamento. Los alemanes se marchaban. Hacía días que el Águila había anunciado que el frente de guerra se trasladaba y, en consecuencia, las fuerzas de retaguardia debían hacerlo también.

Si la llegada al pueblo de estos jóvenes soldados alemanes fue inesperada, su marcha lo resultó aún más. El paso del tiempo había creado lazos afectivos entre la población y los soldados que la repentina partida amenazaba con desanudar.

Las numerosas parejas hispanoalemanas surgidas en estos meses iban a sufrir una traumática prueba de separación. Los niños que habían creado una comunidad de intereses con casi todos los soldados iban a ver bruscamente cortados sus abastecimientos de calderilla, caramelos y chocolatinas. También se iban a terminar los emocionantes paseos subidos en los parachoques de los *jeeps* o en la rueda de repuesto de las motos con sidecar. Para los niños y para las mozas del pueblo, el parque de atracciones de la guerra iba a cerrar sus puertas.

Fulgencio el alcalde se debatía entre dos emociones: por un lado, le hacía feliz que esos forasteros, con sus reglas y costumbres extrañas, abandonaran el pueblo permitiendo que sus habitantes recobraran la tranquilidad; pero, por otro, no le quedaba más remedio que admitir un cierto grado de tristeza, pues la llegada de esa cincuentena de jóvenes con sus risas y sus bromas había venido a paliar la tristeza de las ausencias de la guerra.

Fulgencio, como alcalde, se encontraba en una duda; no sabía si organizar una pequeña fiesta de despedida o simplemente acercarse al campamento a decirles a los alemanes: «Adiós muy buenas».

Valorando pros y contras estaba Fulgencio cuando oyó una voz de mujer en el portal que lo llamaba. «¿Una mujer en esta casa? —pensó—. Hace por lo menos diez años, desde la muerte de mi mujer, que no se oye una voz de

mujer entre estas cuatro paredes.»

—¿Quién va? —dijo a modo de saludo.

—¡Somos nosotras! —fue la respuesta.

A pesar de la ambigüedad de la réplica, fue suficiente para que Fulgencio supiera de quién se trataba. Sin lugar a dudas eran las Lombrices. En efecto, al llegar al descansillo las pudo ver de frente: allí estaban las tres vestidas de luto.

—Os acompaño en el sentimiento —indicó el alcalde—. Vuestro padre era un gran hombre. Para mí, como alcalde y como persona, el mejor hombre de este pueblo. Y lo sé porque fuimos juntos a la escuela y desde entonces nunca lo he visto hacer ni decir nada malo. Lo siento mucho. ¿Qué puedo hacer por vosotras?

—Pues la verdad es que acudimos a ti como último recurso —respondió Manuela, la mayor—. Estamos desesperadas y no sabemos qué hacer.

—Pasad a la cocina y vamos a tomar un café, que lo tengo recién hecho.

Entraron en la cocina, que era amplia y espaciosa, y se sentaron las tres en un gran banco castellano situado delante de una amplia mesa de madera oscura, cerca de la lumbre.

—Mientras yo os preparo los tazones, me podéis ir contando lo que queréis.

—Queremos... ¡El cura es un sinvergüenza! —lanzó Remedios con toda su furia.

—¡Cállate, Remedios! —la contuvo Manuela—. No perdamos las buenas formas que padre nos enseñó. Mira, Fulgencio, estamos en una situación sin salida. Por un lado, mi padre antes de morir nos dejó escritas sus últimas voluntades. Y allí bien clarito lo pone: nos encomendó que no metiéramos su cuerpo en un hoyo. Ya sabes la manía que les tenía. Y nos daba dos soluciones: que o bien entregáramos su cuerpo a la ciencia o se lo echáramos a los animales.

—En resumidas cuentas —terció Pacita, la pequeña—, que no sabemos qué hacer con el cuerpo y encima el cura se niega a rezar el responso si nosotras estamos presentes. No nos deja ni entrar en la iglesia. Dice que somos el demonio y que allí, mientras él esté, no vamos a poner un pie nunca.

—¡Pues sí que tenéis un buen panorama! Dejadme pensar un poco a ver si se me ocurre alguna salida. ¿Qué os parece el café? Es bueno, ¿eh? Es portugués, me lo traen de contrabando.

A las tres hermanas, entristecidas y furiosas, no les interesaba nada hablar

del café porque, además, a ninguna le gustaba. Pero Fulgencio seguía con su perorata, tratando de ganar tiempo y de paso distender algo la situación.

—Es un café torrefacto, es más fuerte que el normal. Dicen que lo tuestan con azúcar y que por eso se sube más a la cabeza. A mí no me afecta, yo me tomo un buen cuenco antes de dormir y duermo como un jamón.

Las tres hermanas comenzaban a ponerse nerviosas. Todas movían el culo en el banco, incómodas, pensando que al alcalde se le había ido la cabeza. Pero de pronto, y a bocajarro, Fulgencio lanzó una pregunta:

—¿Vosotras qué tal os lleváis con los jefes alemanes?

—¿Con el coronel Otto? Pues con el coronel Otto muy bien. Y con el capitán Otto también —contestó Manuela.

—Y con el sargento Otto y el cabo Otto, estupendamente —añadieron Remedios y Pacita, casi a coro.

—¿Todos se llaman Otto? —preguntó el alcalde—. Qué casualidad.

—No sabemos cómo se llaman —reconoció Manuela—. A mí, como era incapaz de pronunciar sus nombres, se me ocurrió esa solución: a todos los llamaría «Otto». Y, desde entonces, los llamamos así y ninguno se ha quejado.

—Pues o mucho me equivoco o ahí tenéis la solución —dijo el alcalde.



Habeas corpus

Contra todo pronóstico, Dimas y el doctor Camacho se conocieron en un burdel. A principio de los años treinta, en la glorieta de Atocha de Madrid, en un piso señorial con vistas a la plaza, un grupo de señoritas llegadas de París abrieron un elegante burdel. Fue una conmoción entre la población masculina adinerada de la capital. Estas señoritas sofisticadas traían consigo una novedad cultural: además de hablar francés, lo practicaban.

Dimas y el doctor Camacho, que entonces eran unos jovencitos, acudían a esa casa por distintos motivos. El doctor Camacho, con su carrera recién terminada y algo de dinerito en el bolsillo, acudía atraído por la novedad; Dimas, que en esa época aún conservaba restos de visión, acudía al burdel para tratar de revender su turno.

Y es que ese era el procedimiento: cuando los clientes llegaban al piso, una oronda encargada, muy bien vestida y perfumada, les proporcionaba un número grabado en una moneda metálica. Con ese número en el bolsillo, los clientes pasaban a un gran salón adornado con espejos y sofás de terciopelo y un pianista, y allí, fumando y charlando, esperaban su turno como en una barbería.

Por ese salón desfilaba la flor y nata de la capital: ministros del Gobierno, banqueros y hasta el mismísimo Ramón y Cajal (gloria de la ciencia española y premio nobel), que tenía su despacho en el vecino Hospital de San Carlos, eran clientes habituales.

Entre esa selecta clientela encontraba Dimas la ocasión de ganarse unos buenos duros: llegaba temprano, conseguía números bajos y esperaba pacientemente la mejor oferta para revenderlos. En una de esas esperas, Dimas y el doctor Camacho se conocieron y se hicieron amigos. A pesar de su diferencia de recursos, compartían una edad similar y una visión de la vida parecida. Gracias al doctor Camacho, Dimas tuvo acceso a la consulta de algún oftalmólogo que, desafortunadamente para él, solo certificó su inexorable y próxima ceguera.

Fueron días intensos en los que tejieron una amistad que el paso de los años no había deteriorado. Curiosamente, la guerra y las circunstancias les habían hecho coincidir en ese pequeño pueblo.

Dimas tenía un plan para sacar de allí a Abelito, pero para conseguirlo necesitaba un poco de suerte. Debía conseguir hablar a solas con el juez de paz. Esa era su única oportunidad para lograr que actuara como juez y no como un instrumento en manos de oscuros intereses.

Felizmente, un ataque de hemorroides vino en su ayuda. El juez Maroto, con las posaderas enfurecidas, estaba en la consulta de su amigo Camacho. Dimas recibió el mensaje de su amigo a través de Cacarique y cuando el juez se estaba despidiendo del médico en la puerta de su consulta, se hizo el encontradizo.

El doctor Camacho les presentó y, acto seguido, los dejó a solas. Dimas, con mucha habilidad, planteó al juez su amistad con Abelito, su fe en su inocencia y, sin darle demasiada importancia, sacó a relucir sus estudios de Derecho y la posible petición del *habeas corpus*.

El juez, con el dolor de las hemorroides atenuado por los emplastos de láudano del doctor Camacho, tomó conciencia del asunto en el que estaba metido: por un lado, tenía las presiones de los vigilantes del cuartelillo por la muerte de un compañero; por otro, las del canónigo que buscaba incriminar de alguna manera a ese mendigo para vengar su agresión; por último, este ciego recién llegado que, a las claras, le había planteado la posibilidad de solicitar un *habeas corpus*.

El juez Maroto, aunque por causa de la guerra estuviera ejerciendo su oficio en ese pueblacho, era un juez de carrera y sabía perfectamente que el *habeas corpus* lo iba a obligar a revisar el caso con rigor y a tomar la decisión de poner en libertad al vagabundo si no encontraba motivo suficiente de arresto.

Podría pensarse que en una guerra, cuando la vida de cualquiera vale menos que la bala que se la arrebatara, semejante legalismo estaba fuera de lugar, pero eso significa no conocer en absoluto la mentalidad de los hombres del Derecho. Un juez, incluso el más corrupto, tratará siempre de mantener las formas. En eso, los jueces y las fajas de las señoras se parecen mucho.

El *habeas corpus* es un instrumento legal cargado de historia que ningún juez de carrera podría pasar por alto. Y el juez Maroto, con hemorroides o sin ellas, no lo iba a hacer.

Al llegar a su despacho, tomó asiento sobre la cámara hinchada de una

rueda de coche y pidió la carpeta con las averiguaciones del caso. Tras estudiar detenidamente los hechos y las declaraciones de los testigos y del inculcado, llegó a la conclusión de que era altamente improbable que un hombre fuerte, que acababa de cometer un crimen, permaneciera en el lugar de los hechos auxiliando a su presunta víctima hasta que llegaran los vigilantes a detenerlo. Por otro lado, en el expediente tampoco se aclaraba el paradero del arma homicida ni el de los dos presos que en el momento de los hechos compartían la celda y que se dieron a la fuga.

El juez, con gesto de dolor, recolocó sus posaderas sobre la rueda de goma, se quedó pensativo por un momento, cogió la pluma estilográfica y, sobre el papel del expediente, escribió con letra mayúscula la palabra «CULPABLE».



Duelo y dolor

El Águila estaba tan preocupado que llevaba días sin tocar el acordeón. Dimas no daba señales de vida y nadie sabía nada de él. Estaba seguro de que su tardanza tenía que ver con complicaciones de Abelito y eso le preocupaba aún más. La radio llevaba días dando noticias de movimientos de tropas cerca del frente. Al parecer, en esa zona se estaban produciendo escaramuzas cada vez más sangrientas.

La liberación del Alcázar había espolado el avance de las tropas que venían de Extremadura en dirección a Madrid. De hecho esa era, seguramente, la verdadera razón de la precipitada marcha de los alemanes. Sin embargo, como no hay mal que por bien no venga, las Lombrices vieron en la partida de los alemanes una posibilidad de resolver la enmarañada situación en que se encontraban.

Por eso a las siete de la mañana ya estaban las tres en el campamento decididas a hablar con el coronel Otto, aunque previamente habían sacado de la cama al teniente Florido para que les hiciera de traductor.

En el momento en el que el coronel Otto bajó de su camión, en camiseta y con la toalla en el cuello, Manuela se dirigió a él. Tras el saludo de rigor, la Lombriz Mayor le expuso las circunstancias del callejón sin salida en el que se encontraban las tres hermanas tras la muerte de su padre. Solicitaban de él autorización para poder utilizar su horno portátil de fundición para incinerar a su padre.

El militar alemán, que se consideraba en deuda con ellas por múltiples razones, tras estudiar someramente el caso, tomó la decisión de echarles una mano, dando las órdenes pertinentes para que la cremación del Tío Lombriz se llevara a cabo lo antes posible.

Resuelto el más urgente de sus problemas, Manuela se decidió a abordar el segundo sin pérdida de tiempo. Con desparpajo, contó al coronel que las tres hermanas coincidían en que sin su padre ya no tenía sentido seguir viviendo allí, soportando presiones por su modo de vida, por lo que

solicitaban su ayuda para trasladarse. El coronel se comprometió a ayudarlas discretamente, dejándoles un hueco en alguno de sus camiones.

Y es que, poco a poco, el pueblo se iba dando cuenta de que las cosas comenzaban de nuevo a tensarse. Menasalbas en ese momento lo comentaba con el alcalde, sentados los dos en el despacho del ayuntamiento. Decía el poeta que esos días le recordaban mucho a los meses previos al estallido de la guerra. Aquellos días llenos de tensión, de miedo y de rencor. Le recordaban las noches de las asambleas, de las discusiones y de las broncas y de cómo al final, por milagro y con la ayuda de todos, se consiguió que no corriera ni una sola gota de sangre.

Tras la llegada de don Crispulo, el ambiente se estaba enrareciendo y las tensiones entre las gentes amenazaban con volver de nuevo a las esquinas. El grupo de hombres de Acción Católica, que hasta hacía unos meses eran solo un rebaño de beatos cincuentones que se reunían por la noche para cantar el miserere, con la llegada del cura habían retomado sus antiguos bríos y andaban de nuevo sacándole brillo a sus corrajes y a sus escopetas del Somatén.

Fulgencio el alcalde apenas prestaba atención a los agoreros presentimientos de Menasalbas. Él estaba más preocupado por las consecuencias que la salida apresurada de los alemanes iba a tener para su pueblo. La experiencia de la guerra le había enseñado que, para estos pequeños pueblos, cualquier marcha de convecinos supone un desgarramiento del ánimo. Y el ánimo alto es un tesoro imprescindible a la hora de afrontar una vida tan dura. A ojos de los que se quedan, los que se van caminan siempre hacia mundos nuevos, con cielos azules y perros atados con longanizas, y cuando se quedan solos y se miran al espejo se ven a sí mismos como sumidos en el tedio y la rutina, y esa mirada melancólica les proporciona una sensación de derrota, de desamparo que se mete como un gusano en la cabeza y del que es muy difícil desprenderse.

La gente del campo sabe que es el ánimo alto el que saca las patatas de la tierra, riega las judías, limpia el estiércol de los cerdos y ordeña las cabras. Sin ese estado de ánimo, se secarían los racimos en las parras.

En medio de esas cavilaciones llegó el golpe más duro. Llamaron a la puerta. Era el Águila, que traía un pañuelo en la mano y los ojos llenos de lágrimas. Venía arrastrando los pies, acompañado de Cacarique, el mendigo pelirrojo que acababa de volver. A la pregunta de «¿Qué ha pasado?» realizada por el alcalde, el Águila no tuvo fuerzas para responder y estalló en

sollozos. La respuesta la tuvo que dar el mendigo, y fue un cuchillo en el aire:
—¡Han fusilado a Abelito!



Como las buganvillas

—Debió de ser de madrugada —afirmó Dimas—. Se ve que en la estación de Porquerizas habían detenido a los dos desertores que mataron al vigilante tratando de salir para Madrid y, tal como los cazaron, los soldados los trajeron a Nonvuela. Nada más llegar, el juez Maroto les tomó declaración y en media hora los mandó fusilar.

»Me han contado —siguió el ciego— que al salir por la puerta del ayuntamiento, los desertores se resistían, pero que, a tirones y cogotazos, los soldados los metieron en una camioneta.

Al llegar a este punto del relato Dimas tuvo que detenerse; la emoción no lo dejaba continuar. Finalmente, con la voz entrecortada, prosiguió:

—Cuando ya iba a arrancar, el juez se volvió, mandó abrir la celda de Abelito y, sin mirarlo siquiera, les dijo: «¡Llevaos a este también!».

El doctor Camacho no podía creer lo que su amigo le estaba contando. El médico no entendía las prisas ni el comportamiento del juez, al que hasta ese momento tenía por una persona recta.

El reloj de la consulta dio las siete de la mañana. Dimas estaba destrozado y las lágrimas le manaban de sus ojos inútiles mansamente sin que el resto de la cara demostrara la menor emoción.

—¡No me perdonaré nunca! ¡La muerte de Abelito no me la perdonaré nunca! —repetía una y otra vez—. Yo lo metí estúpidamente en la boca del lobo. Yo lo metí, solo y desamparado. —Y, tras un momento de silencio, retomaba el hilo—. Y ahora que creía que estaba a mi alcance poder echarle una mano... Soy tan ingenuo, tan tonto, que me voy a dormir un ratito... y en ese ratito justo se lo llevan al pelotón de fusilamiento.

Su amigo lo escuchaba a su lado moviendo la cabeza de vez en vez. En las pausas, el médico trataba de levantarle el ánimo, aunque fuera infructuosamente.

—Yo creo que no debes culparte de la muerte de Abelito. Tú hiciste lo que pudiste y nadie podía saber lo que iba pasar.

Una piedra resonó en uno de los cristales de la puerta. Estaba amaneciendo y, aunque la luz no era plena, el jardín de atrás de la casa se veía bastante bien. Dimas saltó como si le hubieran puesto un resorte.

—¡Abelito! —exclamó sin dudar.

—¡Chsss! —intervino el doctor Camacho—. ¿Hay alguien ahí?

El movimiento de unos arbustos así parecía indicarlo. El doctor se acercó cautelosamente a los arbustos y, al ver lo que ocultaban las ramas, no pudo reprimir una exclamación: «¡Dios mío!».

Como pudieron, entre Dimas y el médico introdujeron al herido en la sala de curas. Venía como un Cristo, completamente ensangrentado. La hemorragia era tan grande que no se encontraba fácilmente el origen. Tras media hora de exploración y limpieza, el doctor llegó a la conclusión de que se encontraban ante un milagro. Las balas explosivas del pelotón de fusilamiento debían de haber estallado en su mayoría sobre los dos hombres que lo flanqueaban. El brutal impacto de los proyectiles sobre los cuerpos debió de producir un efecto similar al estallido de una sandía, y la lluvia de sangre producida cubrió completamente al hombre situado en el centro: Abelito.

A pesar de lo impresionante de su aspecto, solo tenía una herida en el hombro izquierdo, cerca del corazón, que, a falta de una exploración más minuciosa, parecía que había producido destrozos en huesos y músculos, pero sin dañar el órgano vital ni las venas adyacentes. En un grado menor de gravedad, traía otra herida en el muslo de la pierna del mismo lado y cortes en los dedos de las manos producidos seguramente al tratar de liberarse del alambre con el que estaba unido a sus dos compañeros de fusilamiento.

Dimas cogía la mano de Abelito y se la besaba, le tocaba la cara con sus manos temblorosas. La ceguera es una limitación terrible, pero hay momentos en la vida de un ciego en los que la falta de visión se convierte en insoportable. El doctor Camacho lo dejaba hacer. Entendía que Dimas solo tenía sus manos para ver y, a pesar de la sangre y de los peligros de infección, estaba actuando con la emoción y dulzura de un padre delante de un hijo desaparecido.

Abelito, seguramente impresionado por la brutal experiencia, le apretaba con fuerza las manos mientras mantenía los ojos exageradamente abiertos e inexpresivos sin decir nada. El médico explicó que probablemente había perdido el habla.

Tras la dolorosa cura y detenida la hemorragia, el doctor Camacho le

suministró a Abelito una buena cantidad de éter, la suficiente como para dormir a un caballo. Apagó la luz, cerró las cortinas y, después de echarle la llave a las puertas de la consulta, subió acompañado de Dimas al piso de arriba, donde el médico tenía su casa.

Sin embargo, mientras subían por la escalera, Dimas se dio cuenta de que habían dejado un cabo suelto. Se cambiaron rápidamente de ropa y, con la máxima discreción, se dirigieron a las tapias del cementerio, que era el lugar en el que solían tener lugar los fusilamientos. Al llegar, se les removieron las tripas.

En la proximidad de la tapia, pero fuera del recinto, había varias zanjas tapadas con tierra recién removida. A las claras se veía que había sido una noche terrible. La tierra amontonada formando pequeños bancales ocultaba a duras penas el horror. De los apresurados bancales sobresalía un zapato, un brazo o una chaqueta. No hacía falta ser un gran observador para darse cuenta de la precipitación y la escasez de luz con que se había realizado aquel brutal panorama.

Tras echar un vistazo, el doctor localizó en una esquina, junto a las tapias de ladrillo, un montón de tierra desparramado que dejaba ver claramente un hueco en una zanja. De allí, muy probablemente, había escapado Abelito. El gran hueco en la tierra removida, el rastro de sangre y las pisadas que salían de allí así lo señalaban.

El doctor Camacho y Dimas, a toda prisa y con la ayuda de un trozo de tabla que encontraron, además de con sus propios pies, taparon el hueco de la zanja, arreglaron el bancal y borraron las pisadas.

Nerviosos, y tras tomar resuello, arrastraron la tabla sobre la tierra fresca, cubriendo lo mejor que pudieron el rastro de sangre. Seguidamente borraron las pisadas que, alejándose de la tapia del cementerio, llegaban hasta las frondas de un arroyuelo cercano, donde definitivamente se perdían.

Terminadas estas faenas de camuflaje, se sacudieron las ropas y, rodeando el pueblo a buen paso, regresaron a la plaza por el lugar opuesto para no levantar sospechas.

Dimas daba muestras de agotamiento. Los nervios y el esfuerzo le hacían arrastrar los pies y respirar de forma entrecortada. Mientras caminaban, el doctor Camacho trataba de convencerlo de que, al llegar a su casa, se echara a dormir en su cama hasta que consiguiera reponerse.

Pero Dimas no lo escuchaba.

—¡Abelito es increíble! —decía, algo más reconfortado—. Es tan fuerte

como las buganvillas. Lo ves hecho un palo seco, vencido por las heladas, crees que de esta no sale, y a los dos días renace y ya está de nuevo dando flores.

—¡No cantes victoria, Dimas! —dijo el médico—. La herida del hombro es muy seria y puede haber complicaciones.

Pero Dimas, aunque agotado, era optimista:

—Donde hay vida, hay esperanza —decía—, y hace unas horas creía que estaba muerto.

Sin embargo, a Dimas aún le quedaba algo pendiente. Mientras se sacudía las perneras de los pantalones, le pidió a su amigo que, cuando viniera el juez a revisarse las hemorroides, fuera la hora que fuera, él pudiera estar presente.

El médico comprendió lo peligroso de esta petición, pero el estado de nervios de Dimas era tal que en ese momento no pudo contrariarlo.



Auf Wiedersehen

En la plaza había mucha gente arracimada alrededor de una columna de camiones militares. Por los pañuelos y las lágrimas, estaba claro que se trataba de una despedida. No obstante, y por si hubiera dudas, en la fachada del ayuntamiento, al lado de una bandera de España, en la pizarra donde se escribían los mensajes que el Águila escuchaba en su radio, hoy solo había escritas dos palabras: «AUF WIEDERSEHEN».

A pesar del calor asfixiante, alrededor de los camiones todo era un ir y venir continuo. Niños, soldados, mujeres jóvenes vestidas de domingo abrazándose y besándose con los jóvenes soldados en medio de las prisas. Un poco más apartados, apoyados en las paredes de las casas o sentados en los poyos de las puertas, grupos de hombres fumaban y comentaban la escena entre sonrisas.

De pronto, un *jeep* descapotable entró en la plaza y de él descendió el coronel alemán flanqueado por dos oficiales y el teniente Florido. A paso marcial, se dirigieron al grupito de autoridades que los esperaba a la puerta del ayuntamiento. Allí estaba don Crispulo el sacerdote, Menasalbas y Fulgencio el alcalde. Tras cuadrarse militarmente y hacer el saludo nazi, Fulgencio entregó al coronel un jamón orlado con las banderas de España y Alemania. Don Crispulo hizo lo propio, saludo nazi incluido, con una imagen de la Virgen bordada sobre un paño por las beatas. Finalmente Menasalbas, a título personal, regaló al coronel un ejemplar del *Quijote* con un añadido en verso de su propia cosecha.

Terminado el pequeño acto, nuevos taconazos, nuevos saludos nazis y, cuando el coronel en pie se acomodó en el *jeep*, la comitiva se puso en marcha mientras el aire caliente de la plaza se llenaba de sollozos y pañuelos blancos.

Desde el interior del último de los camiones, las hermanas Lombrices lloraban desconsoladamente, acordándose de su padre y dirigiendo sus últimas miradas al pueblo que las había visto nacer.

Menasalbas se lamentaba de no tener en el pueblo una pequeña banda de música para esos momentos. Decía el poeta que la música es la voz del espíritu y que por eso, incluso por encima de la poesía, la música es capaz de emocionar a cualquier ser humano, tenga el credo que tenga y hable el idioma que hable.

Fulgencio el alcalde no tenía el cuerpo para tan elevadas consideraciones. Él, como regidor, miraba de lejos las eras próximas al cementerio, donde hasta hace pocas horas acampaban los alemanes, y las veía desiertas, cubiertas de despojos, y ese panorama le suministraba una cierta sensación de tristeza.

De pronto, el alcalde se dio cuenta de que el cura había acudido solo. Le extrañó la ausencia de su hermana en el acto de despedida de los alemanes.

—No ha venido con usted doña Leocadia, ¿se encuentra bien?

Don Crispulo, oliéndose la pregunta, traía preparada la respuesta:

—Mi hermana está pachucha. Desde hace años padece fiebre del heno y con estos calores, de vez en cuando, tiene una crisis. No es grave, pero resulta molesto.

No habían andado cien metros cuando de lejos vieron venir a doña Leocadia. Venía en bata, cojeando por haber perdido una de las chanclas y con el moño deshecho. Al llegar a su altura, se dirigió directamente a su hermano y le soltó una bofetada. Fulgencio y Menasalbas, como pudieron, trataron de sujetarla.

—¡Has sido tú! ¡Tú eres el culpable! —gritaba mientras trataba de soltarse.

Don Crispulo, rojo como la faja de un obispo, se protegía con las manos del vendaval de golpes que le caía encima. El pobre cura solo atinaba a decir:

—¡Cálmate, Leocadia, cálmate! —Pero Leocadia no se calmaba.

Finalmente el alcalde, armándose de valor, agarró a la beata por la cintura con todas sus fuerzas y, levantándola al peso en el aire, consiguió inmovilizarla. Un poco más aquietada, entre jadeos y llantos, consiguió responder a las preguntas del alcalde. Y sus palabras cayeron en la plaza como una piedra grande sobre un barreño de harina.

—¡Abelito ha sido fusilado y la culpa es de él! He leído las cartas que le ha mandado al canónigo de Nonvuela. ¡Ha sido él! —Fue terminar estas frases y comenzar un llanto histérico, con gritos y convulsiones.

—¡Cállate, Leocadia! ¡Te conmino a que te calles! —gritaba don Crispulo fuera de sí, como en un exorcismo.

Tan mal se ponían las cosas que Fulgencio llamó a otros hombres que, con no poco esfuerzo, consiguieron finalmente inmovilizarla. Menasalbas echó mano de sus pastillas para dormir y le metió dos en la boca. Le tapó la nariz y la pobre mujer no tuvo otro camino que tragarlas.

Fue mano de santo. A los pocos minutos, las convulsiones fueron cesando y doña Leocadia se quedó como hipnotizada, con la mirada perdida pero mansa y dócil como un perrillo de peluche.

Algunas beatas, al ver la situación, se habían ido acercando tímidamente y, al ver que la hermana del cura estaba más calmada, la cogieron del brazo y, siguiendo los pasos de un atribulado don Crispulo, se encaminaron hacia la casa parroquial.

Fulgencio y Menasalbas se miraban sin dar crédito a lo que acababan de vivir.

—¡Han fusilado a Abelito! —atinó a decir Menasalbas—. Y esta mujer ¿cómo lo sabe?



Justica acomodaticia

El Águila no cabía en su casa. La noticia del fusilamiento de Abelito le había sacado de quicio y daba vueltas y vueltas en el pasillo como una avispa dentro de un frasco. A pesar de que Cacarique le había jurado y perjurado que Dimas estaba bien, el Águila no se encontraba a gusto sin hacer nada.

Cogió la mochila de su época de pastor, metió dentro una muda, un pan, un poco de queso viejo y una botella de vino y se puso en marcha camino de Nonvuela. Al llegar a la cañada, escuchó un silbido a su espalda. Era Cacarique, que, después de haber dado la noticia, regresaba junto a Dimas para servirle de lazarillo.

Por el camino, para tranquilizarlo, le fue contando la relación de amistad que existía entre Dimas y el doctor Camacho, de la que el Águila no tenía noticia. A pesar de ser hermanos, Dimas estuvo muy enfadado con su padre durante varios años, en los que permaneció lejos del pueblo. En esos años nadie sabe dónde estuvo, pero por algún detalle que se le escapó a Dimas en alguna conversación, el Águila sabía que su hermano debió de pasar tiempo en Madrid, aunque desconocía los detalles de esa estancia.

A medida que iban acercándose a Nonvuela por la cañada, se iban encontrando grupos de gentes que huían de la nueva línea del frente. Todos contaban que las tropas que subían por Extremadura avanzaban por las cañadas y las carreteras en dirección a Madrid, y que al avanzar en esa dirección, se iban encontrando focos de resistencia en los que se entablaban escaramuzas que a veces duraban días y que terminaban siempre con decenas de muertos.

El Águila, que había empezado el viaje preocupado, a medida que se iban encontrando los grupos de refugiados cargados con enseres, niños y perros, iba deprimiéndose y metiéndose más en sí mismo. La preocupación por su hermano ciego le llevaba a su juventud y al terrible momento en el que su padre lo echó de casa. Desde ese día, aunque nunca se lo había dicho a nadie, el Águila se sentía culpable. A pesar de que en esa época él estuviera en esa

mili interminable y fuera su padre el que en un momento de ira lo echara a la calle, su hermano casi ciego era apenas un niño. El Águila tenía la impresión de que, a su vuelta del ejército, tal vez debería haberlo buscado. Si no en ese momento, al menos en los años posteriores.

Cacarique estaba cansado y, al subir a una loma, sentados sobre una cerca, se detuvieron a echar un trago. El Águila sacó su hogaza de pan y el queso viejo y cada uno con su navaja, y mirando el llano, comieron en silencio durante un buen rato disfrutando de la panorámica.

Cuando estaban a punto de reemprender la marcha, del interior de la finca a la que pertenecía el cercado en el que estaban sentados salieron algunos soldados. Eran milicianos que huían de la quema y que, hambrientos como perros, se acercaron a pedirles algo de comer. El Águila les dio el pan, el queso y todo lo que les quedaba de vino, y los milicianos, en correspondencia, les contaron los pormenores del fusilamiento de la otra madrugada.

Los milicianos de este grupito se habían librado por los pelos de ser detenidos y fusilados, como lo fueron muchos de sus compañeros que esperaban en Porquerizas el tren hacia Madrid, que nunca llegó. Ellos pudieron escabullirse escondiéndose entre la maleza. La caída de la noche vino en su auxilio y allí, al amparo de las sombras, vieron cómo los soldados abrían las zanjas, organizaban el pelotón de fusilamiento y cómo, a la luz de los faros de un camión, iban disparando, llenando y cubriendo las zanjas.

Algunos aseguraban que, mezclados con los militares, andaban un canónigo y un juez gordito que se movía muy despacito.

Cuanto más detalles escuchaba el Águila, más se le encogía el estómago. Tan mal se encontraba que, de repente, tuvo que salir corriendo a vomitar sobre una zarza, pero cuando regresó junto a Cacarique, los milicianos ya se habían escabullido de nuevo entre las encinas de la finca.

La tarde caía cuando, allá en la lejanía, comenzaron a verse algunas luces que indicaban la localización del pueblo de Nonvuela. Llegaron discretamente y, de la misma forma, dieron con la consulta del doctor Camacho. Llamaron a la puerta y, tras escuchar toses que se acercaban, sintieron el ruido de la cerradura. Les abrió el doctor en persona, quien, al reconocer a Cacarique, los hizo pasar al interior lo más rápidamente posible.

Una vez dentro y con el dedo índice sobre los labios en señal de silencio, les hizo gestos para que lo siguieran por la escalera hasta subir a la planta superior.

En el piso de arriba, en una habitación en penumbra, vieron a Dimas, sentado en un viejo sillón. El abrazo del Águila y de Dimas fue muy intenso y sentido. Los dos hermanos, con los ojos húmedos, permanecieron abrazados sin decir palabra durante un buen rato.

—¿A qué has venido aquí? ¿No sabes que esto es peligroso? —preguntó Dimas.

—Ya sabes que a mí no me gusta estar sin hacer nada. Se han ido los alemanes y las gallinas llevan días tan disgustadas que no ponen ni un huevo —se justificó el Águila.

»¡Cómo siento lo de Abelito!, ¡qué injusticia, un hombre tan bueno! Abelito, en cierto modo, ¡también era tu hermano! —aseguró el Águila.

Dimas esbozó una sonrisa.

—En eso estás equivocado. Abelito no era mi hermano, Abelito «es» mi hermano.

El Águila y Cacarique se quedaron desconcertados.

—¿Has dicho «es»? O sea, ¡que está vivo!

Dimas se llevó el dedo a los labios y, a media voz, les contó en dos palabras la resurrección de Abelito.



Noviembre

Y pasaron los meses y se fueron las cigüeñas. Las nubes furiosas del otoño mojaron los tejados y azotaron con saña los campos. Hubo granizo y hasta heladas tempranas. El humo nuevo de los sarmientos calentaba las lumbres de las casas y los pastores veían en el aliento de los corderos los primeros vahos del invierno.

El pueblo, bajo los cielos plomizos, estaba triste. La gente se movía a voluntad de las nubes. Si se escondían y salía el sol, el pueblo llenaba las calles y las plazas. Cuando volvían y comenzaban a caer las mantas de agua, los lugareños asaban patatas envueltas en papel de estraza al amor de la lumbre.

Don Crispulo, desde aquella esperpéntica escena de la plaza con su hermana, apenas se dejaba ver. Decía la misa muy temprano y el resto del día permanecía escondido en su casa, fingiendo una enfermedad contagiosa, y de esa manera evitaba el contacto directo con los feligreses.

Por las esquinas circulaban los rumores. Y los había de todos los colores. Había quien afirmaba que doña Leocadia se había vuelto loca; otros, que ella no era hermana de don Crispulo, que su relación era un concubinato y que la historia con Abelito poco o nada tenía que ver con el pecado y sí mucho con los celos.

Fuera como fuere, desde la escena de la plaza doña Leocadia cambió de vida. Se vistió de luto riguroso y adoptando una sonrisa como bandera, que antes nadie le había visto, siguió haciendo su vida normal.

Ante la tristeza y el decaimiento del pueblo, Menasalbas tuvo una idea y, sin pérdida de tiempo, pasó a contársela al alcalde. Al estar en fechas próximas al Día de los Difuntos, se trataba de convocar a las personas que quisieran participar en una representación de *Don Juan Tenorio*.

En realidad, dada la falta de tiempo, de medios y de presupuesto, el proyecto de Menasalbas estaba más cerca de ser una lectura dramatizada que una representación formal, pues con este modelo no sería necesario

aprenderse los textos de memoria.

Por otro lado, y como sería fácilmente deducible, la propuesta de Menasalbas llevaba implícitas un par de condiciones ineludibles: el papel de director y el de Don Juan Tenorio serían para él.

Fulgencio, preocupado por el tono macilento de sus paisanos, aceptó la idea, aunque sin demasiado entusiasmo. Una vez redactado el bando municipal y escrita con letra clara la convocatoria de voluntarios en la pizarra del ayuntamiento, la gente comenzó a rumiar su participación en la obra.

A pesar del escepticismo del alcalde, a las pocas horas ya se tenían candidatos para casi todos los papeles. Sin embargo, de una manera inesperada, un hecho vino a darle el empujón definitivo al proyecto: doña Leocadia se ofreció a Menasalbas para ser Inés de Ulloa.

A partir de esa iniciativa, el papel de Luis Mejía también tuvo un rápido pretendiente en Dimas, el mendigo. Para los criados tenía numerosos aspirantes, encabezados por Alfio, el sacristán, que quería a toda costa hacer de Ciutti.

Quedaba el papel de don Gonzalo, el padre de doña Inés, que tenía dos pretendientes. Estaba Brígido *el Águila*, que se lo sabía de memoria desde niño, y también Fulgencio el alcalde, que, si bien no se sabía el papel, tenía el as en la manga de ser alcalde.

Los ensayos fueron escasos y, con Menasalbas haciendo de Don Juan, cada representación se convertía en un rosario interminable de interrupciones, que el poeta protagonista utilizaba para tratar de meter en medio de los versos de Zorrilla sus propios versos. En ese tira y afloja del *Don Juan* de Zorrilla y el *Don Juan* de Menasalbas, se pasó la semana y llegó la noche del estreno.

Sentado delante de la iglesia estaba todo el pueblo. Por si faltara algo, antes de comenzar la representación llegaron de improviso en el coche del coronel alemán las tres hermanas Lombrices que, enteradas de la historia del cura y de su hermana, habían tomado la decisión de volverse a vivir de nuevo al pueblo.

La representación tenía como marco el atrio de la iglesia, y la escena del cementerio tendría lugar en el pequeño y antiguo cementerio anejo, en tanto que las escenas del Mesón del Laurel en la terraza de la casa parroquial.

La iluminación consistía en unas tiras de bombillas colgadas de arco a arco y un buen montón de velas para las escenas del cementerio. La música era cosa del Águila y su acordeón, pues esa fue la condición para cederle el papel de Gonzalo de Ulloa al alcalde Fulgencio.

La representación discurría con los actores acercándose y alejándose de las bombillas para poder leer los parlamentos. De vez en cuando alguna voz del público se dejaba oír diciendo «No se oye». Sin embargo, más allá de estos pequeños lapsus de sonido, la representación tenía embobado al pueblo.

La aparición de doña Leocadia, literalmente vestida de monja, causó un impacto brutal. Iluminada por la luz de las velas, la figura espigada de la beata tenía un aspecto fantasmagórico. Y por si su aspecto fuera poco impresionante, Leocadia se sabía desde niña sus parlamentos de memoria, lo que le daba a sus intervenciones un verismo del que carecían sus acompañantes.

Esta sensación aumentaba cuando muchos de los presentes adjudicaban a sus parlamentos una doble intención. La historia de doña Leocadia, Abelito y don Crispulo había tenido tal impacto entre los lugareños que era casi inevitable que cada cual hiciera sus propias interpretaciones.

Así, cuando Leocadia, en el papel de doña Inés, decía:

«No sé: desde que lo vi, Brígida mía, y su nombre me dijiste, tengo a ese hombre siempre delante de mí. Por doquiera me distraigo con su agradable recuerdo, y si un instante lo pierdo, en su recuerdo recaigo. No sé qué fascinación en mis sentidos ejerce, que siempre hacia él se me tuerce la mente y el corazón: y aquí y en el oratorio, y en todas partes, advierto que el pensamiento divierto...».

Entonces muchos de los presentes pensaban que doña Leocadia, en vez de hablar de don Juan, estaba pensando en Abelito.

Esta doble lectura de la obra tenía a la plaza hechizada, de forma que cuando en la escena del cementerio, al invocar a don Gonzalo de Ulloa, el personaje que se manifestó fue el mismísimo Abelito en persona, la consternación y hasta el espanto cundieron entre los espectadores.

El tumulto que se formó a causa de la fantasmal aparición del mendigo resucitado pudo tener resultados fatales: las gentes aterrorizadas salieron en estampida, llevándose a sus hijos hasta ir todos a parar a la iglesia, como si de la aparición del mismísimo diablo se tratara.



La fe del descreído

Desde uno de los balcones de la plaza, propiedad de Marino *el Beato*, escondido entre las cortinas, don Crispulo asistía en secreto a la representación de la obra. En el momento exacto en el que Abelito compareció en el cementerio a la invocación de don Juan, sustituyendo a don Gonzalo, el cura sintió un intenso y repentino calor en la nuca, seguido de un ahogo tan grande que dieron con su cuerpo en el suelo. Allí caído, con la cabeza sobre un tiesto de geranios, permaneció el sacerdote hasta que, un cuarto de hora más tarde, Marino *el Beato* lo encontró de regreso a su casa.

Mientras, doña Leocadia permanecía de pie y vestida de monja, entre las tumbas del cementerio, en estado catatónico. Fue escuchar la voz de Abelito, ver su figura iluminada por las velas, y convertirse instantáneamente en una estatua viviente.

Poco a poco Abelito se acercó a ella, la cogió de la mano y despacito, despacito, como el que pasea a un anciano, se la llevó hasta la casa parroquial, donde la sentó en un sillón sin dejar de mirarla.

Dimas, mientras tanto, acompañado por el Águila y por Menasalbas, trataba de organizar un plan para sacar al pueblo del estado de terror en el que, sin querer, lo habían sumido.

Fulgencio el alcalde estaba muy enfadado. Le parecía una traición contra él el plan que a sus espaldas se había tejido para presentar a Abelito. Al fin y al cabo, era el alcalde y, como tal, tenía la obligación de respetar la ley y hacerla respetar. Un alcalde no podía admitir que se hiciera aparecer en público y por sorpresa a un hombre que había sido ejecutado por orden de un juez.

Con este enfado clavado entre las dos cejas se dirigió a Menasalbas, al que, como director de la obra, hacía responsable de los hechos. Nada más toparse con él, sus palabras actuaron como un escopetazo.

—Menasalbas, dame una sola razón, una sola, para que ahora mismo no te meta preso en el calabozo.

—Pues Fulgencio, ahora que me lo preguntas, solo tengo una respuesta válida: ¡Mi única razón es el amor!

Al oír estas palabras, el alcalde, aún más enfurecido si cabe, volvió a interpelar al poeta.

—¡Menasalbas, sal de una puñetera vez de tu personaje! ¡Tú no eres don Juan Tenorio ni yo soy Gonzalo de Ulloa! ¿Tú quién te crees que eres para trastornar a todo un pueblo y llevarlo hasta la locura con una excusa semejante?

—Fulgencio, esta es la noche de Difuntos. Y yo esta noche soy don Juan Tenorio o, por decirlo con sus propias palabras, mis razones son un misterio: «Misterio es que en comprensión no cabe de criatura: y solo en vida más pura los justos comprenderán que el amor salvó a don Juan al pie de la sepultura».

En el interior de la iglesia, el pueblo apiñado rezaba un rosario dirigido por Alfio, el sacristán. Todos los allí reunidos estaban convencidos de que lo sucedido era una manifestación diabólica y que Abelito no era sino una encarnación del maligno en esa noche de Difuntos. Se habían rociado con agua bendita y rezaban convencidos de que aquella era la única manera de alejar de su pueblo la presencia del diablo.

Mientras hombres y mujeres rezaban a gritos, Dimas, Abelito y doña Leocadia entraron al templo por la puerta de la sacristía. Al ser descubiertos, el rezo se cortó en seco y se hizo presente un silencio lleno de tensión. Cada segundo que pasaba la tensión aumentaba. De vez en vez se escuchaban gritos aislados de terror, pero, antes de que renaciera la histeria y el pánico hiciera de las suyas, Dimas tomó la palabra.

—Queridos paisanos, todos me conocéis. Sabéis que desde niño he sido más un hombre de libros que un hombre de fe. Sabéis que Abelito era mis piernas, mis ojos y mis manos. Que Abelito era más que un hermano para mí. Pues bien, creedme si os digo que este hombre que tenéis delante es el mismo Abelito que todos conocíais. El hombre que tenéis delante no es un fantasma ni un muerto viviente. Abelito fue fusilado, pero no murió en Nonvuela. Ni está muerto ni lo ha estado nunca.

El silencio en ese templo tenía la misma solidez que los sillares de piedra de las paredes. Dimas, a tientas y con mucho cuidado, fue descubriendo poco a poco el hombro herido de Abelito. De un tirón seco arrancó los bordes de los esparadrapos que cubrían la herida.

—¿Habéis visto alguna vez que al diablo le peguen dos tiros así? —Y, subiendo el tono de voz para que se lo oyera hasta en las partes más alejadas

del altar, remató su discurso diciendo—: ¡Acercaos los incrédulos! Y si aún tenéis dudas, haced como hizo santo Tomás: ¡venid y meted vuestros dedos en la herida!

Los murmullos de aprobación dieron pábulo a sus palabras. En el fondo de la nave, escondido tras las columnas del pequeño baptisterio, estaba don Crispulo, que había entrado sigilosamente al templo por la puerta trasera del coro.

Al oír estas palabras, salió de su refugio y con paso lento pero firme se acercó al altar mayor, donde estaban Dimas, Abelito y doña Leocadia. El silencio que lo acompañaba hacía resonar sus pasos. A medida que avanzaba por el centro de la nave de la iglesia, la gente se iba apartando, al tiempo que la expectación aumentaba.

Al llegar a la altura del grupo, don Crispulo acercó su mano lentamente a la herida mientras Abelito mantenía su mirada al frente de forma ostensible para no mirarlo. Doña Leocadia, rígida y aferrada al brazo de Abelito, miraba al sacerdote con un cierto aire de desafío. Tras rozar los bordes de la brutal herida por un segundo, el sacerdote retiró la mano con suavidad y, sin cambiar el gesto, juntó los dedos e hizo con ella el signo de la bendición. A continuación se santiguó, se puso de rodillas delante de Abelito y le besó la mano.



Y final con *tutti*

Contra todos los pronósticos, Franco había conseguido morir un 20 de noviembre. Hacía ya más de dos años, a pesar de lo cual media España no se lo acababa de creer.

El pueblo, más allá de las bajas causadas por la edad o la enfermedad, se había adaptado muy poco a los nuevos vientos que soplaban desde fuera.

La plaza seguía siendo del Generalísimo y la calle de la iglesia de los Mártires de la Cruzada. La Navidad era de la lotería y por eso sonaba en la radio del Águila con la misma cadencia cantarina de toda la vida.

Franco ya no estaba, pero el invierno sí, y se hacía dolor en las rodillas del Águila. Este hombre enjuto, que de joven subía al tejado de su casa de un brinco, ahora ahorra esfuerzos, moviéndose en círculos, como la veleta del ayuntamiento. Pero ese día había decidido hacerse el fuerte y reunir las fuerzas justas para acercarse, pasito a paso, a ver el belén de la plaza.

Al llegar a la esquina de la barbería, lo vio. Ahí estaba ese forastero rubio y estafalario, moviéndose con parsimonia por la plaza, con una antena grande en las manos. Hilario, el peluquero, sentado en uno de los bancos, de vez en cuando le daba algunas indicaciones con su garrota.

—Mire, joven, por ahí viene el Águila, que es el que más sabe de ondas en este pueblo.

—¿Usted es el Águila? Hola, buenos días. Soy Jesús Quintero, locutor de radio.

—Buenos días —respondió Brígido.

—Mire, yo he llegado a este pueblo para hacer un programa que se emitirá por Radio Nacional. La idea del programa consiste en que yo voy de pueblo en pueblo con esta *roulotte* hablando con la gente. Me han dicho que usted es muy aficionado a la radio.

Un enjambre de niños rodeaba al hombre de la antena y la *roulotte* blanca mirándolo todo con la boca abierta. Sin lugar a dudas, entre el belén de la plaza y el locutor de radio, la *roulotte* ganaba en expectación por goleada.

El Águila y Quintero subieron al ayuntamiento para pedir permiso al alcalde y poder situar la antena en el balcón. Una vez allí, el Águila llamó a la puerta del despacho y al instante los recibió Fulgencio, que, a los ochenta años de edad, era el alcalde más antiguo de España.

Al momento, la conversación derivó inevitablemente hacia la historia de la guerra y a su radio de galena. Quintero sabía hacer preguntas y sobre todo escuchar las respuestas. Poco a poco, fue creando la intimidad imprescindible para que este par de ancianos fueran desmigando sus recuerdos. Su labor fue tan precisa que a la hora de comer ya tenía prácticamente guionizado el programa completo.

Fulgencio propuso continuar la charla delante de un arroz con liebre, para lo que se dirigieron al bar Alemania, regentado por uno de los hijos de aquellas parejas que se formaron durante la estancia de los teutones en el pueblo.

La comida fue amena y el tiempo se filtró por ella como un suspiro. Llegados a los postres, Quintero decidió tomar el rábano por las hojas.

—¿Y qué fue de Abelito, de Dimas y de doña Leocadia?

—Se fueron de aquí —respondió el Águila—; viendo que no tenían recursos para salir adelante por sí mismos, se trasladaron a Jerez de la Frontera, donde doña Leocadia tenía dos hermanas monjas. Y allí siguen los tres, viviendo juntos como una familia y administrando un tabanco de vinos.

—Don Crispulo —dijo el alcalde— se fue a América de misionero, creo que está en Nicaragua, y Menasalbas sufrió un ictus hace un año y sigue viviendo en Matagorda, pero en una residencia.

—¿Y el juez Maroto? —preguntó Quintero.

El alcalde y el Águila se miraron un instante. Tras una pausa significativa, el Águila bebió agua y asumió la respuesta.

—El juez Maroto es el actual presidente del Tribunal Supremo. Cuando Dimas pudo volver a hablar con él, le dijo que solo cumplía órdenes, que le habían dado instrucciones de «eliminar obstáculos» para el nuevo régimen.

—La vida da muchas vueltas, y los cobardes flotan como el corcho —matizó el alcalde.

—Pero por muchas vueltas que dé, parece que la tortilla en este país cae siempre del mismo lado —advirtió con una carcajada Quintero.

El Águila recordó el libro de memorias que el juez había publicado hacía un par de años. Aquellos hechos sangrientos aparecen en el libro como el resultado de la confusión y los excesos que toda guerra origina. Su papel en

aquella historia queda reflejado como el de un juez humanista, esforzado en poner razón y ley donde otros solo ponían odio y venganza.

—Cada uno cuenta la guerra según le fue —siguió matizando el alcalde.

—O como se ha querido inventar que le fue —le contradijo el Águila.

—Ya solo me falta preguntarles por las Lombrices: ¿habría alguna forma de poder hablar con ellas?

—Si va usted a Múnich... La verdad es que vienen poco —explicó el alcalde—. En la posguerra su forma de vida aquí, ya sabe, no estaba bien vista, y decidieron volverse a Alemania. Pasan allí su vida. La mayor, Manuela, se casó y tiene dos hijos; y sus hermanas regentan una casa de masajes en el barrio rojo de Fráncfort.

Quintero estaba impresionado. La historia de este pequeño universo le había sorprendido y, a aquellas alturas de la tarde, ya le parecía que había conocido personalmente a todos los protagonistas que habían aparecido en la charla de sus comensales.

La hora de la conexión estaba próxima y Quintero invitó a sus dos contertulios a subir con él al estudio de radio, que tenía instalado en el interior de la *roulotte*. Allí sentados, delante de una pequeña mesa, con los cascos en la cabeza y frente a un único micrófono que colgaba del techo, esperaron la señal de entrada. El Águila estaba emocionado. El sueño de toda su vida, el sueño de hablar por la radio, estaba a punto de hacerse realidad.

Quintero levantó el brazo, movió un botón en el tablero de mandos y una bombilla roja se iluminó avisando que estaban «en el aire».

Y por el aire llegaron los melancólicos sonos de *Suspiros de España*. Los niños en la plaza se callaron de repente y Quintero dejó oír su voz cálida, dando las buenas tardes a España.

Tras una breve pausa, con su dicción dulce y clara, comenzó a decir:

—Aquel año hizo tanto calor que se derritieron las perchas en los armarios y las aceras se llenaron de banderas y uniformes polvorientos... En medio de este paisaje enloquecido, en un pueblecito enjalbegado con el miedo, un hombre inquieto, con un trozo de piedra de galena y un retal de cobre embobinado, construyó una radio.



Edición en formato digital: 2017

© Juan Herrera Salazar, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-905-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com